

BR 610

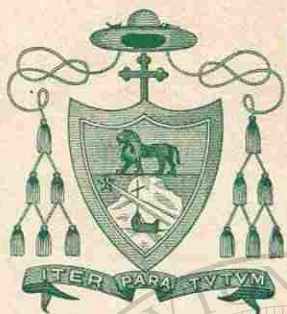


BR 610

MB 5

00264





1080014630

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS PRINCIPIOS

DE LA

IGLESIA CATOLICA

COMPARADOS

con los

DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS,

por el

Lic. Elemento Munguía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Imprenta de J. E. Barbedillo y C. 1878.

VALVERDE Y TELLEZ
FONDOS
FEBRERO

BR 610

M85



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO PORTUGAL,

DIGNISIMO OBISPO DE MICHOACAN.

ILLMO. SR.

Favorecido por V. S. Illma. con la prueba de la mayor confianza, desde que se dignó nombrarme Rector de su Colegio Seminario, de este establecimiento que debe á V. S. Illma. cuanto es y cuanto espera ser, me he animado á presentar á V. S. Illma. estos dos opúsculos que he escrito y hoy publico, como Rector del referido colegio, y bajo los respetables auspicios de V. S. Illma.

Nunca he deseado más que ahora poseer los talentos y las luces competentes, para que mi homenaje fuera bastante digno; pero V. S. Illma. no deberá mirar en esto sino los esfuerzos de mi gratitud, y la manifestacion

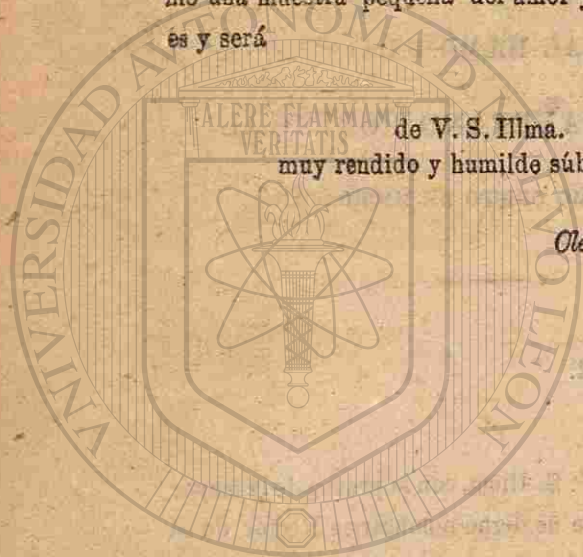
002642

de mis sentimientos hácia una persona á quien amo con la misma ternura de un hijo.

Dígnese V. S. Illma. de admitir esta dedicatoria como una muestra pequeña del amor y gratitud con que es y será

de V. S. Illma.
muy rendido y humilde súbdito,

Clemente Munguía.



LOS PRINCIPIOS
DE LA IGLESIA CATÓLICA,

comparados con los

DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS,

EN SUS APLICACIONES

A LA ENSEÑANZA Y EDUCACION PUBLICA.

SEÑORES:

Los siglos, lo mismo que los hombres, tienen una fisonomía propia que los caracteriza y distingue; pero el nuestro parece salir de esta regla comun, á la vista de esa perplejidad é incertidumbre con que se anuncia por todas partes. Sea que los movimientos desastrosos del pasado siglo sirvan todavía de embarazo á una marcha

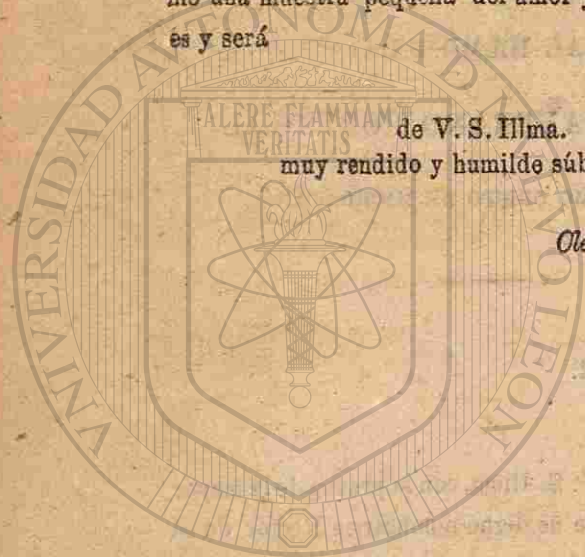
OPUSC. DE M.—3

de mis sentimientos hácia una persona á quien amo con la misma ternura de un hijo.

Dígnese V. S. Illma. de admitir esta dedicatoria como una muestra pequeña del amor y gratitud con que es y será

de V. S. Illma.
muy rendido y humilde súbdito,

Clemente Munguía.



LOS PRINCIPIOS
DE LA IGLESIA CATÓLICA,

comparados con los

DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS,

EN SUS APLICACIONES

A LA ENSEÑANZA Y EDUCACION PUBLICA.

SEÑORES:

Los siglos, lo mismo que los hombres, tienen una fisonomía propia que los caracteriza y distingue; pero el nuestro parece salir de esta regla comun, á la vista de esa perplejidad é incertidumbre con que se anuncia por todas partes. Sea que los movimientos desastrosos del pasado siglo sirvan todavía de embarazo á una marcha

OPUSC. DE M.—3

regular y constante; sea que una funesta fatalidad haya dado este último triunfo al indiferentismo político y religioso; sea, por último, que al naturaleza de las graves cuestiones que hoy se agitan, la magnitud de los intereses que se disputan, y la perenne sucesion de los obstáculos que á cada paso se presentan, retiren aún por muchos años esa época suspirada, en que volviendo á la unidad científica y moral las opiniones dominantes y las aspiraciones comunes, se haya de fijar nuestro siglo en una segura posicion, hasta ahora nada puede decirse con fijeza, ni tiene sin duda otro distintivo que el de su inconstancia y versatilidad. Los horrores y desastres de lo pasado, donde todo pareció concurrir á la omnímoda destruccion de los principios y al esterminio completo de las instituciones más respetables, lo presente, que no muestra por todas partes sino complicaciones inauditas y dificultades sin número, en consecuencia de esa última revolucion, que no limitada dentro de los términos de la nacion francesa donde acababa de estallar, se ha difundido como el fuego eléctrico por el mundo, derribando unos tronos, sacudiendo otros, conmoviendo todas las sociedades, insurreccionando todos los pueblos, hasta el extremo de llevar el puñal asesino al pecho de los

Ministros, y obligar al augusto Jefe de todo el rebaño católica á dejar sus Estados, para ir á buscar en países extranjeros la segnridad, la libertad, la independencia que tan imperiosamente demanda el gobierno de la Iglesia universal; las tinieblas del porvenir, cada día más impenetrable, todo esto hace que nuestro siglo, fuertemente agitado y vagamente conmovido, nada recele tanto como fijarse. Entusiasta por carácter, tolerante por cautela, ni deja de hacer su cumplimiento á todas las innovaciones que vienen, ni da garantías de su adhesion á las doctrinas pasajeras que intentan seducirle con la pompa de sus encantos y el prestigio de sus bellas teorías. El movimiento general de las ideas es progresivo, pero nada uniforme; es rápido y violento, pero no está suficientemente desarrollado: mucho movimiento, pero poco lastre; grandes y fuertes polémicas, pero ninguna decision; varios problemas que resolver, pero ningun resultado práctico, seguro y universal.

Mas en este conflicto constante de reñidas controversias, vagas opiniones y doctrinas contradictorias, en este desden universal hácia las inspiraciones comunes de la verdad y la fé, en este menoscabo lastimoso de los grandes caracteres nacionales, en esta anarquía pasiva de los espí-

ritus, parecen haberse salvado algunas verdades reconocidas, que pueden servirnos al presente de base para fijar las ideas y recomendar la importancia de ciertos establecimientos. La razón y la historia nos revelan de consuno, que los pueblos corren la suerte de las opiniones; que éstas se forman por la difusión de las doctrinas, y que las doctrinas están en razón directa de los sistemas generales de enseñanza y educación. ¡Verdad importante, verdad reconocida; pero verdad estéril no pocas veces para los pueblos!

La profesión unánime de esta verdad principalísima no menos en el orden especulativo de las ciencias, que en el cuadro general de la sociedad, dirige fuertemente hácia la juventud las miras y los deseos de aquellos que habiendo luchado en vano contra el torrente de las opiniones y de los partidos que se agitan sin cesar por disponer de los destinos de la nación, buscan entre lo que aún existe algun elemento vírgen que pueda garantizar de algun modo la mejora del porvenir. Mas al apoderarse de este precioso elemento de progreso y de perfección, renuevan la lucha, y aplicándole á corroborar antiguos ódios en vez de consagrarle á la reparación de tantas ruinas, esterilizan una verdad que debe-

ria ser la tabla de salvamento para un pueblo que ha sufrido grandes y terribles desastres. Todos ven, y con razón, un bello título de esperanza en esa generación nueva que no ha dado todavía sus primeros pasos á la escena peligrosa de las instituciones políticas; creen, y con razón, que guarecida del comun contagio, escenta de aquellas preocupaciones que ciegan, y libre de tantas pretensiones momentáneas que va recogiendo cada uno en su tránsito por las revoluciones políticas, juzgará con mayor imparcialidad, y obrará sin duda con más rectitud y firmeza. ¡Pero cómo podría ella corresponder á tan plausibles esperanzas, si no estuviese suficientemente provista de conocimientos y virtudes? ¿y cuándo contaría con esta provision tan importante, si el sistema de la enseñanza y la educación, ó por absoluta falta ó por la falsedad de sus principios, hubiese de ser para ella estéril ó ruinoso? En este lamentable caso, las generaciones venideras serian iguales ó peores que las precedentes, y la suerte de los pueblos cada dia más incierta, más precaria, más irregular y más desastrosa.

En efecto, nada es tan necesario como el establecimiento y conservacion de las escuelas pú-

blicas, donde han de atesorarse aquellas ideas fecundas, aquellos nobles y grandes sentimientos que preparan una era feliz á las naciones; pero nada es tan peligroso al mismo tiempo, como el multiplicar estos planteles, cuando se abandona su direccion al caprichoso flujo de las ideas reinantes, ó se someten al poder funesto de principios exajerados y máximas destructoras. Mejor nos fuera en este caso abandonarnos al instinto y dejar correr en la ignorancia la serie de nuestros dias. ¿Quién de todos los que piensan, y principalmente de aquellos que cuentan con alguna experiencia, no ha reconocido toda la exatitud de estas ideas? Nadie ciertamente; pero el hecho es, que de un siglo acá vemos reinar la más funesta confusion en las opiniones de los filósofos y en el cálculo de los políticos acerca de tan importante materia.

Todos los establecimientos públicos han sufrido grandes trasformaciones; se han sujetado á exámen todos los sistemas; diferentes métodos han tenido su turno en la boga del tiempo; nuevas escuelas se han levantado en Europa; diferentes doctrinas luchan por conquistar las inteligencias, y sin embargo, todo parece hallarse pendiente de un último fallo, que aún no

pronuncia nuestro siglo: mas este fallo, que solo podrá satisfacer á las inspiraciones de aquellos que ven la corona de sus trabajos en una estéril celebridad, no es, señores, ni puede ser tampoco el punto decisivo para los que buscan en la naturaleza de las cosas, en la eficiencia de las causas y en el carácter esencial de los efectos, los datos suficientes y aproximativos que deben servirnos para apreciar en su valor exacto un sistema de educacion. Este resultado feliz no ha de ser obra del siglo, sino de la verdad, que pertenece á todos los siglos; y esta conviccion incontrastable ha de nacer, no á la luz fugitiva de una seductora teoría, sino al calor fecundo de una sábia experiencia.

¿Cuál es, pues, la necesidad más imperiosa que nos imponen á un mismo tiempo las tristes experiencias del pasado siglo, la perenne y vaga agitacion del presente, la inestabilidad de las opiniones y la sucesion estéril de tantas doctrinas? ¿cuál debe ser nuestra conducta al cabo de tantos desengaños, en materia de educacion? ¿qué partido debemos tomar los que nos hallamos al frente de estos establecimientos públicos, en esta lucha perdurable de opiniones y doctrinas? ¿qué bandera seguir entre las muchas que ha levanta-

do en este siglo en Europa el espíritu de sistema? Señores, felizmente para la razón y para la conciencia, para las ciencias y para la moral, para el saber y para la virtud, para los individuos y para las masas, para la perfección de los Estados y los verdaderos progresos de la sociedad, contamos ya cerca de diez y nueve siglos de poseer una institución depositaria de los verdaderos principios sociales de las verdaderas doctrinas, una institución, que con solo no deber á los hombres ni sus elementos constitutivos ni su poder de conservación, se ha bastado siempre á sí misma, ha salido triunfante en todos los combates, ha sacado sus dogmas, sus principios, sus leyes y sus máximas, inmunes y libres al través de todas las borrascas que el espíritu de error y de crimen ha suscitado casi de continuo contra ella en el oceano inmenso de las edades. Esta institución es la Iglesia católica: suyo es el colegio que tengo el honor de dirigir; suyo el espíritu que aquí reina, suyo el gran principio que aquí se desarrolla, suya por último la esperanza que nos anima de ser verdaderamente útiles á la sociedad, á pesar de nuestra limitación, porque tiene la Iglesia de particular sobre las otras instituciones, el poseer, con independencia de las grandes aptitudes, todos los elementos especula-

tivos y prácticos; esto es, intelectuales y morales, de verdad, unidad, universalidad, conservación y perpetuidad; y nosotros, sus ministros, tenemos sin duda sobre los primeros genios y los más grandes talentos del mundo, la incomparable ventaja de poder difundir la luz y hacer la felicidad de todos los hombres, sin que nos detenga jamás la más profunda convicción de nuestra insuficiencia intelectual, de nuestro poco saber, de la oscuridad humilde de nuestro nombre, y para valerme de la bella frase de Lacordaire; "somos los únicos que podemos triunfar sin amor propio, porque nuestro triunfo no proviene de nosotros."

Entro, pues, con tranquilidad, á manifestaros que nuestra filiación no ha perdido su identidad antigua, y que lejos de asociarnos á partido alguno de los muchos que luchan hoy en Europa por conquistar el dominio universal de la inteligencia, admiramos, amamos y estudiamos más y más todos los días nuestra doctrina católica: la seguimos en su totalidad, deseamos cualquiera otra que no sea ella ó generada por ella, y á ella lo referimos todo, desde las primeras nociones que vierte el niño por sus tiernos labios, hasta las concepciones más elevadas y sublimes que

la filosofía, la política y la religion atesoran en sus anales.

¿Por ventura necesitaria la Iglesia de recurrir á los filósofos para que la ilustrasen, la fecundasen y la sostuviesen en alguna siquiera de sus muchas instituciones particulares, cuando ella, y solo ella ha podido obrar, no solo en las ideas religiosas, sino en las ciencias, en las artes, en la legislacion, en la política, y en todo lo que más admiramos, tratándose de los esfuerzos combinados del genio, del talento y del poder hácia el bienestar del género humano, esa revolucion inmensa que ha cambiado el aspecto de la sociedad desde el establecimiento del cristianismo? Seria necesario, para suponerlo, desconocer absolutamente las relaciones indispensables que existen entre las verdades dogmáticas y las verdades filosóficas, entre el entendimiento y la fé, entre la política, la moral y la religion, y no recordar que despues de haberse hecho el resumen de todos los elementos antiguos y puesto en accion todos los recursos del talento, de la sabiduría, del poder y de la fuerza, la sociedad estaba enteramente consumida, todos sus resortes lazados, el poder convertido en tiranía ó en rebellion, la sabiduría en escepticismo, las letras y

hasta los mismos idiomas en tristes y miserables restos de una riqueza que ya no podia ni aun conservarse, cuando apareció la Iglesia y con ella la resurreccion científica, moral y política del universo.

No, señores, la Iglesia pone al frente de la filosofía sus instituciones con una noble seguridad, que no puede ni pretender siquiera ningun poder humano. Si las pone al frente de la filosofía, es porque ni teme el exámen ni esquivá la discusion, porque sus doctrinas hablan igualmente á la razon que á la fé, y porque sus designios comprenden en sí todo pensamiento que vaya dirigido á la conquista de un bien. Los que le han sido ménos adictos, alguna vez han sentido la necesidad de desahogar la pena de esta conviccion; y el célebre Montesquieu, que si no quiso aceptar el título de adversario, tampoco merece tener el de amigo, reconoció por esto, con tanta profundidad como filosofía, que la religion tenia tambien el poder suficiente para hacer la felicidad de esta vida.

Con toda la confianza que inspiran estas convicciones, entro, señores, en la cuestion de los colegios eclesiásticos, y en el desarrollo de nues-

tras ideas procuraré hablar principalmente á la razón con observaciones filosóficas. Si alguna vez me divago á explanaciones que pudieran parecer escusadas, reflexionad que si nuestro siglo es de transaccion y de tolerancia para todas las ideas, es exigente, es rigorista, nimio y hasta zeloso, tratándose de las doctrinas y establecimientos católicos: todo lo reduce á la duda, y para todo exige pruebas.

Un establecimiento cualquiera de los que están consignados á los progresos de las ciencias y al cultivo de las costumbres, no debe ser, á nuestro juicio, sino un principio en accion, la variedad subordinada á un pensamiento. El carácter de los estudios, el número y disposicion de las cátedras, las máximas de la educacion y toda la economía de los procedimientos de sus agentes en el orden científico y moral, todo debe mostrarse como el desenvolvimiento práctico de una verdad general, de una verdad fecunda, de una verdad accesible y reconocida, en suma, de un principio especulativo, y este principio, á su turno, no debe ser otra cosa que la expresion sumaria donde se reconozcan las tendencias particulares y generales de un establecimiento, así por las doctrinas que difunde, como por las máximas que inculca y las viriudes que cultiva.

El principio, con todas sus relaciones científicas, forma la parte especulativa; su desarrollo en el sistema de la accion, constituye el orden de los medios y la parte práctica; sus resultados individuales y comunes muestran las consecuencias universales, y exhiben todos los datos de hecho, que son el principal apoyo de una buena demostracion. Para tratar, pues, metódicamente la cuestion general de los principios católicos en sus aplicaciones á la enseñanza y educacion pública, debemos en primer lugar, determinar el principio general que gobierna todas las instituciones de la Iglesia, y especialmente preside á sus colegios; en seguida, mostrar los medios, ó lo que es lo mismo, este principio en su desarrollo práctico; y por último, echar una ojeada histórica sobre todos los resultados de la institucion. Tal será mi plan. Mas antes de tratar en especie de cada uno de estos tres puntos, me propongo exponeros ciertas ideas generales, que pueden reducirse á tres verdades siguientes, cuyo menosprecio pudiera causar equivocaciones y aun errores de trascendencia en todos los fallos de la crítica.

Primera: el fin de cada establecimiento debe correr siempre por la línea comun de la felicidad, á que así el individuo como todo el género humano, son llamados por su naturaleza, sus elementos y sus destinos.

Segunda: siendo la felicidad la expresion más genérica de todos los resultados de cuanto el hombre y la sociedad producen, conservan y preparan en la línea del bien, á ninguna institucion incumbe el realizarla toda, si bien debe contribuir á ella en los límites de su objeto.

Tercera: la bondad de una cosa no es un título bastante para su adopcion, sino que es necesario además, que sea natural y oportuna.

De lo primero resulta, que la felicidad comun es un centro de unidad para todos los estableci-

mientos públicos. Mas á pesar de esta unidad genérica y universal, admiramos en toda aquella diversidad prodigiosa que por sus respectivos objetos guardan entre sí todas las cosas que van por último á concurrir en este punto de reunion. Pasad la vista, señores, por esa muchedumbre de ramos que el entendimiento cultiva, que la imaginacion ensancha, y que la voluntad adopta: examinad la agricultura, las artes, el comercio: observad los inmensos reservorios del cálculo, las nobles tareas del metafísico, las indagaciones minuciosas y diversas del naturalista, las combinaciones esquisitas del político, las producciones vehementes del orador, las bella y sublimes inspiraciones del poeta. ¡Qué multitud tan imponente de ramos! ¡qué diversidad tan prodigiosa de objetos! ¡qué sistema tan vario de procedimientos y de ideas! Sin embargo, ¡qué concordia tan feliz en el blanco á donde todo se dirige! ¡qué armonía tan perfecta en todos los resultados! Proscrito está de la estimacion pública cuanto no puede acelerar el progreso de la sociedad á su perfeccion, y excluido de la idea de perfecto cuanto no puede contribuir á mejorar esencialmente la condicion de la especie humana.

Pero ¿qué, el bien de la sociedad, la felicidad comun corren exclusivamente á cargo de un individuo, de una clase, de una institucion determinada? No, señores, y esta es una deduccion neta de la segunda verdad que dejamos establecida. La idea de proscibir como incompleto lo que no comprehende cuanto se desea, es igualmente falsa que caprichosa: no es nueva en el mundo, pero ha venido á ser más comun, desde que se ha buscado el número más bien que la perfeccion y profundidad de los ramos que se cultivan. Si un solo *fiat*, expresion augusta de la voluntad omnipotente, bastó al Ser Supremo para sacar de la nada la existencia y la felicidad del hombre, este se conduce de otra suerte, y el más estrecho de los vínculos que le unen en sociedad, es el maravilloso y antiguo contraste que hoy, como en todos los siglos, ofrecen á nuestra instruccion y desengaño los resultados mezquinos del poder individual y las producciones colosales del poder combinado. Los hombres se estrechan á medida que reconocen su impotencia, y se aíslan en proporecion que el orgullo les presenta más reducido el círculo de sus necesidades individuales. De este modo la razon y la experiencia nos enseñan, que la obra de la felicidad pública debe ser el blanco que reuna to-

dos los establecimientos, todas las profesiones, todos los ramos de cultivo con que brindan al entendimiento las ciencias y las artes; pero que este bien general que ella comprehende, no es, en resúmen, sino la útil agregacion de muchos bienes parciales y diversos, que va colocando á su turno cada uno de los establecimientos de que se trata. Un establecimiento universal, que sometiese á su inspeccion cuanto puede atraer el espíritu y mover le voluntad, presentaria sin duda, señores, uno de los más bellos espectáculos que pudiera buscar la fantasía en el mundo de las ideas. ¡Qué de esfuerzos no han hecho las naciones más célebres para realizarle! Institutos, Academias, Liceos, Universidades, ect., ect., he aquí una série de brillantes ensayos con que han pretendido engalanar su opulencia los estados más cultos de la Europa. Pero, ¿qué vemos en estas múltiples escuelas? No una instruccion combinada y universal, sino un lugar de cita para cada sabio de su género, ó si se quiere, una gran sociedad que tiene alojamiento para mil sociedades diversas en su objeto; pero ya se sabe, que el carácter de las localidades ni desnaturaliza ni altera el género de las intituciones.

Si pues el objeto particular de cada estable-

cimiento debe servirnos de basa para discutir acerca de su importancia relativa así como tambien de su bondad y perfeccion, evidente es, que ni el catálogo de los profesores, ni el número de los ramos, ni el aparato exterior, ni las énfasis de una memoria simétricamente delineada, pueden bastar nunca para formar un juicio verdadero y exacto; porque segun las ideas que llevamos expuestas, y muy en particular aquellas que implícitamente se contienen en la tercera verdad que dejamos asentada, el mejor establecimiento no es el que presenta mayor aparato, sino el que parte de principios más fijos y seguros; no es el que cultiva mayor número de ciencias, sino el que relaciona mejor con el carácter de los principios el sistema de los medios; no es el que figura con más gracia en los archivos, sino el que mejor logra su objejo; no es, por último, el que gana más terreno en la boga del tiempo, sino el que mejor contribuye á su fin particular y al fin general que tiene de comun con todos los otros.

¿Seria, pues, racional calificar desventajosamente un establecimiento por lo que no contiene, sin examinar antes las relaciones que esto pueda tener con el objeto verdadero de su ins-

titucion? ¿cualquiera influencia, cualquiera género de relaciones que se descubran en algun ramo del saber, bastan para hacerle lugar entre los que se cultivan en un colegio eclesiástico? Seria preciso para esto hacer entrar todos los conocimientos humanos en el círculo de sus estudios. El mundo físico, el mundo intelectual y el mundo moral, que abarcan en su vasto conjunto cuanto puede caer bajo la mirada del talento, tienen relaciones tan íntimas, que se invaden, por explicarme así, con tanta reciprocidad como frecuencia sus respectivos dominios, principalmente cuando se consideran bajo ese aspecto de unidad que subordina todos los trabajos intelectuales á la mejora progresiva de los individuos y de las naciones. Por muy estendida que sea la mision de la Iglesia, y á pesar del enlace esencialísimo que con ella deben tener sus propios establecimientos, hay un puuto del cual no podria pasarse sin desnaturalizarlo todo, sin alterar la condicion propia de los estudios eclesiásticos, sin debilitar los sentimientos que estas instituciones engendran, y sin menoscabar de antemano las garantías que ofrecen, aun á la misma sociedad civil, el número, los conocimientos y las virtudes de aquellos que, puestos entre el vestíbulo y el templo, con una mano sosiegan

el ímpetu de las pasiones que se rebelan contra las leyes, y sostienen con la otra el caro depósito de nuestro culto, de nuestras luces celestiales, de nuestras esperanzas eternas, de nuestros sentimientos divinos. ¿Qué se diría de un colegio eclesiástico que mostrase á la juventud los alicientes de un estado que no tiene aquí su escuela, y los atractivos de un estudio risueño que le hiciese retroceder al aspecto angusto, pero severo, de nuestro espiritismo, de nuestros misterios inaccesibles, de nuestros dogmas soberanos, etc., etc. ¿Se cree, por ventura, que el hombre, en esta edad versátil, cuenta con ese arraigo de convicciones y esa firmeza de carácter, á cuya posesion llegan tan pocos, aun cuando ya está para precipitarse en un ocaso la luz de la existencia? Vosotros podreis decirlo, señores, los que conoceis por experiencia propia los graves y tiernos cuidados de la paternidad, vosotros podreis decir, si hay una precaucion excesiva en rodear por todas partes á la juventud, á fin de que no se distraiga, seducida con la corriente cristalina que se desliza y las vistosas flores que se marchitan, de esas bellezas de primer orden que se atesoran en la primera edad para saborearse en la madurez.

Hé aquí, señores, vuestras primeras ideas, aquellas que pertenecen á un orden más general que comprehenden todas las instituciones, y que se han hecho valer en el mundo filosófico desde la más remota antigüedad. Pero estas ideas fueron por mucho tiempo estériles para la sabiduría, y todavía más estériles para la virtud y para el bien. No lo son ya, y esta es la obra de ese gran principio que la santa Iglesia coloca en el primero de los títulos que anuncian su divinidad, que pone al frente de las muchas y varias instituciones por donde difunde sus luces, propaga su doctrina, distribuye el inmenso depósito de sus gracias, ordena á la felicidad todos los estados de la vida y combina todos los elementos naturales y sobrenaturales en que están esencialmente vinculadas la perfeccion y la dicha de la humanidad; de ese principio que, con encerrarlo y comprenderlo todo así en el orden especulativo como en el sistema de lo práctico, trae consigo todos los caracteres de una perfeccion consumada, y pone á la Iglesia fuera de esa ley de *progreso* á que está esencialmente sujeto cuanto es oscuro en sus principios, incompleto en sus medios y limitado en su poder; de ese principio que vino á regenerar la razon en los instantes mismos en que iba á perecer en manos de la filosofía, revelando el

origen, los destinos y las verdaderas condiciones del entendimiento y la voluntad humana; que salvó la sociedad en los críticos momentos en que sus resortes, laxados ya, la dejaban caer al abismo; que crió los pueblos y los gobiernos dándoles un ser que apenas había podido columbrar la sabia antigüedad bogando siempre con pena la insurrección y la tiranía, entre la esclavitud y la licencia, entre el despotismo y el desorden, de ese principio que rectificó las ciencias, depuró las letras, ennobleció las artes, multiplicó y fecundó todos los preciosos elementos que preparan la opulencia de los Estados, las épocas ilustres y los rápidos progresos del género humano hacia la altura de sus destinos: dirélo de una vez, del *principio católico*, el único, señores, que ha podido hermanar los derechos de la razón con las prerogativas de la autoridad, las persuaciones con las creencias, el orden con la libertad.

La filosofía pagana había apercibido vagamente un fin general, y sorprendió los primeros secretos de la unidad científica, moral y social; pero jamás determinó, ni era posible tampoco, los caracteres legítimos de este fin. En consecuencia, cada se fa le comprendió á su modo, y esto bastó para que, divididas desde el punto de par-

tida, inútil fuese para el mundo antiguo el conocimiento vago de aquella verdad general. Mas el catolicismo determinó con caracteres infalibles el fin universal á que todo debía ser encaminado, y regeneró desde sus primeros elementos la filosofía universal. Antes, lo mismo que ahora, se había comprendido que no tenía títulos ningunos á la estimación pública cuanto no estuviese colocado en la línea del bien; pero esta línea, que debía tirarse del hombre á la felicidad, fué por muchos siglos una bella abstracción, ó una caprichosa y multiforme quimera. El catolicismo inició á la humanidad en el conocimiento de sí propia, fijó inalterablemente los dos puntos, y tiró la línea de progreso y de perfección que debía recorrerse, para que todo contribuyese por su parte á la felicidad común.

Antes, lo mismo que ahora, se había creído que no era cordura exigir de cada institución, como un total producto, la felicidad general; pero los unos lo entendieron en el sentido de la inacción, y estrecharon demasiado el poder del entendimiento; los otros en el sentido del despecho, y engendraron y estendieron el escepticismo; los otros en el sentido de la desigualdad general que hay en todos los hombres y en todas las cosas, y dieron los mayores ensanches al or-

gullo de la ciencia con extraordinarias desventajas para los conocimientos y para el sistema general de los acciones. El catolicismo nos reveló la naturaleza de estas verdades, sin hacer otra cosa que moralizarlas, diciendo á los primeros, que hay algo de infinito en los espacios que recorre la razon, y que nada estaba hecho mientras quedaba algo por hacer: á los segundos, que todo lo sabe el entendimiento que cuenta con la fé, y todo lo puede la voluntad que cuenta con la gracia: y á los terceros, que la razon donde se levanta la pretension absurda de deberlo todo á sí misma, podrá ensanchar cuanto se quiera el círculo de los caprichos, pero nunca conquistar un solo título al reconocimiento del género humano. Es decir, que el catolicismo dió á conocer la felicidad, estableció los respectivos objetos que á ella conducen, enseñó y fecundó los elementos bastantes para que cada institucion llenase su objeto. Columbrar la unidad en la idea genérica de una verdad fecunda, pudo ser obra de la razon; pero reconocerla en todo, enseñarla, y hacerla efectiva en el sistema general de las ciencias, de los dogmas, de la moral y de la política, debia ser obra de otro principio, y dígase cuanto se quiera, lo fué de *facto*, del principio católico.

Las varias reflexiones que acabamos de hacer, como otros tantos antecedentes indispensables para reducir á sus términos precisos la materia que al presente tratamos, nos bastan, señores, para fijar dos ideas capitales que deben servir de fundamento á las que nos hemos formado sobre el sistema de la aplicacion que es conveniente dar en estos colegios al gran principio que en nuestro humilde concepto puede y debe gobernar todas las cosas que se dirigen al bienestar de la especie humana. Primero: el principio católico tiene una universalidad en la idea, como la tiene tambien en la forma: es decir, no solo se refiere á todos los hombres, sino que tambien afecta más ó menos directamente, pero siempre de un modo muy sensible al pensamiento y á la razon humana en sus objetos y combinaciones diversas, y en sus importantes é incalculables aplicaciones. De ello responden los caracteres distintivos que presenta el mundo moderno, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho, principalmente en los últimos siglos, por hacerlos desaparecer, se traslucen todavia suficientemente por entre las muchas sombras que han arrojado sobre la sociedad la filosofía incrédula y el indiferentismo político y religioso: de ello responden los códigos más sábios, las épocas más

florecientes, las instituciones más ilustres y más útiles, los anales augustos de la caridad, y también los más bellos timbres de la razón. De ello responde, por último, ese exámen profundo *del catolicismo en sus relaciones con la civilización moderna*, con que el insigne Balmes, elevándose hasta la altura de los primeros genios del mundo, ha puesto una nueva corona sobre las muchas que ya ciñen la frente de la España.

La segunda es, que siendo el principio tan universal, como se ha dicho, pues que afecta nada menos que á todas las instituciones, no puede desenvolverse en ningun establecimiento particular en toda su estension: pero desarrollándose en efecto, con toda la exactitud que su naturaleza demanda, comunicá, digámoslo así, una universalidad mayor que la que pudiera pretender cualquiera otro principio diferente.

Si pues obsequiamos el principio católico en el colegio de que se trata, pero con la limitación particular que su objeto pide, y si este seminario, como cualquiera otro establecimiento, debe ser siempre el desenvolvimiento práctico de un principio general, recordemos, señores, que aquel tiene muchos otros subordinados, que ora sean

diversos de él, ó bien simples modificaciones suyas, se facilitan para dar el lleno á una idea tan importante, como la de subordinar á la unidad de un principio toda la economía de muchos pormenores.

II.

¿Qué hacer pues para fijar el nuestro con oportunidad y precisión? ¿Cómo establecer las basas que han de servir de apoyo á la crítica para calificar un establecimiento literario? Determinar su carácter propio, fijar con exactitud el objeto que se propone, subir al origen y atender al fin de su institucion; pues como ya se ha dicho, seria el colmo de la arrogancia pretender encerrarlo todo en un establecimiento particular.

El colegio que tengo el honor de presidir tiene una particular filiacion que le distingue notablemente de los otros; y como su mismo nombre lo indica, pertenece al número de esos planteles de saber y de virtud, que el santo concilio de Trento mandó establecer en todos los obispados, con el fin de proporcionar dignos ministros á la Iglesia. Es, pues, un seminario de sacerdotes, una escuela eclesiástica, y con esto está di-

cho cuál ha de ser su economía, y á dónde conviene que se encaminen el pensamiento y la accion de todos sus regentes. La Iglesia, lo mismo que el Estado, tiene sus casas de educacion, porque la Iglesia, lo mismo que el Estado, ha menester de formar anticipadamente el espíritu y el carácter de aquellos hombres que deben echar sobre sí el gobierno de los fieles y la direccion de los ciudadanos. Pero cada institucion se reviste, digámoslo así, de los caratères propios de la autoridada que la establece, y en sus principios, en su medio y en su fin, deben anunciar aquellos puntos de contacto y de separacion que entre sí tienen las sociedades respectivas á que pertenecen. Cada una tiene una línea de demarcacion que está obligada á respetar, bajo la pena de perder su naturaleza; línea que puede tirar cualquiera, con solo indagar el espíritu de cada institucion y descubrir el gran principio cuyo práctico desarrollo debe formar el sistema de su economía. Partiendo de estas ideas, fácil es reconocer, que para que un seminario sea lo que su objeto pide, que es el de formar ministros de la Iglesia, necesita un principio que comprenda á todo el hombre y abraze todos los elementos indispensables de su perfeccion; un principio, que sin la universalidad del católico, el cual reúne todos

los objetos, todos los estados y todas las instituciones, sea hijo suyo, sea el mismo en una particular aplicacion, y tenga aquella generalidad que demanda el más alto ministerio que se comprende, ese ministerio colocado entre el poder de Dios y toda la humanidad, el ministerio del Sacerdocio: un principio, por último, que en el orden especulativo comprenda todo el pensamiento, y que en el orden práctico domine toda la accion. Este principio es el que llamamos *teológico*, expresion que podrá no ser enteramente exacta, pero que sí facilita todas las aplicaciones y remueve todos los inconvenientes. No le llamamos *católico* por lo que ya se ha dicho, aunque fácilmente convendremos en que sea el mismo católico en una aplicacion particular: no le llamamos *religioso*, porque llegaríamos á confundirle, en la generalidad de la idea, hasta con el paganismo y el deísmo: meaos hemos querido llamarle *filosófico*, porque la filosofía verdadera es hija, y no madre de tal principio, y la falsa le excluye totalmente del espíritu de su doctrina.

Mas al oirme partir del *principio teológico* para fundar el sistema general de nuestras ideas en orden á la enseñanza y educacion pública, algunos poco versados tal vez en la historia de la fi-

losofía del presente siglo, desprovistos de noticias sobre el número y carácter de las nuevas escuelas que se han organizado en Europa para disputarse el imperio de todas las convicciones, es fácil que, dando á la cuestion que trato, un carácter diverso del que tiene, me atribuyan el desigmo de cerrar este colegio á los jóvenes que no sigan la carrera eclesiástica, de reducir el número de los estudios preparatorios, y de ceñir á la Teología el curso de los estudios mayores. Verdad es que no pretendemos tener en el seminario una escuela universal: ni lo es ni puede serlo: tiene un objeto propio, y esto basta para comprender que debe hallarse circunscrito á límites determinados. Colocarle en la línea de la felicidad y comprender en él todo y solo cuanto á su fin pueda referirse, darle aquellos aumentos y aquel ornato científico y social que no sea capaz de alterar sus condiciones esenciales: hé aquí, señores, lo que pensamos sobre este punto, lo que nos propusimos fundar con el desarrollo que dimos á las tres verdades preliminares; pero lo que basta preparar, así en el orden filosófico, como en el orden moral, á la juventud para todas las carreras, profesiones y empleos que pueda seguir, abrazar ò obtener en la sociedad, lo que excede con mucho los términos de vues-

tros deseos, y lo que coronaria dignamente las esperanzas de la Iglesia y de la patria.

No serán es verdad nuestros colegios la escuela del ingeniero, la academia del artista, el anfiteatro del médico, ni un instituto enciclopédico; pero sí será la enseñanza del sacerdote, la escuela del jurisconsulto y la educación de todos los hombres que consideren la moral como la primera condición y el primer título de lustre, provecho, garantías y ventajas para la sociedad. No, señores, si oponemos una resistencia vigorosa á la introducción de cualquiera ramo capaz de alterar la condición propia de nuestros colegios eclesiásticos; de nada nos hallamos tan lejos, como de pretender menoscabar lo que existe, y limitar la influencia favorable y benéfica que estas instituciones pueden ejercer en favor de los pueblos.

La idea de servir igualmente á la Iglesia con dignos ministros y á la sociedad con ciudadanos instruidos, cultos y virtuosos, ha sido en todos tiempos, y es hoy más principalmente que nunca, una de las necesidades más imperiosas para la Iglesia.

Por otra parte: el verdadero carácter del principio que profesamos, sus naturales consecuencias, sus aplicaciones universales, lejos de inspirar temores á los que miran nuestros seminarios como los más fuertes apoyos del bienestar político y civil de los pueblos, deben dilatar sus esperanzas delante de una perspectiva más inmensa, si así puedo explicarme, pues mal que pase al deísmo y al materia'ismo, el principio teológico es y será siempre el principio universal, el más seguro, el más fecundo, el más influente y progresivo de todos los principios generadores de la ciencia. Se trata, señores, de fijar nuestras ideas, para precaver de este modo el indiscreto proselitismo que buscan con ansiosa solicitud las escuelas filosóficas de nuestro siglo; se trata de volver al buen sentido lo que le toca, de restituir á la experiencia con nuestras más profundas convicciones el violento despojo que le hizo el pasado siglo, y que el presente se resiste aún á devolverle en toda su plenitud.

III.

Mas, ¿cuál es la inteligencia de este principio? me direis: Este principio preside igualmente al sistema de las ideas y á la marcha de la conducta: es al mismo tiempo especulativo y práctico; bajo el primer aspecto dirige la enseñanza, bajo el segundo gobierna la educacion. En el orden especulativo reúne las verdades reveladas con las verdades naturales, la inteligencia y la fé, la creencia y la persuasion: en el sistema práctico liga tambien constantemente estos dos órdenes, haciendo producir en favor de la felicidad los mejores frutos á la voluntad humana, sostenida por la fuerza divina que Dios comunica en la participacion de los sacramentos y los otros medios espirituales. Es la razon, si quereis, pero la razon ennoblecida y elevada en su glorioso vasallaje á la fé, prodigiosamente fecunda en sus conocimientos, árbitra de recorrer un horizonte más dilatado, pues que se eleva hasta la region

de los misterios y de los dogmas, sin perder uno solo de sus dominios naturales: es la razon, viendo, sin tantas sombras como la incredulidad, á la naturaleza, al hombre, á la sociedad, á Dios, en fin, y sus grandes atributos: es la razon del cristiano, esto es, la inteligencia con el mayor grado de claridad y la más grande suma de poder. Sin desatender uno solo de los conocimientos filosóficos y puramente naturales, el principio teológico refiere, como á su objeto y basa, toda la instruccion al conocimiento de los dogmas en el orden especulativo, y todo el sistema de la conducta á las máximas del Evangelio en el orden de la práctica. Este doble proceder, donde mil talentos superficiales ó corrompidos solo han descubierto limitacion en lo especulativo é insuficiencia en lo práctico, debe considerarse, á mi juicio, bajo el primero de estos aspectos, como una antorcha clarísima que difunde la luz por todos los ramos del saber humano; y bajo el segundo, como la egida más poderosa que la voluntad puede oponer á los embates de las pasiones. Este doble proceder está contenido en el principio teológico; y este principio, que por una parte es y debe ser el tema de los sentimientos conciliares, y por otra la garantía más preciosa y competente de la verdadera virtud, di-

lata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad: porque en el órden meramente científico, no es más que la concordia entre la *razon y la fé*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir la *naturaleza* protegida por la *gracia*.

Ya lo habeis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fé; todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podremos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoy dividen la inteligencia, podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnímota independencia y pretendida soberanía de la razon, y hé aquí el *por qué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

IV.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoy por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen más espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son, la escuela *sensualista*, la *ecléctica* y la *teológica*. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en órden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud.

lata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad: porque en el órden meramente científico, no es más que la concordia entre la *razon y la fé*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir la *naturaleza* protegida por la *gracia*.

Ya lo habeis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fé; todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podremos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoy dividen la inteligencia, podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnímota independencia y pretendida soberanía de la razon, y hé aquí el *por qué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

IV.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoy por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen más espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son, la escuela *sensualista*, la *ecléctica* y la *teológica*. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en órden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud.

Entre estos establecimientos hay unos que no han perdido su antigua filiacion, y que sin ser estraños á los verdaderos progresos de los ciencias, han opuesto de continuo á las innovaciones peligrosas una resistencia noble, negándose con heroica firmeza á transigir con las pretensiones absurdas de esa bastarda filosofía, que bajo formas tan diversas se ha presentado á combatir las creencias católicas, y ha pugnado vigorosamente por desquiciar en lo absoluto los fundamentos de la religion y de la sociedad. Tales son los establecimientos eclesiásticos, es decir, aquellos colegios que fundados por la Iglesia ó servidos por ella en favor de los gobiernos temporales, han hecho brillar el principio teológico en el gran sistema de las ciencias y de la moral. La verdad teológica en el respetable conjunto de sus misterios y de sus dogmas, la verdad filosófica con esa pureza y fecundidad que le comunica la union estrecha del raciocinio con la fé, la verdad política con esa incontrastable firmeza de que será deudora siempre á la inextinguible luz y omnímodo poder de los principios evangélicos, se adunan y ligan de tal suerte por la aplicacion constante del principio teológico en estos establecimientos eclesiásticos, que á pesar de las revoluciones políticas y filo-

sóficas, han triunfado en los más empeñados encuentros, y puesto á salvo de todos los naufragios los eternos é inmutables principios en que está vinculada la ciencia del hombre y de la sociedad. Estos hechos, de cuya verdad responde la experiencia de los siglos, era natural que produjesen el encono más implacable en el ánimo de ciertos filósofos para quienes la regla de la conducta y los principios del orden están reducidos al sistema de la duda y al arte de destruir.

Por esto se ha combatido siempre la educacion eclesiástica; por esto los establecimientos nacionales regidos por el clero fueron las primeras víctimas de la revolucion francesa; por esto se ha tomado tanto empeño en desalojar, cuando menos, de su punto dominante, el principio religioso en algunos planes de estudios; por esto hemos visto figurar la *Moral de Holbac* entre los libros elementales asignados para un colegio, y por esto, finalmente, el buen sentido de la nacion mexicana, no ha sido parte á impedir que un ruido sordo de maligna desaprobacion haya venido á deslizarse hasta los umbrales antiguos y respetables de estas casas, que por espacio de tanto tiempo han dado sus ministros á la Iglesia y sus magistrados á la República.

Y con qué derecho, señores, se ha disputado el que tienen los colegios eclesiásticos á la estimacion y reconocimiento de aquellos hombres que más vivamente se interesan en la conservación de la Iglesia y en la prosperidad de la patria? ¡Ah! los sensualistas nos tachan de retrógados é ilusos, porque sostenemos el espiritualismo y abrimos el corazón á tendencias más nobles que la boga del tiempo y los goces materiales de la vida. Los eclécticos nos excluyen de su comunión, porque asociamos en el sistema de nuestras investigaciones el dictámen de la razón y las luces de la fé: finalmente, esa misma escuela que bajo el nombre de teológica, parece invitarnos con la nobleza de este título, no presenta un sistema de unidad, y ha sufrido la ley del exclusivismo ambicioso de los unos, de las exageraciones de los otros, sin que todavía se manifieste en aquella respetable economía que debiéramos prometernos mediante la aplicacion exacta y universal del principio teológico. Hé aquí por qué ninguna de estas escuelas ha reunido hasta hoy todas las simpatías de los colegios eclesiásticos. Siempre sobrios, siempre justos, siempre sometidos á la autoridad docente que los preside, admiten en su seno cuanto no altera la armonía de la razón y la fé, y repelen con firmeza cuanto

puede menoscabar los derechos de la primera con la autoridad irrecusable de la segunda.

¿Será, pues, un capricho, una intolerancia culpable, una fanática rigidez, una sobriedad retrógrada, el motivo de nuestras convicciones y la inamovilidad de nuestras creencias? Así se explica, señores, nuestra conducta, y es en extremo vago y confuso el movimiento de las ideas reinantes para que dejásemos nosotros de pagar este contingente de sufrimiento á las preocupaciones y caprichos de nuestro siglo. Pero si consecuentes á nuestras máximas, toleramos con resignacion los embates de las pasiones, fieles á nuestros principios, no debemos justificar con nuestro silencio las acusaciones que nos hacen principalmente los partidarios del pasado siglo.

Es una gloria para la Iglesia y para un Estado católico, poner al frente de sus profesiones públicas una verdad incontrastable, y haber salvado el principio teológico en el ataque más fuerte que se le ha hecho jamás, en ese desencadenamiento frenético de la razón contra la fé, donde todas las ciencias y las artes, todos los principios de la sociedad, toda la heterogeneidad de las opiniones, todos los recursos desoladores

del poder revolucionario, se hicieron servir á la causa de la irreligion y de la inmoralidad; y es muy grato para nosotros ver esas vidas momentáneas que han tenido las opiniones filosóficas, sufriendo el más humilde y vergonzoso contraste con el vigor perdurable de esos establecimientos de la Iglesia, que parecen adquirir mayor solidez y brillo á medida que se ejercitan más en los combates.

Reflexionad, señores, sobre la suerte que ha corrido la escuela sensualista; calculad los progresos que podrá hacer la escuela ecléctica mientras no restituya á la parte dogmática lo que le corresponde: ved en seguida, si merece el nombre de teológica una escuela que carece de unidad, y á la vista de estos desengaños, y sin género ninguno de prevención, examinad el carácter de nuestro principio teológico, su influencia científica y moral, la prodigiosa muchedumbre de sus relaciones intelectuales, la infalibilidad reconocida de sus máximas, la perenne fecundidad de sus medios para rectificar el sistema de las acciones, los pormenores y el conjunto de su economía; y arrastrados por el poder de la evidencia, tendreis la satisfacción de convenir en que un establecimiento donde reina el principio

teológico, tiene á su favor todas las ventajas, mientras un establecimiento que le excluye, reúne todos los inconvenientes.

Para juzgar definitivamente las cualidades relativas y el mérito de estas diferentes escuelas, basta considerarlas en sus resultados. El más general de todos es la versatilidad incesante de las doctrinas, la inaquiescencia de las convicciones, el desconcierto frecuentísimo entre lo especulativo y lo práctico, la anarquía perdurable en que permanece la sociedad filosófica. El espíritu de secta que siempre ha propendido á dogmatizar, estendiendo la influencia de un principio más allá de lo que permiten la estension y el número de los objetos á que tal principio pueda referirse, ha causado no pocos trastornos en el campo de la investigación y desnaturalizado estremadamente el genio propio de la filosofía. De aquí esa variedad de escuelas que han ido apareciendo sucesivamente en Europa en los tres últimos siglos, desde que Newton, Leibnitz, Descartes y Bacon, presentaron al talento esos nuevos aspectos bajo que podian ser considerados los diversos ramos de las ciencias. Los rápidos impulsos que éstas recibieron en consecuencia de una revolución tan feliz, como la que debe la filosofía al po-

der intelectual de estos cuatro escritores, hicieron esperar, y con fundamento, que organizándose el sistema de los estudios sobre principios más reconocidos y mejor sentados, adelantaría la sociedad prodigiosamente, demarcándose con más precisión y exactitud los diversos puntos de separación y de contacto que á causa de sus diferentes objetos tienen y guardan entre sí todos los conocimientos humanos. Pero el hecho es que sucedió de otra manera: el principio material invadió los dominios del espiritualismo, trató de someter al criterio de los sentidos cuanto cae bajo la inspección de la inteligencia, y confundiendo hasta este punto los elementos del verdadero saber, no hizo más que reunir de adelantado los combustibles en que más tarde habían de ser lastimosamente inmoladas la moral católica, la sana política, la sensatez de las naciones y todas las nobles esperanzas del individuo y de la sociedad. Dios quedó relegado al país de las abstracciones; y nivelado el hombre con la condición del bruto, las pinzas del anatómico buscaban con arrogante solicitud nuestras ideas y nuestros pensamientos en las fibras cerebrales, el fatalismo susfituyó á la libertad, el egoísmo á la justicia, la conveniencia al deber. El cultivo de las ciencias metafísicas se consideraba como

una inocente locura, el estudio de la religion cristiana como el ocio del fanatismo, la mutua protección que se debían y prestaban recíprocamente la Iglesia y el Estado, como un obstáculo insuperable para el verdadero progreso de la sociedad: el espíritu fué nada, la materia todo: por consiguiente, el interés monetario constituyó la basa de la justicia, y las ciencias físicas, desnudas de sus relaciones morales, el ornato exclusivo del talento y del genio.

¿Por qué triste fatalidad ha de estar la filosofía condenada siempre á las exageraciones, y comprometida violentamente en el error, cuando más empeñada se muestra en estender sus dominios y hacer más practicables y seguros los senderos de la verdad? Señores, hé aquí una cuestión que tienen resuelta definitivamente la experiencia y la fé: porque basta echar una rapidísima ojeada sobre la historia filosófica del pasado siglo, para descubrir las verdaderas causas de este trastorno universal. Conquistarlo todo, conquistarlo por sí misma, y no dividir con nadie los frutos de tal conquista, hé aquí un lema señaladísimo donde reconocemos la filosofía del pasado siglo. ®

Quariéndolo conquistar todo, la filosofía traspasó con sus pretensiones los límites de su po-

der natural; queriéndolo conquistar exclusivamente por sí misma, desdeñó la cooperacion de la fé, y se hizo impía; sacudió las trabas de la autoridad, y se hizo escéptica; y como ni el escepticismo ni la impiedad tienen ojos para reconocer los caractéres del espíritu, la existencia y la magestad de los dogmas, y la historia, siempre viva, de la religion y la Iglesia, la filosofía cortó de golpe estas triples relaciones, y reducida á elegir un objeto en que pudiera ensanchar su ambicion sin el sentimiento de su ineptitud, se decidió por el mundo corpóreo y se atuvo solo á los sentidos.

Esta consecuencia era precisa, y no debemos extrañar que el materialismo haya venido á reemplazar aquel imponente y magestuoso conjunto de objetos que la razon, íntimamente ligada con la fé, habia puesto á la vista del filósofo para ennoblecer sus procedimientos y dilatar prodigiosamente la esfera de las investigaciones.

¿Y qué diremos de la escuela ecléctica? Verdad es que en todas sus ramificaciones hay un fondo comun de espiritualismo; verdad es que por todas partes son llamados los espíritus á investigaciones más elevadas que las que provoca

el sistema de la sensacion, y que el hombre y la sociedad son aquí vistos bajo un aspecto más noble y un sistema de relaciones más digno; pero tambien es cierto que todas son racionalistas, que todas pretenden crear y perfeccionar la ciencia, regularizar las costumbres y acelerar la sociedad á su fin, con abstraccion absoluta de la fé, con independenciam de toda autoridad docente, y sin contar con otros recursos, que los muy reducidos y poco seguros de la razon humana.

“El racionalismo, dice un orador célebre de nuestros dias, ha perdido á la humanidad por la duda que parece su término natural..... Dos veces ha reinado en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparicion en Europa tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado.” (*) Ni podia ser de otra manera: el mismo principio que sirve de apoyo á la escuela racionalista, es un elemento fecundo de division y trastorno: por

(*) LA CORDAIRE. Sermon VIII. De la doctriua de la Iglesia en general, de su materia y de su forma.

que sancionando aquel los derechos sobre la demostracion y el convencimiento, claro es, que no queda ni mision estable ni autoridad reconocida: cuantos poseen la facultad de discurrir, alegan el derecho de proponer; y cuantos hallan interés en resistir á tales ó cuales opiniones, alegan la independencia de su razon, para no rendir al talento el vasallage de la inteligencia. No hay medio: ó anarquía perpetua en la sociedad, ó alianza fiel y continua entre la razon y la fé; ó someterse á la influencia de un principio universal y divino que contenga, explique y gobierne á todo el hombre, ó dejarse arrastrar á los abismos de la duda; ó principio teológico, ú omnímoda y perpetua nulidad.

Mas este principio, tan fecundo y grande cuando obra todo y sin violencia, aparece mezquino é impotente, cuando se le tiende la mano para someterle al dominio de la razon. ¿Quereis una prueba? Volveos á esa misma escuela teológica. Talentos clásicos y genios de primer orden llaman á juicio la historia antigua y la historia contemporánea, la filosofía, la moral, las ciencias, las artes, la literatura, al hombre bajo todos sus aspectos, á la política en sus inmensas ramificaciones, á la sociedad en sus formas di-

versas é innumerables vicisitudes: ven el desconcierto universal de las opiniones, sienten de continuo el calor de las disputas perdurables, observan con asombro la rapidez prodigiosa con que se suceden los sistemas, reconocen á cada paso la esterilidad de todos los esfuerzos del racionalismo, por todas partes escuchan el estruendoso clamoreo de los entusiastas, que aplauden el progreso y que se muestran deslumbrados por el esplendor que despiden todas las antorchas del filosofismo; pero notan, así mismo, cómo gana estension en el espacio la inmensa y tenebrosa nube que sustrae á la vista del hombre la rebelacion de su sér, y encubre á la sociedad el arcano de su origen, la ciencia de su accion y el verdadero cuadro de sus destinos. Entónces hojean el libro de la antigüedad, piden á la historia el secreto del órden, de la paz, del saber y de la virtud, que se han visto reinar en otras épocas. Un rayo feliz ilustra de concierto su entendimiento y su corazon: comprenden, por último, que todo subsiste por la fé, y que todo se arruina sin la fé: columbran el secreto de una reforma universal: van á ensayarla. ¿Qué sucederá? ¡Dichosos ellos, y la sociedad dichosa, si ésta y aquellos se colocan bajo el poder del principio; pero desgraciados todos, si intentan

someterse al poder de la razón. Por desgracia, señores, no sucedió de otra manera. Pero oigamos á este propósito, las observaciones que hace el orador que acabamos de citar:

"Sobre las ruinas que el racionalismo habia amontonado en rededor vuestro, hubo hombres de talento, que experimentaron la necesidad de volverse hacia la fé; pero en vez de mirar á la santa cruz, en cuyo rededor se agolpa la multitud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse por su propio vuelo á la region de los misterios; y osados en el deseo de edificar, como lo habian sido en el furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enarbolar el misticismo [1] en medio de la capital de Francia. Ignoraban que el racionalismo puede muy bien consumir su obra á luz del dia, porque para destruir no se necesita más que la insolencia de un rudo ataque; mientras que el misticismo, aspiracion desprovista de unidad, y por consiguiente, incapaz de fundar

(1) El autor habla aqui del *misticismo filosófico*, y no de lo que llamamos *mística*, y por esto tacha de irreflexivos á los que le enarbolaron en la capital de Francia.

un gran monumento (1), necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer su poder en el corazón del hombre."

No sucede lo mismo, cuando conteniéndose la razón dentro de los límites de su luz y en la esfera de su poder, adopta, abraza y aplica el principio teológico en cualquiera de los muchos órdenes que á él están y han estado sometidos por una ley imprescriptible de la verdad. Su luz es inmensa, ilumina de un golpe la naturaleza y los misterios, revela todos los arcanos; su poder es incalculable, pues pasa por el corazón para rendir al entendimiento; su extension es infinita, pues abraza el gran sistema de las relaciones universales que ligan esencialmente á la creación y la Divinidad. Nada verdadero, sólido y justo hay en las otras escuelas, que no se halle por entero en la escuela católica; nada erróneo, vago, imperfecto, caprichoso ó maligno, que haya con-

(1) La verdadera mística, no es en verdad un orden comun, sino extraordinario; pero tampoco es una aspiracion, ni menos desprovista de unidad: obra de un modo singular y exclusivamente interior; pero sus efectos son tan sublimes, como gloriosos los monumentos que ha dejado á la admiracion. ®

taminado jamás la pureza del verdadero principio católico: porque abraza y comprende al mismo tiempo las deducciones más netas del raciocinio y las revelaciones y dogmas de la fé. En las otras escuelas nada hay completo, en la católica nada trunco: allá siempre mezcla de verdades y errores, acá la verdad siempre libre: allá vicisitudes continuas, aquí una marcha uniforme; allá divisiones perennes; acá unidad absoluta; allá perdurable anarquía: acá orden fijo, union constante, economía perpetua.

“Posee, pues, la doctrina católica una doble forma; la forma de la razon y la forma de la fé; no es ni una ciencia absoluta, ni una fé pura y sencilla: ve y no ve, demuestra y se subyuga: es luz y sombra, semejante á la nube milogrosa que alumbraba á los hijos de Israel, á la par que cegaba á sus enemigos. ¿Le exigís hechos? os citará los hechos más grandes del mundo. ¿Le exigís principios? os los mostrará tales, que resaltarán hasta en lo más profundo del entendimiento, y abrirán allí anchas vías. ¿Le exigís sentimientos? Llenará vuestro corazon agotado. ¿Le exigís el signo de la antigüedad? Le posee. ¿La fuerza de la originalidad? Se ha levantado más de mañana que vosotros, y os sorprenderá

por su juventud. Pero una vez iluminados, convencidos, arrebatados por ella, ¿querrá cada uno de vosotros arrancarle el velo que oculta parte de su majestad? Entónces os hará caer en tierra, diciendo: *Adora y celi*” (1)

(1) LACORDAIRE. Obra y sermon citadas.

Os he manifestado, señores, el verdadero carácter de nuestro principio teológico. Habeis visto su inmensa capacidad. Comprende á todo el hombre y estrecha íntimamente el orden natural con el orden sobrenatural. Colocados desde esta altura, comprendereis que bajo la influencia benéfica de este principio, la razon no puede padecer extravío, ni el entendimiento esterilidad, ni la voluntad impotencia. Convencidos debeis estar de que en este orden, rigurosamente eclesíastico, todo ha tocado los términos de la perfeccion en el orden especulativo, y todo ha reunido las garantías de la felicidad en el sistema de lo práctico. Los más varios conocimientos vienen á filiarse en la moral católica, que les da sus títulos y gobierna su aplicacion: nada ha quedado por definir ni por resolver, desde que la razon humana ha entrado en los caminos de la fé, y el albedrío se ha colocado bajo la in-

fluencia de la gracia. He llamado tambien vuestra atencion hácia las escuelas filosóficas de nuestra época. Las conoceis, y á la vista de los secretos resortes que han puesto en accion las facultades de sus jefes y de sus discípulos, estais presenciando el mismo cuadro que ostentaba el mundo antiguo en el tiempo de los sofistas. Con algunas variaciones en el colorido y en la forma, con algunas novedades más ó menos accidentales, con cambios sucesivos en las decoraciones, estamos viendo representar el mismo drama con diversos actores. ¿Qué habeis encontrado, señores, de positivo, grande y verdaderamente social en esos arranques frenéticos de la inteligencia, en esos vapores malignos de las pasiones políticas? Triste es decirlo; más triste el conocerlo: muchas palabras; pocas ideas: innumerables teorías, pocas verdades; proyectos sin fin, ningunos resultados; promesas fastuosas, pero miserias, horrores y crímenes por todas partes. Tal es el fruto de las escuelas filosóficas. Ellas no podian producir por cierto otros resultados, cuando partiendo de la independencia de la razon, han comenzado su carrera de progreso introduciendo el cisma, digámoslo así, entre los elementos primitivos y esenciales de la verdad del bien. ¿Qué podia resultar de aquí?

Hable por mí uno de los filósofos que no pueden inspirar grandes recelos á los más entusiastas partidarios de la libertad.

“Uno de los más peligrosos errores de nuestro siglo, dice Lammenais, es no considerar al hombre bajo otro aspecto que el de sus relaciones para con el hombre, y el separar en lo absoluto la sociedad presente de la sociedad futura, á la cual quiso Dios que todo estuviese subordinado en el orden que se dignó establecer. Ya desde entonces esta sociedad pasajera, lo mismo que el hombre, ni tiene fundamento alguno en que apoyarse, ni objeto con quien estar unida. Puesta en la necesidad estrecha de crearse fuera de la naturaleza un nuevo modo de existencia, marchan al azar de ensayos en ensayos, de revoluciones en revoluciones; y la vemos con espanto atravesar rápidamente espacios desconocidos, como si se sintiese perseguida por un funesto genio. Bajo el imperio exclusivo de las constituciones humanas no hay poder, porque el hombre no tiene derecho de mandar al hombre: no hay deberes tampoco, porque, ¿en virtud de qué habia de deber el hombre alguna cosa al hombre? Luego desorden absoluto, luego muerte”.

“Y no será esta la causa secreta de esas agitaciones que fatigan á la Europa de treinta años á esta parte? Difícil me parece el que no se advierta en la mayor parte de los pueblos no sé qué vaga inquietud que los impele constantemente al cambio, un mal estar general, y como una penosa dificultad de ser. Cerradas las puertas de la vida, se buscan otras nuevas: he aquí lo que se llama el movimiento del siglo, el progreso de las luces y de la civilización: palabras pomposas con que nosotros nos empeñamos en cubrir nuestra irreparable miseria. Nada más que ésto pretende nuestro orgullo degradado: sobre un esqueleto inmundo, echa un manto púrpura, y vedle aquí contento.”

“Después que se ha perdido la verdad, quieren reemplazar su falta con la ciencia; pretenden que esta sea todo en la sociedad, religion, moral, felicidad: empeñanse por último en que los hijos de Adán vivan del fruto que mató á su padre.” (1)

¡Oh si la profundidad de este último pensamiento llegara á sondearse por los hombres que más

(1) De l'education du peuple.

influyen hoy en los destinos de la sociedad! Su reinstalacion, señores, seria infalible, y nada problemático su progreso hácia la felicidad! Por lo que á mí toca, me basta poner aquí las escuelas filosóficas enfrente de nuestra doctrina católica, dejando á vuestra discrecion y sabiduría que decida, si en la cuestion de la enseñanza y educacion pública debemos incorporarnos en ese laberinto de sistemas, que sin embargo de su variedad y oposicion, tienen todos de comun el designio de regenerar la sociedad con la aplicacion de ese funesto principio que le dió la muerte desde que apareció en el mundo; ó si ménos presuntuosos y más prudentes, hemos de volvernos hácia esa otra escuela, que nos ilumina toda la esfera del saber con la doble antorcha de la razon y la fé, y nos comunica ese vigor divino que nace de la concordia, de la naturaleza con la gracia.

Pero sin transicion, de nuestras ideas sobre el principio á nuestras convicciones sobre los medios.

VI.

Estos no son en la realidad, señores, sino el mismo principio en el vario sistema de sus aplicaciones, su metódico y profundo desenvolvimiento en el progreso de la inteligencia y en el gobierno del corazon. Esta aplicacion ha de hacerle resplandecer por lo mismo, en las doctrinas, en las prácticas y en las personas á quienes esté cometida la direccion general y particular de este colegio. La pureza y universalidad de las primeras, la bondad intrínseca de las segundas, la suficiencia de las terceras, deben hacer esperar que los medios, tocando al objeto por una parte, y al principio por otra, muestren una sucesion continua, ordenada y sistemática en los pormenores, y una perfecta unidad en el conjunto.

Mas qué, se dirá: ¿el principio teológico puede estenderse hasta esos ramos que giran con absoluta independendia de los misterios? ¿El principio teológico puede bastar á todos los pormenores que en sí contiene el gran sistema de la educacion? ¿El principio teológico exige de parte de los regentes mayor número de garantías, que las que prestan un talento claro, un saber profundo y una conducta honrada? Señores, he aquí tres cuestiones que no han dejado de movernos una filosofía bien conocida, con un plan bastante indicado en el orden con que las he propuesto, y con unas miras detestables, que ha venido á poner en claro la experiencia de un siglo. La filosofía incrédula, despues de haber sufrido todas las derrotas en el campo de la controversia, buscó en el descrédito de los seminarios recursos nuevos para ganar el triunfo.

Era preciso argüir de limitada la instruccion eclesiástica, y resolvió negativamente la primera cuestion: era preciso argüir de insuficiente para la cultura social la educacion eclesiástica y por tanto el deismo resolvió la segunda en el mismo sentido, para que el siglo adoptase su código de urbanidad: era preciso secularizar los colegios, y la filosofía resolvió negativamente la tercera

cuestion. Es tambien preciso, para honor de una causa tan digna, hacer ver la universalidad del principio teológico en el sistema de la enseñanza, la suficiencia de la educacion religiosa en el orden social, la importancia del magisterio eclesiástico en esta clase de establecimientos.

La primera discusion á donde nos llama la filosofía racionalista, es la universalidad de este principio en el sistema de la enseñanza: entremos, pues, en materia.

Dejo aparte desde luego una observacion que han hecho los más insignes escritores contra las ideas que dominan en la época presente. "Instruid á los pueblos, derramad entre ellos la mayor copia de luces, incorporadlos en las grandes discusiones filosóficas y políticas, y los haréis felices." He aquí el grito de la escuela progresista, que se ha figurado haber descubierto el secreto y conquistado el derecho de regenerar á la sociedad. Otra escuela menos presuntuosa, pero más discreta, más sábia y más prudente, ha visto en estos clamores el más completo extravío que ha podido sufrir la razon en materia de política: ella dice al contrario: "moralizad

los pueblos, y la sociedad será perfecta 1)." Dejemos á un lado esta célebre cuestion, para fijar el verdadero estado de la nuestra.

No se trata de sumar los artículos de dos enciclopedias para conceder la universalidad á la que dé una diferencia mayor sobre la otra: el principio teológico es univeasal, pero no enciclopédico: tampoco se trata de ese cambio continuo de ideas y de formas, ni de esa estéril fecundidad de teorías nuevas que cada filósofo discurre para fijar de algun modo la atencion; la universalidad del principio teológico consiste en sus caracteres intrínsecos y esenciales; en lo especulativo es la verdad, en lo práctico la justicia en todo es la moral. Se trata de las relaciones directas é indirectas, es decir, científicas ó morales, que puede tener un principio con todos aquellos conocimientos teóricos y prácticos que se enderezan y encaminan á la perfeccion y al bienestar del género humano. Considerada la cuestion bajo este aspecto, decimos que el principio teológico es esencialmente universal, y cualquiera otro que le excluya, ha

(1) Véase la nota A puesta al fin.

de ser por precision limitado y particular: porque el principio teológico posee todos los elementos de la ciencia, posee todos los elementos de la conducta: cria y fecunda los conocimientos teóricos, perfecciona y moraliza los conocimientos prácticos, ilustra y ennoblece las letras y las artes. Si de aquí pasamos á otros aspectos bajo que puede considerarse esta universalidad, diremos, como un célebre escritor moderno que reúne todos los géneros de universalidad: "la de las personas, pues que el más simple y tosco le sienta con tanta plenitud, como el genio más profundo: la de las acciones, pues que no hay virtud que no prescriba, ni perfeccion que no aconseje, ni vicio que no condene, ni crimen que no castigue; la de las circunstancias, por último pues que sigue al hombre en las diversas vicisitudes de la vida, le hace llenar todos los deberes de su estado cualquiera que sea, gobierna sus pasos más secretos, penetra has a la profundidad inaccesible de su pensamiento, é incapaz de quedar satisfecho con reprimir el pecado, prohíbe la voluntad, sofoca el deseo, y destierra hasta la idea del pecado (1)."

(1) LA LUZERNE. *Dissertation académique sur la nécessité de l'éducation religieuse.*

Yo pudiera, señores, comenzar el desarrollo de estas ideas desde ese teatro ignorado en que la religion, eligiendo los dulces ministerios de la ternura maternal, salva de antemano á los pueblos de la tremenda ruina á que tiende siempre á arrastrarlos la política revolucionaria. Señores, presiento con satisfaccion, que habeis sorprendido mi pensamiento; y ya vereis que aquí no hago otra cosa, sino aludir á vuestras más dulces y más caras experiencias. Sois padres, y cuando no lo seais todos, sois hijos tambien: los cuidados que prodigais y aquellos de que algun tiempo fuisteis el tierno objeto, altamente nos revelan que este principio teológico os ha manifestado por sentimiento y por accion su maravillosa universalidad desde la mañana de vuestra vida.

Y cuando el padre y la madre tienen que desprender ya de sus brazos al tierno niño, le colocan en las escuelas cristianas, con aquella noble seguridad que inspira esa unidad de sentimientos que solo la religion católica pudo establecer y es capaz de conservar entre los padres y los maestros. Yo veo, señores, uno de esos Estados felices á donde no han logrado penetrar los vapores malignos de la filosofía incrédula: observo

su extension: advierto que en una multitud de poblaciones más ó ménos numerosas, y á pesar de las diferencias que nacen de las localidades, de los caracteres y hasta de las circunstancias, millares de niños están recibiendo unas mismas ideas, unas mismas instrucciones, aprendiendo unas mismas verdades, cultivando unas mismas virtudes, siguiendo unas mismas prácticas, y contrayendo por sentimiento una necesidad imperiosa de someterse al principio de la unidad, sin la cual no puede haber ni una razon perfecta, ni una virtud habitual, ni un individuo feliz, ni una sociedad bien establecida.

¿Es esta la obra de la filosofía racionalista? La filosofía racionalista es la razon independiente, y la razon independiente es la sociedad anárquica: No, señores, esta es la obra de un concierto que solo el cristianismo pasee; es el resultado de una concordia fiel entre la razon y la fé, entre la voluntad y la gracia; y este concierto y esta concordia, son obra, como sabeis, del principio teológico, que así desarrolla las primeras facultades del niño, como madura la razon del hombre, civiliza los pueblos, y dirige, sostiene, conserva y perfecciona la sociedad. Hé aquí por qué todos los designios, todos los proyectos

y todas las empresas de las escuelas que no giran dentro de la órbita católica, se han estrellado constantemente en mil secretos ú ostensibles escollos, han sido el juguete de todos los obstáculos, y no han podido jamás reunir en favor suyo el voto de la sociedad. ¿Cómo reunirlo? De ningún modo, si no ha de contarse, como elementos directivos y conservadores, con los principios, los medios y las prácticas de la Iglesia; si no se ha de intimar, digámoslo así, la familia con la sociedad en la grande obra de la educacion pública. “En todos los tiempos la familia debe hallarse presente á la educacion por su influencia, dice Laurentie; y por esto la religion, que es el único vínculo de la gran familia humana, es la única que puede representar en la educacion comun este derecho primitivo de la educacion natural. Si la religion no recibe de vuestros brazos al niño cuya educacion os es imposible dirigir por vosotros mismos, os vereis en el indispensable caso de abandonarle indefenso á las iniciaciones peligrosísimas por lo comun de la ciencia humana..... La civilizacion nace de la disposicion de los hombres á poner en comun sus bienes y sus males, y esta disposicion feliz solo puede ser inspirada por la religion. Infiérese de aquí, que la instruccion del pueblo es la educacion que éste

recibe de la religion: unid á ella la ciencia propia que demandan las condiciones varias de la vida social, y luego dejad formar el genio de cada hombre. En este caso habreis hecho bastante por las luces, y habreis hecho mucho más por el bienestar de la sociedad (1)."

El primer triunfo pues de la universalidad de este principio brilla sin sombras en la instruccion moral y política de las masas, esa instruccion cuyo secreto solo posee la religion, la cual, haciendo caminar al mismo paso sus lecciones y sus prácticas, produce al mismo tiempo esos conocimientos y esos hábitos comunes, que reducidos á la expresion de dos palabras, se representan en el buen sentido y en las costumbres de los pueblos.

¿Pero queremos hablar de las ciencias? Nuestro principio no esquivo tampoco aquí la discusion: es el único que posee la clave de todos los conocimientos humanos, y el secreto de relacionarlos todos con los destinos del individuo y de

(1) ART. EDUCATION. *Dictionnaire de la conversation et de la lecture.*

la sociedad: universalidad, señores, que no ha tenido, ni tiene, ni tendrá en todos los siglos escuela ninguna de las que no estén sometidas á la influencia del catolicismo.

Todas las ciencias serian siempre efímeras sin un apoyo histórico; mas este apoyo no se los puede dar sola la razon: le tienen, es verdad; pero le han recibido de la escuela católica. Todo género de conocimientos serán siempre muy imperfectos, si no están colocados en una línea comun de relaciones científicas, y serán siempre fútiles y absolutamente estériles, si no tienden á la perfeccion del hombre, al orden de la sociedad y al bienestar de toda la especie humana. Existen estas relaciones, se refunden en un gran pensamiento, llevan la ciencia á sus fines; pero de esto serán siempre deudoras las ciencias al gran principio intelectual y moral que vemos al frente de las instituciones católicas.

El punto histórico indica al mismo tiempo que la causa, el origen y el destino de cada existencia. Esto no puede hacerlo la razon: porque si ella es capaz de comprender poco ó mucho de lo que existe, nada puede crear, dígase lo que se quiera, y por consiguiente su impotencia histórica es un hecho que no exige demostracion.

Luego las escuelas puramente racionalistas no pueden sacar nunca de su propio fondo la basa de una sola ciencia: sus varios sistemas sobre Dios, el mundo y su naturaleza, sobre el hombre y sus destinos, sobre el bien y el mal, sobre la sociedad y sus condiciones, etc., etc., han venido á ser, ó un argumento de la fragilidad humana, ó una demostracion contra la posibilidad de la unidad filosófica, ó la parte cómica y ridícula de la historia del entendimiento humano.

Al contrario sucede con nosotros, "que en nuestros principios católicos, dice un historiador de nuestros dias, no dejamos ninguna de estas graves cuestiones indecisas: todo está explicado, coordinado, encañonado, sin variacion ninguna, de la manera más á propósito para presentar un cuadro completo, al cual no falte nada."

"Nuestras doctrinas religiosas no son, en sustancia, sino el desenvolvimiento de todos estos puntos capitales: ellas ofrecen en su conjunto el aspecto de un árbol magnífico cuyos brazos van siempre estendiéndose, sin que ninguno, ni aun el más pequeño, esté separado del tronco. Estos brazos, admirablemente ligados entre sí, descienden hasta la raiz, de donde sacan su vida

comun. No de otra manera nosotros, remontándonos desde las últimas conclusiones católicas hasta sus premisas, y de aquí á los principios superiores, llegamos, por una cadena no interrumpida, hasta las primitivas é invariables verdades en que descansa el edificio entero, como en una basa inamovible. Nada puede ser más satisfactorio para el espíritu, y al mismo tiempo para el corazon. Así permanecemos en una calma perfecta, entre las agitaciones intelectuales que por todas partes nos rodean (1)."

¿A dónde iria, señores, nuestra razon á parar, si desdeñando las brillantes luces de la fé y los fuertes y robustos apoyos de la autoridad católica, pretendéis descubrir el origen y el destino de cada cosa, y apoderarse de esta cadena invisible de procedimientos, que eslabonándose en estos dos extremos de cuanto existe, presentan el orden científico y moral de todo aquello que, creado, establecido ó revelado, cae bajo las miradas, la accion ó el dominio de la inteligencia? ¿Se trata del hombre? de la familia? del gobierno? ¿Se

(1) BOUVIER. *Histoire abrégée de la philosophie.*
Tomo II. Conclusion.

trata de Dios? de su naturaleza? de sus arbitrios? de sus relaciones con la humanidad? ¿Se trata del mundo físico? de la variedad de sus objetos? del origen de sus fenómenos? de sus relaciones entre su causa y su destino? ¿Se trata, por último, de la palabra, luz del mundo moral, vínculo de la sociedad, depósito de todas las verdades, de todas las leyes, de todos los acontecimientos, como la llama Bonald, de ese instrumento, digo, que regla al hombre, ordena la sociedad y explica el universo? Cerrad el Génesis, cerrad nuestros libros católicos, y buscad en buena hora los primeros datos de donde hayais de partir, y los recursos con que habeis de contar, y la luz que ha de conducirnos en tan difíciles como importantes investigaciones. Abrid, si quereis, á Herodoto, hojead los Fastos; leed la Metamórfosis; embelesaos con las bellas ficciones de la Mitología pagana; id á la Academia, entrad al Pórtico, visitad el Liceo; conversad con Thales de Mileto, con Pitágoras ó con el divino Platon; profundizad cuanto querais el libro de la naturaleza de las cosas, el de la naturaleza de los Dioses ó el de los deberes; en suma, reunid en un foco todas las luces de la sabia antigüedad. ¿Qué habreis consegnido? Brillantes quimeras, fábulas especiosas; por donde quiera impostura; supersticion,

ignorancia, errores: de manera, que podria decirse, que el primer filósofo de Atenas juzgá definitivamente la filosofía del gentilismo, cuando manifestó, que lo único que sabia era que todo lo ignoraba. No, la antigüedad nada os presenta definitivo en las cuestiones de la ciencia; nada consecuente en el sistema de la conducta; nada seguro y fijo en la constitucion de la sociedad.

El mundo debia salir del caos, porque, dígase lo que se quiera, estaba sentado á las sompras de la muerte. Salió en efecto, mas por haber brillado sobre él la luz del Verbo, como sobre un teatro de tinieblas. Luz divina y humana al mismo tiempo, como Dios y hombre el que la difundia, de un golpe regeneró el entendimiento, y al mismo tiempo dió el calor de la vida al corazon.

“Las ciencias, dice Chateaubriand, hechas estacionarias en todo la antigüedad, han recibido “un impulso rápido de ese espíritu apostólico y “renovador que apresuró el desmoronamiento “del viejo mundo, al paso que todos los pueblos “donde ha dejado de existir el cristianismo, han “visto aparecer de nuevo la esclavitud y la ignorancia (1).”

(1) *Discours prononcé le 10 mars 1829 devant le Congrès.*

Y ¿seréis más felices, pasando á las sectas filosóficas de la edad moderna? Decidme, pues, ¿cuál época histórica puede señalarse aquí, que nos presente el fenómeno siempre ambicionado y nunca conseguido de una escuela que reúna todos los espíritus, que someta todas las opiniones, que termine todas las diferencias, que haya dado solución á todos los problemas de la ciencia y de la sociedad, que haya erigido sobre basas sólidas una institución duradera, que haya sometido á todos los sabios y también á los pueblos, que haya pasado sin inconvenientes por algunas generaciones, que no se haya visto reducida á la necesidad indispensable de correr junta con otras muchas que le disputan la palma, de morir para la acción, quedando viva solo para la historia, y de ceder el campo á nuevas escuelas, nuevos sistemas y nuevas imposiciones? Decidme siquiera, señores, si podriais trazar una especie de mapa-mundi filosófico, que nos presentase en la variedad del pensamiento la unidad del designio, y que por la natural concatenación de las ideas hiciera menos laboriosa para nuestra memoria la historia de la filosofía moderna. La verdad es una, porque solo una recta puede tirarse entre dos puntos dados; pero el error es indefinidamente múltiple, porque

infinitas curvas pueden tirarse entre dos puntos. Los filósofos modernos, en aquellas partes en que han querido obrar con independencia de la fé traspasando los límites naturales de la razón humana, no han hecho más que parodiar, ó reproducir de una manera más monstruosa, toda la sofistería del paganismo; y no se borrará, ni con el trascurso de los siglos, la inmunda y pestilente mancha que echó sobre el siglo XVIII la filosofía incrédula, cuando huyendo del Dios vivo, quiso llenar el inmenso vacío, deificando á la razón humana en sus estatuas de piedra.

Causa lástima ver á la filosofía empeñada en creerlo todo, realizando á cada paso el parto de los montes, y sorprendiendo al mundo, no ménos con la énfasis arrogante y soberbia de sus promesas, que con la mezquindad y el ridículo de sus obras. Todo lo emprende, todo intenta explicarlo, y en este punto es preciso convenir en que su universalidad no tiene límites. Preguntadla por el origen del lenguaje, y si lo consentís, os herá pasar los días y las noches entretenidos con la lectura de sus novelas ideológicas: consultadla sobre las armonías divinas y las relaciones morales del mundo físico, y se reirá de vuestro candor; si no es que, volviéndoos las espaldas,

os despache con los poetas: hablada del espíritu, de sus potencias y facultades, de las ideas, de su origen y combinacion, de la voluntad y sus actos, de la libertad y sus efectos, de la moralidad y sus reglas, y en el instante os sentireis embestido por muchas y diversas partes, solicitado por las teorías más opuestas: y grande será vuestro esfuerzo para volver á la calma de vuestra razon y de vuestra crítica, despues de haber pasado la revista de tantos sistemas, y presenciado la pugna eléctrica de tantos partidarios filósofos. ¿Y la política? ¡Oh! deteneos: porque aquí es preciso hacer una grave pausa, para presenciar la obra maestra de la filosofía de que tratamos. Atended: todo se explica aquí y de una manera llana. Los hombres fueron al principio una porcion de *cuadrúpedos*, y la sociedad semejante á las reuniones de castores ú orangutanes. Los hombres pensaban, pero no sabian hablar; mas cuando la filosofía rompió las trabas de su lengua, vió con sorpresa que hablaban, pero no sabian pensar. Mas entretanto ella, como una sábia y tierna nodriza, no los abandonó un instante, hasta que los hubo imbuido en los elementos de la Lógica. Estos servicios importantes eran ya mucho para la comunicacion recíproca; pero faltaba todavía la

parte más difícil: era necesario organizar la sociedad y constituir el gobierno. Esto parece tan imposible á primera vista, como la invencion de las lenguas, porque segun ciertos filósofos, los hombres eran naturalmente amigos de la guerra, y esta naturaleza belicosa pugnaba esencialmente con el carácter pacífico de unas instituciones. La filosofía tenia aquí una obra grande que acometer, y puesta en la alternativa de quedarse arrinconada, ó de erearse partidarios teóricos y agentes prácticos, se decidió por el último extremo, no sin grandes dificultades, que la hubieran hecho retroceder, si no hubiese llegado á su apogeo en la época misma en que ya se decidían á pluralidad de votos las más graves cuestiones de las ciencias. Felizmente, pues, para ella, logró poner la ciencia del gobierno al alcance de todos reduciéndola á un simple contrato de *locacion conduccion*, y multiplicar los agentes, diciendo al pueblo que era *soberano*, y haciendo entender á los políticos que la soberanía del pueblo era el más precioso elemento para tiranizarle, y el recurso más fecundo para perpetuar en la sociedad las revoluciones civiles y las épocas de transicion: únicos medios para obtener la boga sin conocimientos, para subir á los honores sin mérito, pasar una vida opulen-

ta sin patrimonio, y ejercer sin título la noble misión de la magistratura política y civil.

No vayamos adelante: dejemos aquí esta carrera indefinida de progreso, por donde la filosofía mal entendida quiere arrastrarnos al abismo y volviendo á nuestros colegios eclesiásticos. recordemos que los estudios comunes, por donde es preciso pasar á las profesiones especiales, lejos de hallarse excluidos del principio teológico, renacieron bajo su influencia, y han hecho progresos no interrumpidos mediante sus aplicaciones especiales. No nos empeñemos por lo mismo, en probar, que casi á la Iglesia se debe exclusivamente el cultivo de las lenguas sábias, y que no ha tenido la menor parte en la perfección de los idiomas vulgares; que la verdadera Ideología está mejor comprendida y más bien aplicada en la escuela católica, que en cualquiera de las otras; que la comun y la alta Metafísica, esta ciencia noble y fundamental que ha vuelto la zabeza á cuantos filósofos han pretendido crearla, convirtiéndola por lo mismo en series metódicas de conjeturas, y que ha hundido en el fango del materialismo á otros filósofos menos constantes ó más desesperados, presenta en la escuela católica verdades reconocidas, principios

seguros y consecuencias infalibles; que la moral es un objeto preferente para nuestros colegios, y que no se la debe buscar fuera de la Iglesia.

Tampoco me esforzaré en demostraros, que la Historia, la Cronología y la Geografía se reconocen en la Iglesia, como estudios de la primera importancia, y que sin sus libros canónicos y los trabajos inapreciables de sus sábios, estarían hoy rotas las relaciones tradicionales y monumentales que existen en las épocas más notables del mundo. No me detengo, repito, en estas cosas, porque tampoco me persuado que á tanto llegue la mezquindad de nuestros progresistas, que nos rehusen las relaciones existentes entre todos estos estudios y el objeto y fin de nuestros establecimientos eclesiásticos. Verdad es, que murmuran un tanto cuanto sobre tales puntos; pero también es cierto, que su atención se fija preferentemente en las ciencias físicas, en los conocimientos políticos, y en los estudios literarios. Ciñéndome pues á éstas tres cosas, permitidme, señores, que os manifieste, aunque muy de paso, la influencia que en la perfección de estos ramos ha ejercido y debe ejercer indispensablemente el gran principio que preside á los establecimientos eclesiásticos.

IX.

En vano se ha pretendido sostener que el principio teológico es extraño al cultivo de las ciencias físicas, del Derecho general y de la Bella Literatura. Los que así discurren, pierden de vista, sin duda alguna, los principios generadores de las ciencias, y la historia progresiva del espíritu humano. ¿Cómo han podido olvidar tan fácilmente las íntimas y maravillosas relaciones que ligán por una parte el mundo físico y el mundo moral, que estrechan por otra la religión con la política, y que han sostenido en el más dulce comercio la razón, el sentimiento y la imaginación? Estaba reservado á nuestros filósofos modernos pronunciar un solemne *mentis* contra los sabios del paganismo, que veían escrito el nombre de Dios en los astros del firmamento, y contra el Poeta-Rey, que cantaba los atributos divinos inspirado por el cuadro sublime de los cielos. Charle cuanto quiera la filo-

sófia materialista, nosotros veremos siempre el gran cuadro del universo físico, como un reservatorio inmenso de verdades metafísicas y morales, en que la filosofía, dulcemente inspirada por la religión, puede dilatar prodigiosamente el horizonte á sus miradas, é impeler al genio á la contemplacion de esa verdad suma y universal de donde parten y en donde terminan todos esos conocimientos preciosos que están distribuidos á la especie humana.

Por lo demás, deberíamos contarnos por muy felices, si á esto hubieran de reducirse los argumentos que apoyan el cultivo del Cálculo y la Física en los colegios eclesiásticos; pero tenemos que alegar una razón más con las nuevas necesidades que han venido á engendrar los impíos con el carácter de sus impugnaciones. Abandonado el antiguo sistema, la impiedad se ha criado nuevos recursos, y ha formado, por explicarme así, del cultivo de las ciencias físicas un inmenso fulcro para precipitar en el abismo la verdadera Metafísica, los documentos de la Santa Escritura y los principios de la moral evangélica. Aquí vemos combatida con orgullo y con tenacidad la cronología de Moisés con los cálculos astronómicos y con las investigaciones del naturalista: allí

vemos renacer el Panteísmo de la fuerza expansiva que se difunde por toda la naturaleza: unas veces nos atruena la inmensa vocería de los fisiologistas conjurados contra el espíritu: otras vemos al orgullo de la ciencia desdeñar los grandes motivos que presiden á la creacion y á los fenómenos, relegar al público desprecio el estudio de las causas finales, no reconocer en la naturaleza más principio activo que el de los agentes físicos, ni más fuerza reguladora que la simple sucesion de los fenómenos. Por último, cortadas así las relaciones íntimas que ligan á la tierra con el cielo, sufrieron la ley de la materia las ciencias que parecian tener con ella ménos analogías. La moral no tuvo más apoyo que el interés, y las artes y el comercio vinieron á ser los dos resortes exclusivos del mundo político.

¿Seria prudente abandonar con el cultivo de las ciencias físicas el campo de la lid á la discrecion de los impíos, en esta nueva rebelon de los naturalistas incrédulos contra Dios y su Paovidencia? Hé aqui, señores, por qué la Física ocupa un lugar tan distinguido en el pensamiento de los que presiden á los estudios eclesiásticos; y hé aquí al mismo tiempo de qué modo pueden subordinarse al principio teológico todos los estudios preparatorios, aun los que pa-

recen tener menos analogías con los grandes objetos de las ciencias eclesiásticas. Basta leer el Génesis, para saber hasta donde se estiende la inspeccion de la Iglesia sobre todas las ciencias (1).

(1) Véase la nota B puesta al fin,

Si de las ciencias naturales pasamos al estudio del Derecho y de las ciencias políticas, nos bastaría sin duda recordar, que no puede haber sociedad sin religion, para demostrar *á priori* las relaciones íntimas que tienen estos conocimientos con el principio teológico; y la mejor prueba de esto es el origen de donde parte la objecion que hacen contra la influencia de este principio los partidarios de las doctrinas ultraliberales.

El primer conato de estos filósofos ha sido, bien lo sabeis, borrar de la sociedad el doble carácter que tiene de política y religiosa, para estudiarla y organizarla solo bajo el primero de estos aspectos; excluir de la ciencia del gobierno la doctrina católica, y cortar, por último, las conexiones esenciales que por una ley invariable de la sociedad debe constantemente haber entre

la Iglesia y el Estado. Verdad es que ellos no han podido abolir enteramente las ideas religiosas, y que los pueblos, á quienes afectan favorecer con sus teorías, han sido siempre para el desarrollo de estas el primero y más imperioso de los obstáculos: tambien es cierto, que no pudiendo dar un paso sin facilitarse medios de allanamiento con las creencias comunes, presumen de tener en su república religion y moral: mas despojando á la primera del culto y del Sacerdocio, y emancipando á la segunda de la revelacion y la autoridad docente, no han hecho más que vestir á la moda su ateismo político y filosófico bajo el aspecto del deísmo y lo que ellos llaman moral natural.

¿Qué ha resultado de aquí? Mil bellos contrastes entre los designios y los acontecimientos: los políticos discurriendo constantemente nuevas teorías, y los pueblos sacudidos sin cesar por continuas agitaciones; aquellos pronunciando enfáticamente las palabras de progreso, de civilizacion etc., y éstos sufriendo sin tregua todas las consecuencias forzosas de la diversidad y contrariedad de las opiniones y de la confusion de las doctrinas; las constituciones políticas sucediéndose como las estaciones del año, y

las sociedades perdiendo irreparablemente su constitucion esencial: en fin, los políticos ultraliberales prometiéndolo todo, y las infelices naciones perdiéndolo todo.

Las revoluciones civiles corresponden exactamente á las revoluciones filosóficas; el progreso de éstas será siempre un indicante infalible de la perpetuidad de aquellas. ¿Dónde columbrar el término? En el acuerdo recíproco. ¿Cómo realizar este fenómeno social? Volviendo á los principios y sacándolos del vasallaje de la razon; ¿por qué medios? por las creencias. Pero las creencias, señores, nada son sin la autoridad, esta es nada sin la universalidad, así como la universalidad nunca será nada sin la unidad. ¿Dónde está la unidad? En todas partes. ¿La quereis en los seres? Atended solo al vínculo que es recha al Criador con sus criaturas. ¿La quereis en el poder? Relacionad y subordinad al mismo tiempo los fines intermediarios del orden temporal con los fines estremos del orden eterno. ¿La quereis en la sociedad? No violentéis su naturaleza, despojándola de su doble carácter de política y religiosa. ¿La quereis en las facultades? Unid siempre la razon y la fé. ¿La quereis en los conocimientos? Fijaos en el vín-

culo que une la revelacion con la ciencia. ¿La quereis, por último, en el gran movimiento de la sociedad universal? Ceded sin escrúpulo á las inspiraciones tutelares de la doctrina católica.

La consecuencia que de aquí debemos inferir es, que sin el principio teológico la ciencia política no tiene universalidad ninguna, ni la sociedad condicion estable. Dígase lo que se quiera, la decadencia de las sociedades antiguas, así como la limitacion de la ciencia de estado en los tiempos anteriores al cristianismo, son tan urgentes argumentos en favor del principio que defendemos, como los reinados opulentos y magníficos, y tambien la pugna de las opiniones, y la confusion de las doctrinas, y los trastornos innumerables, y las no interrumpidas revoluciones que tanto nos alarman en algunas épocas muy conocidas de los tiempos modernos.

Mas para saber hasta qué punto debe influir la instruccion eclesiástica en la jurisprudencia y en la política despues del cristianismo, basta, señores, considerar una y otra bajo sus relaciones históricas, científicas y sociales. ®

Bossuet ha dicho que "cuando la historia fuese inútil para los otros hombres, seria necesario

hacerla leer á los príncipes, (1) y esta necesidad, así reconocida por el escritor más eminente del siglo de Luis XIV, bien claramente nos manifiesta, que sin las relaciones históricas, la ciencia del gobierno permanecería siempre en una infancia perpetua. Si se habla del Derecho, es necesario ocurrir á los libros santos, para encontrar su verdadera filiacion; pues aun tratándose del más simple de todos, del derecho natural, nada ó muy poco adelantariamos en su importante estudio sin los conocimientos tradicionales de esa sociedad primitiva que constituía el elemento, bosquejaba las formas y presentaba el tipo radical de la sociedad civil y de la sociedad política. Si la razon bien dirigida es capaz de reconocer los preceptos fundamentales de la ley de la naturaleza, jamás por sí sola hubiera podido suplirla, así como no pudo conservarla. Pero la ley de la naturaleza, si bien fué un primer elemento de la ley general, y en su esfera de acción bastó para cubrir en su totalidad las exigencias de la sociedad doméstica, nunca podia satisfacer las necesidades inmensas de la sociedad civil y política. Desde que el padre pasó á

(1) Discours sur l'histoire universelle.

ser gobierno, y el hijo figuró bajo el título de ciudadano, la ley debió á su turno hacer una transición, y ser escrita, como lo fué de facto. Sin embargo, el carácter puramente civil no es un carácter universal; y si el género humano en los tiempos anteriores al cristianismo carecía de un derecho comun, y pudo hacer sin él sus mil transiciones históricas; no sucedió lo mismo cuando un principio más espiritual, desenvolviendo sobre él un nuevo germen de vida, que afectaba esencialmente á sus intereses, llegó á obrar en su seno una fusión universal: porque ya entonces necesitaba de un nuevo código que refundiendo á la vez la ley escrita de los judíos y los pocos restos de la ley natural que bogaban dispersos entre las opiniones filosóficas, los cultos bárbaros y los códigos diversos del paganismo, hubiese reunido cuantos elementos eran indispensables para que pudiera corresponder al último desarrollo de la sociedad y llenar el inmenso vacío que habian dejado los pueblos antiguos. Así sucedió de facto, y ese nuevo código es el Evangelio. Hé aquí, señores, puesta de bulto la necesidad estrecha de la institucion eclesiástica.

Suprimid los recursos inmensos que la Iglesia os proporciona, y decidme: ¿quién pondría en

vuestras manos el hilo, para salir con buen éxito de ese laberinto inexplicable de la legislación universal?

Viniendo ahora hácia el derecho civil, y para no llamaros al exámen histórico del de los países más notables del mundo, bien sabeis, que las antigüedades eclesiásticas son tambien los primeros monumentos de nuestra legislación: que la Iglesia fué por muchos siglos la verdadera madre del Estado; que hay puntos en que la codificación moderna se pierde en las asambleas de los Obispos, y que seria necesario borrar acontecimientos que ya no penden de nosotros ó suponer que en el estudio de la legislación y de la política nada importan las tradiciones históricas, para decir, que el principio católico, ó teológico, nada tenía que ver con el estudio del Derecho y la perfección de la ciencia política.

Consideradas estas materias bajo sus relaciones científicas, se reconoce todavía más, que nada ó muy poco se adelantaria con el recurso exclusivo de la razón. Pasad, señores, la vista por esa muchedumbre de sistemas políticos que se han inventado, modificado y defendido de algunos siglos á esta parte en las naciones más his-

tradas del mundo. ¿Qué han producido? La más estraña confusión en las ideas una división prodigiosa en las opiniones, la ruina del buen sentido en las masas: y cuando, por desgracia de la humanidad, han encontrado brecha para hacerse ensayar prácticamente en el gobierno de los pueblos, crímenes sin cuento han empañado el lustre de sus gloriosas épocas, y la sangre ha corrido á torrentes en la empeñada lucha de las facciones políticas. Rehusó la filosofía ser vasalla del cielo, y tuvo la necesidad por último de tomar el traje de mendigo para reunir algunos votos en la tierra. No consintió la fé, pero muy pronto tuvo tambien que renunciar á la esperanza, pues mientras anhelaba por un dominio universal y perpetuo, solo consiguió sufrir el humillante desaire de esa misma inteligencia que acababa de deberle su emancipación, y le oponia de continuo su libertad.

Quiso pasar á las costumbres, pero formulándolas en el interés, no podia organizar por cierto con cuantos se sometieran á sus máximas, sino un pueblo de hipócritas y malvados: quitó la santa cruz de la cabeza de los reyes, para colocarse junto á ellos; pero no tardó mucho en servirles de conductora para el cadalso, ó hacerlos

descender, cuando ménos, al brusco arrimo de las oleadas frenéticas del pueblo. Se introdujo en las cámaras, y las leyes desde entónces se tiñeron del color de las opiniones, formulaban la anarquía de la sociedad, y eran tan pasajeras, como precaria la boga de los sistemas políticos que las inspiraban.

No pasemos adelante: el principio teológico es una brújula, señores, sin la cual nadie podrá remar con buen éxito, ni menos hoy que hemos visto perecer hasta el sentido comun, en ese océano inconmensurable, eléctrico y sembrado de escollos, que ha ensanchado tanto la filosofía política, y que es preciso atravesar para dar algun rumbo á la marcha vaga de la ciencia. La doctrina del pacto social seria solo un impertinente idealismo, si por desgracia no hubiera creado intereses esencialmente opuestos á la constitucion y permanencia de la sociedad. El hecho es, que por una especie de encanto que no podemos explicar, desde que estas doctrinas influyen en la marcha administrativa y en la organizacion de los Estados, los gobiernos han perdido su majestad, la obediencia su significado, y la felicidad pública su tipo. Decidme, señores, con franqueza, á la vista de tantas bancarotas científicas, de tantos delirios poéticos, de

tantas sabias y elocuentes lecturas, ¡cuántas veces habreis deseado ver al frente de los negocios hombres sin letras, pero de buen sentido; hombres sin celeridad, pero prudentes, cantos é interesados en el reposo público! Desengañémonos, la ciencia política, si no está basada en el principio tool'gico, no tendrá, señores, sino un nombre irónico: será, si se quiere, una entretenida miscelanea, pero nunca el arte de hacer felices á los pueblos.

Y qué, ¿dejaria por otra parte de ser limitada, aun cuando no fuese esencialmente errónea? ¿podreis reconocer la ley natural en su primitiva santidad y pureza fuera de la sociedad católica? Los filósofos os dirán que sí: pero no hay cuidado; por fortuna la sociedad no está compuesta de filósofos. ¿Existe un Derecho positivo divino? Lo negarán los deistas, señores, lo negarán los indiferentistas, lo negarán, por último, todas esas sectas políticas, que á trueque de facilitar el vuelo de la sociedad hácia el progreso que ellos se han imaginado, han elegido el partido sabio de aligerar su peso, descargándola de sus antecedentes históricos y de sus cualidades constitutivas; pero no os inquieteis, porque aunque muy numerosas estas escuelas, todavía

el género humano pertenece al retroceso. ¿Existe por último una sociedad católica? ¿hay de hecho una Iglesia? Bien conozco, que cada partidario de la escuela progresista daría cuanto no vale, por contestar negativamente á esta pregunta; pero, mal que les pese, millones de hombres están esparcidos por todo el orbe, y componen esta sociedad inmensa del catolicismo. Esperemos, pues, señores, que acabe la Iglesia, que sus instituciones, sus leyes, sus máximas, sus costumbres etc. etc., perezcan hasta para la historia, y entonces ya no estaremos tan lejos de reconocer la limitación científica del principio teológico, con el pretendido exclusivismo de la razón en la ciencia del jurisconsulto y del hombre de Estado.

De buena gana, señores, pondría término aquí á mis observaciones sobre la influencia del principio teológico en el cultivo de la jurisprudencia y en el estudio de la política, para no difundirme en pormenores sobre uno de los muchos puntos que abraza esta memoria; pero hay un motivo serio para proceder de otra manera: bien sabéis, que este es el lado por donde somos más tenazmente combatidos, y que los enemigos de la escuela católica lo darían todo por bien

empleado, como claramente lo han dicho, á trueque de poner á salvo de la influencia de nuestros principios teológicos todo lo que se refiere al derecho público, político, constitucional, civil administrativo, á la ciencia del gobierno y cuanto directa ó indirectamente afecta al establecimiento, al orden y á la conservación de la sociedad. Me permitiréis, por lo mismo, que llamando vuestra atención hácia la disertación primera del tomo segundo del *Curso de Jurisprudencia universal*, donde he procurado examinar esta importante materia bajo la triple relación de la historia, de la ciencia y de la sociedad, con el fin de demostrar que la unión de la inteligencia y la fé, de la filosofía y la revelación, del derecho divino con el derecho humano, y del natural con el positivo divino, ó lo que es lo mismo, que la aplicación del principio católico á la jurisprudencia y á la política, ha sido en todos tiempos una necesidad filosófica y lo es muy particularmente en el estado actual de la ciencia; no concluya, sin presentaros aquí la recapitulación de los principales argumentos que aquel escrito abraza, y que bastan para dar á vuestra dirección y sabiduría una materia muy fecunda de serias reflexiones, para concluir de todas ellas que la sociedad, lo mismo que la ciencia, no tie-

nen otra tabla de salvamento que el principio católico, en este mar borrascoso de sistemas filosóficos, de teorías políticas, de frecuentes y terribles revoluciones.

Unida la razón con la revelación, el entendimiento ya no queda expuesto á gobernarse exclusivamente por la autoridad, ni á seguir sin el apoyo de una autoridad infalible sus propias inspiraciones: no caerá, pues, en las redes que tiende la sofistería, para sorprender á un espíritu sin criterio; no tendrá embarazo ninguno para deducir las consecuencias y hacer las vastas aplicaciones de las verdades reveladas; ni tampoco, por falta de estos documentos infalibles, incurrirá en todas las contradicciones en que viene á parar por último una razón independiente, y de que dan un testimonio tan deplorable los anales de la incredulidad, principalmente desde el renacimiento de las letras hasta los últimos períodos de la revolución de Francia.

Uniendo el derecho natural con el positivo divino, se consiguen ventajas de la primera magnitud. Grande es por sí sola la simple remoción de los inconvenientes indicados; pero hay otras de no menor importancia. Perfecciónase el in-

dividuo, y por consiguiente la sociedad: el individuo, porque su entendimiento se rectifica por el hábito de discurrir constantemente sobre cosas demostradas; porque con este medio no abandona jamás el íntimo enlace de todas las verdades morales y políticas, no desconoce la relación estrechísima del Derecho divino con el Derecho humano; y porque no viendo ya las cuestiones aisladas, califica siempre los principios por todos los criterios, y juzga por los principios los hechos y las leyes.

Esta perfección del individuo acelera prodigiosamente la perfección de la sociedad: pues aunque no todos sus miembros han atesorado conocimientos de esa naturaleza; pero sí participan de aquella influencia prodigiosa que los hombres ilustrados ejercen sobre los pueblos. Hay más: la unión de estos Derechos perfecciona directamente la sociedad, porque fija invariablemente las doctrinas, y con solo esto afirma las instituciones, disminuye los estragos de las revoluciones civiles, rectificando su marcha, y comunica al espíritu público aquella estabilidad que solo puede calificarse por la creencia.

Las revoluciones son hijas de la opinión, la opinión es hija de las doctrinas. Si estas des-

cansan sobre la razon natural, son tan falibles como ella, están, como ella misma, expuestas á todas las contradicciones y sujetas á todas las vicisitudes del espíritu humano. Si se apoyan en la revelacion, afirman de tal modo la persuacion de los sabios, y robustecen de tal suerte el espíritu de los pueblos, que por este solo hecho quedan indisolublemente unidas las convicciones y las creencias: union de que resulta indispensablemente la infalibilidad de las doctrinas, la unánime profesion moral y política de todas las clases del Estado, y la inalterable conservacion de todos los principios sociales. Esta revelacion debe mirarse ademas, como un complemento indispensable de la ley natural. Los misterios en cuanto se refieren á las leyes, los dogmas revelados en cuanto son el sólido fundamento de la verdad moral, la extension que ha recibido la ley social con la negacion de nosotros mismos, con el amor de los enemigos y las formas legítimas del culto: he aquí lo que no alcanzaria nunca la razon humana, y lo que es del todo preciso para que la sociedad llene sus deberes, y adquiriera con ésto los grandes bienes á cuya posesion es llamada por sus destinos.

Los inconvenientes y ventajas mencionados se han reconocido en todos los tiempos, están

prácticamente demostrados por la historia de todos los siglos; y por esta razon pensamos que la union del Derecho natural con el positivo divino ha sido en todos tiempos una necesidad filosófica, y lo es muy particularmente en el estado actual de la ciencia.

En efecto: lo fué en la sociedad natural, porque Dios habló al hombre, y esta palabra divina se conservaba y trasmitia en todas y por todas las familias con el uso de la palabra hablada. Lo fué cuando la sociedad hizo su transicion al estado civil, en que se cortó naturalmente el hilo de las tradiciones, en que se evaporaron las doctrinas, en que se criaron relaciones nuevas y necesidades extrañas: todo lo cual no podia entrar por cierto en la carrera de perfeccion que Dios tenia abierta á la especie humana, sino mediante el socorro de una revelacion positiva. Lo fué para el gentilismo, que por falta de ésta, corrompió monstruosamente la fuente del Derecho natural, desnaturalizó la religion y pervirtió casi del todo los principios del Derecho social. Lo fué para el pueblo judío, que por no haber asociado el criterio natural con la ley revelada, cayó en las redes que le tendieron los rabinos, desconociendo su posicion en la carrera de los acontecimientos y quedando escéntrico de la nueva so-

ciudad que el Hijo de Dios vino á establecer en la tierra. Lo ha sido constantemente desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros dias, no solo porque éste renovó en lo absoluto la faz religiosa y política de la tierra, sino porque todas las vicisitudes que de entónces á esta parte ha sufrido la ciencia no pueden explicarse con exactitud, si no recurrimos á la presencia ó ausencia de la union de ambos derechos en las doctrinas reinantes, como lo acredita el exámen que hicimos de las cinco épocas más notables (1). La union de ambos derechos, simbolizada bastantemente en la del sacerdocio con el imperio desde el tiempo de Constantino, produjo los más felices resultados en la ciencia: á ella se debe el código romano, la constitucion política de las monarquías, la extincion del feudalismo, el renacimiento de las leycs y el Derecho público de la

(1) Estas épocas son: 1.ª los tres primeros siglos de la Iglesia que duró la persecucion de los emperadores. 2.ª Desde la paz de la Iglesia en tiempo de Constantino hasta Enrique VIII. 3.ª Desde la reforma hasta Luis XVI. 4.ª La revolucion francesa. 5.ª Desde la restauracion hasta nuestros dias. Véase la obra citada, tomo segundo, página 120 y siguientes.

Europa. Su separacion produjo las heregias y las ruinosas consecuencias políticas de ellas; su union ha restablecido constantemente el imperio de la verdad, como lo persuaden los concilios y los apologistas: su separacion produjo la reforma de Inglaterra; su union ha multiplicado los triunfos de la Iglesia católica: su separacion produjo la filosofía del siglo XVIII y los estragos de la revolucion francesa; su union consolidó la restauracion política y filosófica del presente: su separacion es la causa de que aún hoy se conserve con el indiferentismo religioso un completo desacuerdo en las doctrinas y opiniones, y tal vez el que se haya desquiciado el verdadero sistema de la edncacion pública: á su union deberá el siglo un verdadero progreso en la ciencia del hombre y de la sociedad, una completa uniformidad en las ciencias y convicciones, y una mejora positiva en la instruccion generrl, si descansa en la sólida basa de los principios eternos de justicia, que la revelacion establece y la razon comprende.

Para concluir, harémos unas breves reflexiones, que pueden considerarse como razones de conveniencia y utilidad, y que deberian determinararnos á seguir el sistema indicado, aun cuan-

do no concudiesen las otras muchas que hemos vertido.

Profesamos el cristianismo: luego debemos tomar el Evangelio por basa de nuestros principios científicos, puesto que se nos ha dado como el verdadero código de la razon y de la voluntad, en cuanto puede referirse al amor de Dios, al amor de los hombres y al amor de nosotros mismos, que es el triple objeto del Derecho general.

Se trata de instruir metódicamente á la juventud: seria, pues, un absurdo apartar la moral de la política, la religion de la moral, y el Evangelio de la religion; y un capricho sistemado, aislar en la exposicion de la ciencia lo que está unido por la naturaleza misma de las cosas, por el comun origen de la doctrina, por el comun objeto y fin de ambos derechos, y por el carácter, relaciones íntimas y enlace esencial de los tiempos, los acontecimientos y las doctrinas en la historia de la religion.

Hay una religion verdadera profesada por todo el mundo católico, y en gran parte aun por los mismos protestantes. Partir de sus principios, al exponer la teoría general de nuestros deberes, es, pues, inconcusamente estrechar más

las relaciones, perfeccionar su conocimiento y hacer más perfecto su estudio.

Hay dos sociedades soberanas é independientes, pero muy íntimamente relacionadas, la Iglesia y el Estado: luego una ciencia en que se trata de exponer en su totalidad el Derecho social, debe hacer caminar juntos los principios de ambas sociedades; la revelacion, que es el alma de la sociedad religiosa, y la recta razon, que puede mirarse como el grande instrumento de la sociedad política.

Finalmente, uniendo el Derecho natural con el positivo divino se reduce naturalmente la exposicion de uno y otro; puesto que, siendo uno mismo en su origen, objeto, sugeto y fin, se economizan todas aquellas reflexiones, que necesariamente deberian repetirse, si se enseñaran separados, se metodiza más el estudio, se poseen las materias en ménos tiempo y con mayor profundidad: ventajas incontestables, que pueden conseguirse, sin perjuicio de la separacion oportuna, que en el cuerpo de las pruebas debe hacerse entre los documentos de la revelacion y las deducciones evidentes de la razon humana. De todos estos datos hemos partido para creer, que *la union del Derecho natural con el positivo divino*

destruye muchas inconvenientes, proporciona grandes ventajas, ha sido en todos tiempos una necesidad filosófica, y lo es muy principalmente en el estado actual de la ciencia.

Pasando á la Literatura, yo debo comenzar haciendo al siglo una confesión ingénuu; y digo francamente, que si el tipo de la Literatura se ha de buscar en la escuela de Diderot y de Rousseau, en la de Alejandro Dumas ó Eugenio Sue, nada tiene de común con ella el principio teológico, ni pueden existir entre ambos otros puntos de relacion que los que haya entre la prostitucion del talento y la censura de la moral. Pero no, la Literatura tiene una extension más vasta; y por mucho que influya para bien ó para mal un talento clásico ó una imaginacion frenética, la Literatura no puede reducirse jamás al indi-

destruye muchas inconvenientes, proporciona grandes ventajas, ha sido en todos tiempos una necesidad filosófica, y lo es muy principalmente en el estado actual de la ciencia.

Pasando á la Literatura, yo debo comenzar haciendo al siglo una confesión ingénuu; y digo francamente, que si el tipo de la Literatura se ha de buscar en la escuela de Diderot y de Rousseau, en la de Alejandro Dumas ó Eugenio Sue, nada tiene de comun con ella el principio teológico, ni pueden existir entre ambos otros puntos de relacion que los que haya entre la prostitucion del talento y la censura de la moral. Pero no, la Literatura tiene una extension más vasta; y por mucho que influya para bien ó para mal un talento clásico ó una imaginacion frenética, la Literatura no puede reducirse jamás al indi-

vidualismo de una boga funesta ó de una celebridad merecida. Su círculo es tan vasto como la sociedad, y sus vicisitudes no pueden calcularse sino por el grande movimiento de un siglo, las revoluciones sociales y las crisis filosóficas y políticas de los pueblos. Mezquinamente han pensado los que por un extravío de método, ó un refinamiento de análisis, han querido reducir la Literatura al colorido del pensamiento y á las formas del estilo: puesto que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo las relaciones innumerables que el talento de la palabra y de escribir tienen con los acontecimientos, los usos, las costumbres, las instituciones y las formas sociales, así como también con los progresos de la civilización, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos.

Si queremos encontrar la Literatura de un pueblo, "es necesario, dice un autor de nuestros dias, ir á sorprenderla en el seno de la misma realidad, y sobre todo en la mezcla de los grandes intereses que animan al mundo político.... En este sentido, añade, la Literatura es la voz de un pueblo, es el órgano por donde manifiesta todas las necesidades de su existencia moral é intelectual; es el depósito de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones que han agitado á

los hombres. Vínculo comun de los espíritus, intérprete de las opiniones, de los gustos, de las preocupaciones de cada generacion, la Literatura lega este depósito á las edades siguientes, convirtiéndose así en un espejo fiel que refleja sobre nosotros la imágen de los siglos que nos han precedido..... La Literatura lo mismo que las artes de un pueblo, es la expresion de su vida moral é intelectual, esto es, de todas las necesidades más grandes de nuestra naturaleza: necesidades de la imaginacion, que concibe y realiza lo bello en las artes; necesidades de la inteligencia, que busca lo verdadero en la conciencia humana para la filosofía, y en el mundo exterior para las ciencias físicas; necesidades de nuestro ser moral, que tiende á practicar el bien, á simbolizar lo infinito en la religion, y hacer pasar la idea de lo justo tanto á las instituciones como á las relaciones particulares de los hombres (1).

1. Siendo pues la Literatura la expresion de la sociedad, trasciende á ella sin duda todos los principios que en la sociedad influyen, y por

(1) ARTAUD. Art. LITTÉRATURE. Dictionnaire de la conversation et de la lecture.

consiguiente, el que tiene el principio teológico sobre las ciencias y la política, sobre la educación y sobre las costumbres, es la medida del que debe ejercer en la Literatura. ¿Cuándo dejará de ser indispensable la aplicación de los principios católicos para el progreso de las letras? Cuando la razón haya proscrito enteramente la autoridad, cuando haya entrado la división entre la política y la moral, entre la moral y la religión; cuando el ateísmo constituya la sociedad, y el deísmo la dé su forma; cuando las persuaciones sean todo, y las creencias nada; cuando la fé haya abandonado la tierra, y ya no descuelle ni una cúpula sagrada entre las moradas de los hombres. La Literatura entonces estará exenta del influjo del principio; pero, señores, vosotros comprendereis que la sociedad estaría inhabitable, y yo tengo para mí, que no existiría.

2. Pero no quiero ganar terreno en la aglomeración de estas ideas generales: desciendo con gusto á las especies. Pienso hacer más: abandono los ramos en que pudiera ser ménos controvertida la influencia del principio teológico, para ocuparme perfectamente en aquellos que parecen ménos religiosos. Dejo aparte la His-

toria, que hoy, sin los principios católicos, no podría quedar á salvo de la duda, ni aun con las solemnes protestas de Tácito, como podrán decirlo por una parte Bossuet, Rollin y Chateaubriand, y comprobarlo por otra Gibbon, Voltaire y Condorcet: prescindo de la filosofía en sus relaciones literarias: bien sabeis, que *la palabra vale tanto, como el hombre que la emplea*; y bajo este respecto, los literatos lo serán tanto como filósofos: el prestigio de una palabra ha solido desquiciar una ciencia, como una estatua de imaginación sirvió para proscribir el espíritu y anunciar la entrada del materialismo. Poco tendría que añadir en este punto á lo que ya tengo dicho sobre los filósofos. Os hablaré, pues, limitadamente de la elocuencia y de la poesía; y pienso hacer algo más, aunque no me obligue; daré unos pasos con vosotros por el terreno de las bellas artes.

3. La elocuencia de los antiguos estaba sostenida ménos por los apoyos del talento y del genio, que por el carácter de las instituciones, la magnitud de los intereses y la influencia política de la mitología pagana. Sobre todo, el amor de la patria, que llegó á ser en las principales épocas un sentimiento exclusivo, se adunaba

muy bien con la moral de entónces, y mezclándose casi imperceptiblemente en todas las escenas de la sociedad, dió aquel temple único, por explicarme así, de vehemencia y de ternura no ménos á la imaginacion que á las pasiones; el cual fué suficiente para colocar en el primer rango á los insignes oradores de las antiguas repúblicas. Pero despues que la filosofía, debilitando las creencias y relajando las costumbres, introdujo en la sociedad una especie de epicureismo político no muy diverso del positivismo de nuestros tiempos, la elocuencia, desprovista ya de los grandes pensamientos y de las pasiones heroicas, empezó á padecer una consunsion semejante á la sociedad; y si no pereció del todo, es porque el despotismo de los emperadores creó para ella una plaza en el Estado, encargándola de suplir con sus hipérboles la gloria que ellos no habian podido conquistar por sus virtudes. La elocuencia antigua habia concluido pues, antes con mucho que apareciese la sociedad moderna, y estaba por tanto en el caso de renacer, como todo lo demas, bajo el influjo creador y reparador del cristianismo.

Bajo este punto de vista debemos colocarnos, para estudiar las relaciones del principio teoló-

gico con la elocuencia. Es necesario verla brotar, como de la nada, juntamente con la poesía y las bellas artes, de entre un campo inmenso poblado de ruinas y de escombros, al calor fecundo de la religion, y bajo la accion laboriosa de la Iglesia católica.

Si la elocuencia es el arte de hacer pasar á la práctica los sabios documentos de la verdad y las benignas y dulces inspiraciones de la virtud, podrá, señores, desgajarse en sus varias especies, segun la diversidad de los intereses bien entendidos á cuyo arreglo y custodia deben estar consagrados los diferentes frutos de las ciencias; pero nunca dejará de ser, bajo la pena de perder su naturaleza y de extraviar su curso, verdad en sus principios y en sus medios, virtud en sus resultados, felicidad sólida y duradera en sus fines. Pues bien, señores, este triple tesoro, grite cuanto quiera la pobre y desesperada filosofía, ha sido, es y no dejará de ser nunca, un patrimonio exclusivo de la Iglesia, y, no os sorprendais, el verdadero, el único elemento de la libertad. ¿Cuál de estas cosas se nos disputará? ¿Acaso que la verdad, la virtud y la felicidad, son al mismo tiempo los caracteres y los títulos esenciales únicos de poder, de magnificencia, de

grandeza y de gloria que tiene la elocuencia? Este seria el más bello triunfo para nuestro principio. Pero no, la filosofía más prostituida todavía presume de poseer, ó de buscar por lo ménos, aquellas tres cosas, y todavía se aduna con la imaginacion y el sentimiento, para mendigar las recompensas de la elocuencia. El lector sensato se ofende de tanta procacidad; pero los novelistas de hoy nunca dejan de anunciarse, como los bienhechores del género humano. Yo se los agradezco; porque al fin, su hipocresía me allana un poco el paso, para no detenerme más en el desarrollo de estas ideas.

Si la virtud, la virtud y la felicidad son, como acaba de verse y se ha inculcado en todos los siglos, aun entrando el paganismo, por los más insignes maestros del arte, si son, repito, los elementos, los destinos y los fines de la elocuencia, ¿cómo, señores, podrian cortarse con ella las relaciones naturales del principio teológico? La verdad, señores, está en Dios, la felicidad solo puede hallarse en Dios. Y no os imaginéis, que hablando de esta suerte, quiero forzar vuestra inteligencia á no salir del terreno del acetismo: nada ménos: bien me abstendria de llamaros hasta Dios, si él no fuera el principio y el fin; si

dentro de este principio cardinal* y este fin último solo pudiera tirarse la línea que recorren las virtudes teologales, y si pudiera concebirse un solo objeto capaz de dirigirse y tocar á la perfeccion, sin caminar por esta línea.

Pero en fin, la elocuencia es toda moral, porque se dirige á todo y solo el hombre: las facultades del entendimiento, los resortes de la voluntad, he aquí su materia: la sociedad, hé aquí su teatro; los intereses bien entendidos, hé aquí su resorte; el órden y la felicidad pública, hé aquí sus miras. Pues bien, la moral es nada ménos que el principio teológico en sus leyes, en sus máximas, en su parte práctica, en la esfera de su accion. No hay poder tan vehemente como el de la elocuencia, y por tanto, no hay resorte más enérgico para la sociedad. ¿Por qué la prensa puede consolidar los gobiernos ó derrocar las instituciones? Porque la elocuencia domina las pasiones, y las pasiones mueven al mundo. Será ella, por tanto, un poder tiránico ó un poder benéfico y regulador. ¿Cómo caracterizar, pues, este influjo? Tomando los dos puntos extremos de la línea que recorre. ¿Parte de la moral? ¿tiende á la virtud? Señores, en este caso la solucion pertenece por entero á la dicha

de los estados. Pero si no es así, la elocuencia es un poder anárquico, es un torrente de fuego precipitándose sobre un campo lleno de combustibles.

Dar un principio noble, un objeto digno y una sabia dirección á los vehementes impulsos de la voluntad humana, tal es el genio de la elocuencia. La moral tiene la soberanía sin duda, porque encierra la ley y la sancion; pero la elocuencia será siempre su primer ministro. La elocuencia, pues, desarrolla un poder. ¿Quereis medir su extension, computad su fuerza motriz. ¿Es la moral filosófica? el movimiento será tortuoso, parcial, precario: porque, como ha dicho un filósofo, *el amor exagerado de sí mismo será siempre el peor enemigo del amor de los otros.* ¿Es la moral verdadera? El movimiento será perpetuo, el orden estable, la economía perfecta y la marcha regular y constante; porque si una moral que se funda en los intereses, es esencialmente egoísta, una moral que se funda en los sacrificios, es esencialmente social.

Pero vengamos á los modelos: desde luego se nos anuncia una cuestion muy importante. ¿La elocuencia moderna se ha elevado sobre la elo-

cuencia antigua? ¿Es igual, ó es inferior á ella? Para resolver esta cuestion, permitidme, señores, que poniendo aparte nuestros principios católicos, con esa imponente galería de obras maestras que ellos han creado, espere que la filosofía conteste, sacando á plaza sus declamaciones y sus novelas; y yo creo, que la solucion será muy humillante para la sociedad moderna. Pero contad con el principio teológico, y digan lo que quieran sus enemigos, vereis á la elocuencia en todos sus géneros elevada por el influjo de la Iglesia hasta una altura que ni columbrar pudo la sábia antigüedad.

Yo no me ocuparé por decontado en la cita de los grandes nombres; no llamaré vuestra atención hácia los siglos del oro del cristianismo; tampoco me empeñaré en deteneros á contemplar las épocas ilustres que siguieron al renacimiento de las letras; no os presentaré el bello contraste que ofrece la lengua griega en los oradores del cristianismo, con la miserable languidez con que hoy se arrastra en esas naciones que no han querido dejarla en el catálogo de las lenguas muertas: porque en cuestiones de esta naturaleza, es preciso abandonar el individualismo de los hombres célebres, para poder mirar

frente á frente el movimiento general de las ideas, el carácter de los siglos y de las naciones. Básteme decir sobre este punto, que si al hacer la sociedad su transición á nuestra Era, hubiese contado solo con los elementos antiguos de parte del talento, y con el teatro moderno, es seguro, no lo dudeis, que se hubiera debilitado y aun extinguido hasta el interés de sus primitivos recuerdos. La idea de estar más adelante, porque se ha venido despues, podrá ser un brillante sofisma, pero nunca un sólido argumento. ¿Queréis una prueba? Decidme, pues, si pudiera hombrarse la elocuencia de los tiempos de Séneca, con la elocuencia misma en la época de Marco Tulio, de Cesar y Canton.

¿Dónde están las ventajas de la elocuencia moderna sobre la elocuencia antigua? Señores, primero, en el pensamiento; segundo, en los medios de persuadir; tercero, en la extensión de su objeto; cuarto, en la importancia de sus resultados. No creo que haya uno solo capaz de oponer el saber antiguo al saber moderno. En este punto no puede haber cuestión. Filosofía, Moral, Política, Legislación, &c., todo ha cambiado, haciendo una transición de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida. Tratándose del saber, no en-

cuentro tanto orgullo, ni un carácter tan paradójico en el célebre escritor, que sorprendido á la vista de la magnificencia y brillo con que se presentan las ciencias, las letras y las artes, en las más ilustres épocas modernas, no volvió una mirada hácia la antigüedad, sino para manifestarnos, que había encontrado á Atenas *salvaje* y á Roma *bárbara* (1). Pero este saber, que consiste todo en el gran cuerpo de las doctrinas, no es más que el resultado consiguiente á ese movimiento sublime que ha traído la razón del cristianismo girando sobre los dos polos de la inteligencia y la fé.

Los medios de persuadir, esto es, los argumentos, las costumbres y las pasiones, han debido modificarse mucho en la sociedad moderna; y esta modificación, aunque no puede negarse que es poco favorable para excitar con viveza las pasiones, es inconcusamente más racional, más filosófica, más digna y más conforme á los grandes fines de la elocuencia.

¿Qué se necesita, decía Buffon, para arrebatarnos de sí á la muchedumbre vulgar de todo un

(1) SEGUR. Mémoires, et souvenirs. T. 1.

pueblo? ¿Qué se necesita para deslumbrar y persuadir á la mayor parte de los hombres?

Un tono vehemente y patético, expresivos gestos, palabras rápidas, fulminantes y sonoras: pero si se trata de aquel corto número de personas dotadas de exquisito gusto y delicado tacto, para quienes vale poco el tono de la voz, el vehemente accionado y la vana inflexión de las palabras, ya entónces se requieren pensamientos y racionios; ya es preciso entónces saberlos presentar, y á más, saberlos variar y coordinar (1).² Hablando, pues, con la limitación que es conveniente para no propasarse á ideas exageradas, y por lo mismo erróneas, puede decirse que el orador académico establece en este lugar las diferencias más características entre la elocuencia de los antiguos y la de los modernos, principalmente en las últimas pocas. El pueblo siempre es pueblo; pero es preciso convenir en que creencias más uniformes, más consecuentes, más bien relacionadas con la inteligencia, y una civilización más depurada y mejor difundida,

(1) Discurso pronunciado en la Academia Francesa, el día en que fué recibido socio de ella.

hada, han dado aún á la elocuencia popular un carácter menos vehemente, pero más culto, y sobre todo más demostrativo.

Hablando de la elocuencia tribunicia y forense, de la elocuencia parlamentaria y de nuestro género exornativo, poco debemos empeñarnos en probar que ha mejorado notablemente la institución. Se advierte que á medida que los Estados son más cultos, la imaginación y las pasiones obran con más aplomo en la elocuencia, y si se ha perdido mucho de las fuertes vibraciones del corazón, se ha ganado más, en verdad, exactitud, conveniencia, justicia y utilidad. Los intereses más caros del individuo y de las naciones no pueden ya sostenerse con solo el poder de un orador célebre: hay más, la misma celebridad corre mucho riesgo, si no desciende al terreno de lo positivo, ni transige con los intereses y las exigencias frías, por esplicarme así, pero estrechas y urgentísimas de los pueblos. Hechos y consecuencias, hé aquí la elocuencia moderna: obras y no palabras, hé aquí el tema universal del cristianismo. ®

El principio católico se halla, pues, de acuerdo con los intereses de la sociedad: su influjo

alcanza hasta á los que más le combaten; y si la elocuencia profana es más fecunda en verdades, más sólida en pruebas, más sóbria en el uso de las formas, más recatada en las costumbres, y más medida en las pasiones, demos las gracias, por ventajas tan positivas, al gran principio católico, único que pudo regenerar en todo sentido la sociedad. Mas la elocuencia moderna, cercenando mucho á la imaginacion y á las pasiones, ha dilatado prodigiosamente la esfera de su accion, dando mayor extension á su objeto y generalizando el interés de sus resultados. Dirigios á la antigüedad: recorred las arengas de Isócrates, Esquines y Demóstenes; los discursos de César y Caton, y la galería de obras maestras oratorias que legó á la admiracion de la posteridad el genio del orador romano. Yo admiro con vosotros la perfeccion de tantos grandes modelos; pero pregunto: ¿conservan este carácter para nosotros? ¿Hay en todo esto la extension, universalidad, verdad, etc., etc., que requiere la sociedad moderna? Señores, esta perfeccion oratoria es histórica, no nos cansemos, pero no es esencialmente social, no es rigurosamente científica; porque relativa siempre y del todo á ciertas situaciones de la sociedad, no podria adaptarse con fruto, y aun sin ridículo, á nues-

tras juntas deliberantes, á nuestras relaciones diplomáticas, á nuestro interes por lo positivo en la grandeza del talento y del heroismo, á la fria severidad de nuestros magistrados. Yo no presentaré gran pábulo á vuestra sensibilidad en una galería de oraciones vehementes y apasionadas sobre puntos y objetos singulares; pero abriéndoos los fastos de la elocuencia moderna, enumeraré las academias é institutos científicos; os haré notar el paralelismo de la imaginación, el raciocinio y el sentimiento en la elocuencia académica; llamaré vuestra atencion hácia todos los códigos, fijándola muy particularmente en los últimos que se formaron en Francia, y por fin, prescindiendo, por no ser prolijo, de citar uno á uno á los oradores modernos, me convertiré con vosotros hácia esa region inmensa, donde la elocuencia moderna en todos sus ramos pasea delante del mundo su vuelo magestuoso y tranquilo, encadenando ménos la admiracion que el reconocimiento de todo el género humano. Verdad es que los abusos siguen tambien la razon de la sociedad; pero no ignorais, señores, que las declamaciones frenéticas de la tribuna revolucionaria no se recuerdan sino para maldecirlas, y que el desentono de la palabra que ha consagrado algunas veces nombres funestos en la

boga del momento, no ha sido parte á salvarlos, ni á ellos ni á sí, del desprecio de la posteridad.

No me propongo fijar vuestra atencion en la elocuencia sagrada: sus caractéres inimitables, su accion inmensa, su poderío divino, su influencia irresistible, su fecundidad infinita, no son para tocarse rápidamente; mas por fortuna tampoco exigen demostracion. Sin deciros pues, otra cosa, sino que en el púlpito, en los libros, en los consistorios, en los concilios, y tambien en las asambleas deliberantes sobre objetos de su resorte, ha dado pruebas irrecusables de su grandeza, y ha formulado aun en el orden profano la verdadera elocuencia moderna. Paso desde luego á deciros algo sobre la poesía y las bellas artes.

Sin duda alguna, señores, que si hay un ramo en que las más bellas facultades de nuestro espíritu campeen con mayor soltura y desembarazo, y obren con una libertad casi ilimitada, este ramo es la poesía. Desde los tiempos en que la severa crítica del clasicismo habia dado un código á la imaginacion y al ingenio, ya se veia consignada, como un derecho incuestionable, la omnínoda libertad concedida por el buen gusto

á los pintores y á los poetas. Ni el orden lógico, ni la sucesion histórica, ni aun la verdad absoluta, eran cosas exigidas en sus obras; pero atendiendo al comun objeto de todas las producciones humanas, siempre se creyó que era una ley imprescriptible la moral, así como tambien la verosimilitud. Bajo el artificio de personajes fingidos, de sucesos inventados y de pasiones supuestas, los poetas han tenido el deber de pintar y mejorar el hombre y de aleccionar, pulir y moralizar la sociedad. Bajo cualquier aspecto que la poesía sea considerada, ella carecerá siempre de ob eto, de interes y de gloria, si no parte de la religion, camina por la religion y se dirige á la religion. Y no imagineis, señores, que al explicarme de esta suerte, intento traer á la Iglesia toda la poesía, ó desconozco interés en la que no sea sagrada, ó proscribo las muchas y diversas especies en que los maestros del arte han distribuido la poesía profana. No: quiero que este bello timbre de espíritu humano no se condene á sí mismo á la penosa esterilidad de un talento, que léjos de contar con el noble estímulo y estro sublime de la religion, se esfuerza por sacudir el saludable freno de la moral. Mi asunto es vasto, señores; pero sujeto por la ley de un discurso, donde no entra, sino como una

pequeña parte, á ocupar un lugar estrechísimo, no me permite, sin duda, el más pequeño desarrollo, cuando por otra parte se complica de una manera tan cardinal con las más célebres cuestiones de nuestro siglo.

Si se trata, señores, de la naturaleza física pintada por el genio, y magnetizada, digámoslo así, por la imaginación: tened presente que el historiador, el pintor y el poeta vendrían á confundirse en un mismo rango, si estuviesen todos limitados á la muy estimable, pero poco fecunda tarea de describir. Se ha perdonado sin duda al célebre Buffon, que no tenga la exactitud geométrica, por explicarme así, de Lineo, ni el carácter más reposado y filosófico de otros, porque reuniendo al genio de la ciencia el talento de escribir, como edvierte La Harpe, derrama todos los encantos de un bello estilo sobre un escrito que por su clase pertenece más bien al género didáctico. Y si la naturaleza, para valirme de la significativa írase de Juan Andrés, se pavonea de verse pintada por Buffon; ¿cuánto no exigirá del poeta, que no la describe, sino para trasportar el alma con sus primores y sus encantos? ¿Para cuándo se quedarían los bellos contrastes, los tiernos recuerdos, las felices ar-

monías, las relaciones inefables de los tres mundos, si no habian de venir todos á pagar su tributo al maravilloso poder de la poesía descriptiva? Si en este bello asunto no ha de ser la naturaleza un intérprete feliz entre Dios y la primera de sus criaturas, la pesia quedará degradada, y en vez de ser la hija del cielo, tendrá siempre que arrastrarse por el fango de la tierra. Esta necesidad de fé, esta ley del misterio, que parecen inseparables de la inspiración poética, divinizaron la naturaleza toda en los siglos del paganismo, y como si el poeta se hubiese desdeñado de ponerse á nivel con objetos puramente terrenos, despues de haber hecho los honores divinos al primero de los astros, encontró á los dioses en las espesuras de los bosques, en las corrientes de los rios y en el profundo abismo de los mares. ¡Qué triste es la naturaleza, cuando no se halla en relaciones estrechas con nuestros pasados recuerdos, nuestras condiciones presentes y nuestro encantado porvenir! Y ¿dónde sorprender estas relaciones misteriosas y sublimes, si abandonando el pensamiento religioso, extinguimos la antorcha feliz que nos muestra el más bello prisma con que puede admirarse, sentirse y amarse el cuadro magnífico de la creación?

Y ¿qué diré de la poesía lírica, cuando hasta en la misma didáctica exigimos el colorido y el sentimiento, para pagar al poeta los tributos que nos pide cuando descende con su imaginación hacia los objetos exclusivos del raciocinio? La poesía lírica se engolfa toda en el mar inmenso de las pasiones. Ora las pinte para debilitar su poder, haciéndonos temblar á la vista de sus estragos (1), ora las muestre sometidas al imperio del heroísmo, para hacernos admirar el carácter sublime de la virtud (2), su materia son siempre las pasiones: materia indómita, si el genio que la maneja no viene robustecido por la moral y autorizado por el cielo. ¿Querriais, señores, ver ocupada la poesía lírica en enseñar el arte maligno de corromper el corazón, ó en burlarse del poder bajo el pretexto alevoso de suministrar

- (1) La codicia en las manos de la suerte,
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

RIOJA.

- (2) ¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

EL MISMO, EPISTOLA MORAL.

antídotos para extinguir la llama de las pasiones funestas?

Bien sé, que ya para desenfrenar las pasiones, ya para estimularlas con remedios aparentes, no es un hecho nuevo la aparición de poetas desvergonzados y escritores prostituidos cuando todavía se entretienen los amigos de las letras con los tristes clamores que partían sobre el Ponto hasta la corte de Augusto, á interesar la clemencia del César con las protestas inútiles de un tardío arrepentimiento: pero también sé, que para oprobio de la civilización moderna, no tiene ya otra retentiva, que la venganza y el despecho, la desmesurada procacidad, la insostenible coquetería y la inmunda licencia de la musa lírica

Hablando, señores, de la epopeya, bien supondreis, que sin descender al mecanismo del particular artificio del poema, quiero referirme principalmente al genio que inventa, al talento que fecunda y distribuye, y á la sociedad misma que se franquea tanto al uno como al otro, para que no se pierdan en miserables juegos de espíritu, y agoten en chistosos epigramas ese poder sublime de concepción, que ha hecho la gloria de

Homero, de Virgilio y del Tasso. El talento y el genio desprovistos de fé, podrán sorprender y divertir con el descubrimiento de tales ó cuales relaciones exquisitas, ó con la brillante combinación de los elementos comunes; pero nunca ennoblecer los sentimientos, elevar el alma, arrobear las potencias y encadenar, por explicarme así, todo nuestro ser bajo el poder irresistible de esas concepciones que sacando al hombre de su propia esfera, se han visto como partos de una razón sobrehumana, y calificado con el nombre de divinas. Si, señores; aniquilad la fé, y la poesía épica muere, y muere de consunción. ¿Qué quereis que invente un genio, cuando no cuenta con su fé propia, ni con la fé de los pueblos? La poesía épica, sobre todo, tiende á dominar los acontecimientos, haciéndolos entrar todos con sus respectivas órbitas en ese círculo inmenso que el eterno Geómetra ha trazado al rededor del mundo moral, y dentro del cual giran sin tocarle siquiera, pero sin embarzarse nunca las vicisitudes privadas y las revoluciones desastrosas, la suerte de los individuos y el destino de las naciones. De este fondo comun, que es todo providencial y todo moral, saca sus tesoros la alta poesía; y por lo mismo, mi proposición queda comprobada, sea que os haga es-

euchar el canto junto á la corriente del Eulrates ó las márgenes del Símois; ya os haga recorrer el destruido palacio del viejo Priamo ó las encadenadas ruínas de la antigua Jerusalem. Esa perseverancia en una grandé empresa, no ha labrado nunca la corona del héroe para ceñir las cienes de un ateo, y ese poder de genio, que dejando muy atrás al historiador, levanta las empresas augustas hasta la region de la poesía, no será nunca lo que puede, sino en un espíritu que haya tenido siempre cuidado de ir á buscar lo maravilloso, lo grande y lo sublime en la region del misterio, en los amplios reservatorios de la fé. El historiador podrá ver lo pasado, si se quiere, con los ojos del geómetra, recorrer lo presente con los ojos del filósofo, y fijarse en el porvenir con la prevision del político, pero, señores, reunid en un punto los talentos de Euclides, de Aristóteles y de Platon, y estoy seguro de que no producireis la Iliada, ni la Eneida con los talentos de Tácito, de Ciceron y de César, ni tampoco la *Jerusalem* con todo el poder científico de Galileo, con el talento crítico de Muratori, y la sagacidad profunda y maligna del célebre Maquiavelo. Se necesita algo más; se necesita genio, gusto, teatro y fé; y estas cuatro cosas se hallan de tal suerte sometidas á un

círculo común de necesidades, que nada puede conseguirse cuando falta una sola de ellas. ¿Queréis un genio sin gusto? Lope de Vega poco tiene que envidiar á los primeros del mundo. ¿Queréis un teatro sin genio? Ahí está la Europa en el tiempo de las cruzadas. ¿Queréis un genio con teatro y sin fé? Citaré aquí á Voltaire, para omitir á otros muchos; siendo de notar, como lo ha demostrado el Vizconde de Chateaubriand que si este poeta no carece de bellezas de primer orden, es porque su incredulidad más de una vez tuvo que sucumbir á la irresistible, á la imperiosa necesidad de la fé.

El poeta puede pintar para prostituir, y en este caso le basta un talento mediano, una alma vulgar, y una sociedad gangrenada; pero puede cantar para encarecer la virtud, crearle adictos y levantarle altares; mas ya entónces necesita de atractivos superiores á los muy irrisistibles de las pasiones humanas, y de apagar la sed insaciable de criminales deleites con el néctar delicioso de la moral, ministrado en la preciada copa de oro de la poesía. Si un talento mediocre solo quiere ver heladas fórmulas en ciertas precauciones de los poetas épicos; para despreciarle, basta pensar en el rango que ellos ocupan, y

echar una ojeada sobre las primeras páginas de los poemas que más admiramos en la antigua y moderna Literatura. Muéstranse todos ellos oprimidos desde el principio con el poder de su asunto, y recurren desde luego á iniciarse en los misterios, para conquistar la inspiracion que necesitan. Los alemanes y los ingleses, que no han sido por decontado los más fieles sectarios del clasicismo, nos proporcionan dos nombres célebres, y dos poemas admirados. Milton y Klopstock, la Mesiada y el Paraiso perdido serán siempre testimonios irrecusables en favor de la fé.

¿Y nada os diré, señores, de la poesía dramática? Ella, bien lo sabeis, hace consistir todo su mérito en encarecer la virtud y corregir el vicio, es decir, en un objeto eminentemente culto y altamente civilizador. El hombre moral, así en su condicion privada como en sus relaciones públicas y sociales, es el reservatorio donde el poeta dramático se fecunda; y el drama no ha decaido, principalmente la tragedia, sino desde que los poetas, cambiando de rumbo y de objeto, y prefiriendo el interés pecuniario al amor de la gloria, y la boga de una sociedad corrompida al sufragio de una posteridad sensata, han querido suplir con la monstruosa y funesta graduacion de

horribles, sangrientas é inmorales escenas, el interés que inspiraba el génio favorecido por la religion, con las felices pinturas de las pasiones humilladas ante el irrevocable juicio de los pueblos, el poder perseguidor de los remordimientos, la voz imperiosa de la conciencia ó el grito aterrador de la fé. Señores, ya veo que faltan distinciones á la sociedad presente, para explicar su entusiasmo en favor de Alejandro Dumas, Victor Hugo, Scribe, Vigny y otros muchos de la época actual. Pero en verdad: ¿qué juzgais de ellos? ¿qué pronosticais para su gloria póstuma? ¿dónde están los tesoros que dejan á la posteridad? ¿qué virtud han creado? ¿qué vicio han extinguido? ¿qué institucion importante han impulsado, ó siquiera ennoblecido? ¿qué lágrimas han enjugado? ¿qué espíritu han formado? ¡Ah! hijos de la desesperacion y sedientos al mismo tiempo de boga, quieren dominar la sociedad; pero desprovistos de fé, solo cuentan con los crímenes; y colocados en esta triste necesidad, buscan siempre la parte más inmunda de la humanidad para encontrar la inspiracion, y despues de haber recorrido cuantos atentados y vicios contaba la historia en sus anales y la moral habia cubierto con una prudente reserva para no acancerar al mundo, los inventan nuevos, ense-

ñando todos los dias á la sociedad mil inauditos medios de corromperse, de prostituirse y de aniquilarse. ¡Triste condicion, por cierto: huir siempre del orden, de la regularidad y de la virtud, para extasiarse en el cuadro de las miserias humanas, y hasta en la posibilidad de los crímenes, como esas aves asquerosas y funestas que abandonan siempre los deliciosos prados y los magníficos bosques, para vivir en los desiertos y buscar algunos restos inmundos en que saciar su hambre rabiosa!

No podia ser de otra manera: cuando se abandona el pensamiento religioso, único que dominando á todo el hombre y comprendiéndolo el conjunto de sus relaciones infinitas, es capaz de abastecer al talento y al génio en todos los siglos, para que produzcan y admiren sin cesar, contando siempre con una fuente inagotable y pura á donde ir á recibir las más felices inspiraciones, y con un minero precioso de ricos y variados asuntos; es preciso que los resortes se gasten, y el estro se enerve y debilite, y la inspiracion se apague y la poesia descienda desde la altura donde se ha visto colocada en todos los siglos, hasta el rango miserable de una fastuosa declamacion.

Hemos demostrado la necesidad del principio teológico en las ciencias, que se animan esencialmente de la verdad. Pero las ciencias, señores, las mismas ciencias no correrían tanto riesgo como la poesía: porque al fin, ellas caminan sobre los hechos y á la luz del raciocinio: no les incumbe la precisión rigurosa de la novedad, ni entra en sus atributos el crear cosa alguna, ni ménos se hallan comprometidas á volar siempre por la region inaccesible de la sublimidad y la grandeza.

¿Pero qué hará el poeta sin fé? ¿qué inspiracion podreis esperar del escepticismo de la inteligencia, del materialismo de la razon? Sin fé, señores, no hay maravilloso poético: sin moral, no hay caracteres ni para la epopeya ni para el drama; sin religion, no hay sentimientos. ¿Con qué reemplazará pues el poeta esta inmensa falta? ¿Cómo producirá esas gracias siempre antiguas y siempre nuevas, que se admiran sin esfuerzo, se apuran sin fastidio, se repiten siempre con trasporte, y parecen ser tan fecundas, como inmenso es el corazon? ¡Ah! cegada esta fuente del verdadero sublime, el poeta tendrá que venir á la miserable region de la moda, y buscar en el artificio mecánico de las decoraciones el in-

teres que no puede encontrar ya en el carácter dramático de su asunto: impotente para ligar con la cadena de oro los sentimientos más nobles y más íntimos del alma, se ocupará todo en el manejo de las sensaciones físicas, reduciendo el arte á brutales narraciones y atroces pinturas para producir en el pueblo aquella barbarie que los antiguos poetas se propusieron estirpar con sus cantos (1). Por esto Dumas, Hugo y Vigny,

- (1) *Silvestres homines sacer interpresque Deorum
Cædibus et victu fædo deterruit Orpheus;
Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones:
Dictus et Amphion, Thebanae conditor arcis;
Saxa movere sono testudinis, et prece blanda
Ducere que vellet. Fuit hæc sapientia quondam
Publica privatis secernere, sacra profanis;
Concubila prohibere vago, dare jura maritis:
Oppida moliri; leges incidere ligno:
Sic honor et nomen divinis vatibus, atque
Carminibus venit.*

HORAT. EPIST. AD. PIS.

Intérprete del cielo el sacro Orfeo
De la vida salvaje y mutuo estrago
Alejó con horror á los mortales;
Y por eso se dijo que su lira

no contentos, dice un escritor moderno, con el material de las decoraciones y los efectos de la escena, añadieron aún el lujo de los incestos, de las violencias y de los asesinatos. . . . Por esto Victor Hugo, creyendo al parecer, que el vicio es siempre grande, y más grande mientras es más atroz, y queriendo añadir la ingenuidad al crimen, le rodea siempre de circunstancias y pormenores vulgares. ¿Qué resulta de aquí? un drama no se distingue ya de la corte de lo crimi-

Logró amansar los tigres y leones:
Cual á Aníon la fama le atribuye,
Porque de Tebas levantó los muros,
Que al eco de su cítara movía
Las piedras de su asiento, y que do quiera
Con seductor encanto las llevaba.

El saber de los tiempos primitivos
Tuvo objetos augustos: poner lindes
Al público derecho y al privado,
A las cosas sagradas y profanas;
Vedar la vaga union de entrambos sexos,
Dar al lecho nupcial fueros y norma;
Edificar ciudades, grabar leyes
En duraderas tablas. . . . Así un día
Sacros honores y divina gloria
Alcanzaron los vates y sus versos.

TRADUCION DE MARTINES DE LA ROSA.

nal, drama cuyos heroes son grandes cocineros vulgarísimos, que dan violentas puñaladas, diciéndose injurias dignas de las tabernas: es una Maria Tudor, que á la faz de toda su corte llena de los mayores ultrajes al hombre en cuyos brazos descansaba en la misma mañana: es una Lucrecia Borgia, que cuenta sus amantes pasados por el número de los sepuleros que preventivamente ha hecho preparar: es un Francisco I, que se embriaga en las tabernas, y emplea el lenguaje que de ellas es propio (!)."

¿A dónde iríamos á parar, si apoyando la crítica literaria en los objetos morales y políticos que debe tener la poesía, y muy en particular la epopeya y el drama, caminásemos en pos de lo positivo y útil que por espacio de un siglo nos haya producido esa funesta galería de ingenios malogrados y prostituidos, que sacudiendo el freno de la moral, y abandonando el yugo de la fé, se han engolfado en esa especie de inmensidad que siempre halla un genio perverso y un malvado brillante en una sociedad ya gangrenada por el materialismo y la indiferencia religiosa?

(1) Du Theatre en Europe, et du drame. REVUE BRITANIQUE.

Los ménos adictos á la escuela teológica han reconocido dos cosas que apoyan enérgicamente nuestras convicciones: primera, que la religion imprimió á la Literatura ese carácter de magestad y grandeza que bastó para eternizar el siglo de Luis el grande: segunda, que el décimo octavo fué de una verdadera decadencia pro lúcida principalmente por la filosofía escéptica y el desorden social, en que se inculcó toda su Literatura.

“El genio literario del siglo décimo sétimo, dice Villemain, se habia formado bajo tres influencias: la religion, la antigüedad y la monarquía de Luis XIV. De estas causas muy diversas, no ménos que del espontáneo y vigoroso vuelo de una nacion jóven y fuerte, salió aquella grande escuela de gusto y de elocuencia, que no será excedida jamas. Las influencias que dominaron la Literatura del siglo XVIII, son al contrario, la filosofía escéptica, la imitacion de las literaturas modernas y la reforma política (1).” Este mismo escritor busca en vano en las escuelas modernas cosa alguna que oponer á la inspiracion lírica que debió Prudencio al triste, al sensible cuadro

(1) Tableau de la Littérature au XVIII siècle. T. 1.

de los inocentes sacrificados por Herodes. Cita el *Silvete flores Martyrum*, y no teme asegurar, que el encanto de entusiasmo y de fé que nosotros vemos como los dos primitivos elementos del poeta, son la verdadera causa de tantas bellezas. “Cuando la Europa, dice, vuelta á la barbarie, empezaba á esclarecese, y el espíritu del Dante flotaba sobre el caos, la poesía lírica, saliendo del templo, quedó toda cristiana y religiosa.”

Concluyamos, señores, con una cita de la primera importancia; porque se trata de un escritor, que si no tiene la primacia, tampoco se halla colocado en el segundo rango de los de su género. “Las relaciones del cristianismo con la poesía y con el arte de la exposicion, son de la más alta importancia, cuando se pregunta cuáles son en general las de la civilizacion de los modernos con la de la antigüedad, y hasta qué punto se ve obligada aquella á luchar contra esta última, para llegar al mismo grado de perfeccion. ¿Qué fueran una poesía y un arte que se limitasen á reproducir como sombras esas figuras y formas de la antigüedad cuyo espíritu ya no existe, y que quisieran exponer la vida actual y moderna, pero permaneciendo siempre

en la superficie, y sin tocar jamás el centro más profundo de todas las ideas y sentimientos propios de la Europa moderna!

De ahí los esfuerzos siempre renacientes de los pueblos, de los siglos enteros y de tantos ingenios, para exponer y embellecer el cristianismo, no solamente en las artes, sí que también en la poesía."

"La verdadera respuesta á la tan importante cuestión que he indicado, me parece hallarse en la observación que ántes he hecho, que la exposición indirecta del cristianismo, que la influencia mediata de su espíritu sobre la poesía es, si no el manantial exacto y verdadero, á lo ménos incontestablemente el que hasta ahora ha sido más seguro y ha tenido mejor éxito. . . . (1)."

Tal vez no podría ser tan explícito, tratándose de las bellas artes, porque el espíritu del siglo resiste naturalmente el carácter histórico y filosófico de mi argumento. No entraré por lo mismo en una positiva discusión sobre este

(1) SCHLEGEL. Historia de la Literatura antigua y moderna. Cap. IX.

punto; pero trasladándome con vosotros á la capital del mundo cristiano, quisiera, señores, que esos nuevos filósofos que han levantado su bandera contra el catolicismo, contestaran sencilla y categóricamente á esta pregunta: ¿por qué motivo no hay quien dispute á Roma el primado de las bellas artes? Y notad, que no soy yo, ni es tampoco una persona que pueda infundir graves sospechas á los partidarios entusiastas del filosofismo, quien ha hecho á Italia los más poéticos honores, y quien ha pretendido que todo el género humano ha estado mil veces sometido á Roma, no ya por el poder que sus primeros conquistadores desarrollaban en el campo de batalla, sino muy particularmente por el dulce é irresistible influjo de sus bellas artes. La baronesa de Stael ha hecho decir á Corina, que Roma conquistó al universo por su genio; que el carácter de esta nación se imprimió sobre el mundo; que Italia reapareció con los divinos tesoros que los griegos fugitivos trageron á su ceno, y elevándose á la mayor altura, empuñó á la faz del mundo el cetro del pensamiento. Que sus pintores y sus poetas criaron para ella una tierra, un olimpo, infiernos y cielo: recuerda el nombre de Petrarca ceñido con la corona poética, señala en nuestros misterios religiosos la gloria del

Dante, y tiene cuidado de apuntar el fúnebre ciprés de donde están pendientes los laureles póstumos del Tasso. Miguel Angel, Rafael, Perogoleso, encabezan la brillante galería de los artistas célebres, mientras que por otra parte, el coliseo, los obeliscos, todas las maravillas que desde el centro del Egipto y de la Grecia, desde la extremidad de los siglos, desde Rómulo hasta Leon X, se han reunido en aquella tierra clásica, como si la grandeza atrajese á la grandeza, parece que han apiñado sobre los muros de los palacios pontificios todas las antiguas glorias y todos los bellos siglos de las letras y de las artes.

No soy tan avaro, señores, que mientras en este bello asunto reclamo para Dios lo que es de Dios, rehuse al mismo tiempo al César lo que es del César. Conozco que los soberanos temporales han tenido una parte no pequeña en los maravillosos progresos de las bellas artes; y sé también, que en los más ricos museos de la Europa figuran con el esplendor que les corresponde los monumentos que ha consagrado el genio del artista, no solo á nuestros asuntos sagrados, sino á los más señalados cuadros de la historia profana. Pero recuerdo al mismo tiempo, sin temor de

menoscabar la gloria de tantos soberanos ilustres, que cuando el mundo moderno se sorprendia con los monumentos del arte, los principios católicos entraban sin repugnancia en la ciencia política, y el genio del cristianismo brillaba con magestad, no solo en las moradas de los Pontífices, sino también en los palacios de los Reyes. Una palabra más, y concluyo. Invadió el protestantismo la tierra, y las bellas artes quedaron reducidas á una condicion bien humillante.

“Cortó, dice Chateaubriand, las alas al genio, y le hirió por el pié. La religion católica ha cubierto al mundo con sus monumentos: á ella se le debe esa arquitectura gótica que rivaliza por sus pormenores, y borra por su grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; su poder es ya muy notable en Inglaterra, en Alemania, en América, y millones de hombres le practican: ¿qué monumento ha levantado? Os mostrará las ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardinos ó establecido algunas manufacturas (1).”

(1) Etudes historiques, Preface.



Pero, si es muy sensible la influencia del principio teológico en el buen cultivo de esos conocimientos que se han pretendido suprimir de la serie de los estudios eclesiásticos, no es menos incuestionable la suficiencia de la educación religiosa para formar al hombre social. Ya se trate del primero y más importante objeto de la educación, que es formar el carácter y las virtudes, ya se considere su parte menos esencial pero muy útil, que es la cultura y el pulimento del trato, ¿quién, sin una estúpida ingratitude ó ignorancia, rehusaría la capacidad para conseguir ambas cosas á una institución que

ha esparcido las virtudes por toda la tierra, es, tirpado la barbarie, creado los modales finos y caballerescos, y por último, civilizado al mundo? Mas para comprender la suficiencia omnímoda de la educación eclesiástica, basta comparar la eficacia de sus medios con la impotente solicitud de la urbanidad filosófica.

Si en las ciencias, señores, la Iglesia con sus principios desenvuelve una influencia universal más ó ménos directa; en las costumbres es evidentemente el todo, pues á ella pertenece por entero cuanto puede referirse á la marcha de la conducta, al cultivo de las virtudes y á la perfección moral de las naciones: sus principios, sus máximas y sus prácticas, tan antiguas como incontrastables, han pasado ya por todas las pruebas, diez y nueve siglos cuentan de victorias, y la opulencia de los Estados, á par que las revueltas políticas y las vicisitudes de los pueblos, sirven igualmente para dar fin y consumación al magnífico aparato de raciocinios evidentes, y de altas y continuas experiencias, con que muestra sus títulos y comprueba su misión de formar el carácter del individuo, engendrar el buen sentido de las masas y enderezar á la perfección la marcha progresiva de la sociedad. Yo bien sé

que en diferentes épocas, y muy principalmente hoy, se le ha disputado esta noble prerogativa, y no han trascurrido muchos meses desde que la prensa mexicana empezó á levantarle un proceso, con el fin de arrancar de las manos de sus ministros la educacion de la juventud. No me propongo defender aquí la causa del clero, respondiendo directamente á los cargos que le han hecho sobre este punto algunos periódicos del país; pero reservando para el lugar más oportuno el exámen de nuestro proceso, prescindo por ahora del clero mexicano, para dar mayor amplitud á mis ideas buscando aquí las relaciones que existen entre la educacion eclesiástica y el bienestar político y civil de las naciones.

La Iglesia pone al frente de sus máximas un importante principio práctico, que por desgracia se ha pretendido extinguir desde los principios del siglo décimo octavo: *En materia de enseñanza, cuanto baste; en materia de educacion, cuanto se pueda.* No saber más de lo que conviene; seguir la carrera de los conocimientos sin traspasar los términos de la sobriedad: he aquí lo que la Iglesia nos enseña con San Pablo. ¡Máxima sublime! ¡baluarte inexpugnable contra el poder maligno y destructor que una razon exagerada puede

desarrollar contra la sociedad! Por desgracia la condicion miserable y abyecta de las masas en los pueblos más cultos y opulentos de la Europa, nos ha hecho distinguir en este pasaje del Apóstol de las gentes, no solamente la doctrina del maestro, sino tambien la voz del profeta. Traspasaron las letras los límites de la sobriedad cristiana, y el mundo filosófico volvió al caos del escepticismo, como el mundo político brotó de sus poles al torbellino desastroso de revoluciones interminables. Sacaron las artes el pié de la línea que la sobriedad cristiana tiró para demarcar su carrera, y el monopolio, enseñoreándose de los campos y de los talleres, redujo al ocio á infinidad de brazos, condenando á la clase laboriosa é indigente á presenciar los soberbios triunfos de la avaricia sobre la humanidad.

De este modo se reconoce, aunque tarde, que la Iglesia tiene con sus máximas las llaves de la prosperidad pública; que en materia social los gobiernos deben sin duda cemenzar por la educacion, mediar por la virtud y concluir en el bien comun de los pueblos. Pero la educacion, la virtud y el bien, se han buscado en vane, señores, fuera de la Iglesia desde que una voz di-

vina comunicó á sus ministros la mision benéfica y sublime de difundir la luz y la felicidad por todo el universo. Desde entónces la *filantropía* anda perdida en los vocabularios, mientras la *caridad* corre con los siglos, anima las generaciones y rebosa de la tierra.

Se ha creído hacer un descubrimiento desde el último siglo con separar la enseñanza de la educación, mientras la Iglesia viendo con una compasion maternal este vanidoso tartamudeo de la filosofía, vuelve sobre sus antiguas máximas, para exponer por la milésima vez al público desprecio el delirante orgullo de los sabios del siglo. Es muy triste, por cierto, ver que al cabo de seis mil años no se ha podido comprender, que el hombre debe instruirse educándose y educarse instruyéndose, bajo la pena de violentar su naturaleza y exponer sus facultades á ser la víctima, ó cuando ménos el miserable juguete de los caprichos filosóficos; que los conocimientos deben caminar en su respectiva línea al mismo paso que las virtudes, bajo la pena de perder con sus caracteres de utilidad, sus títulos á la estimación, bien así como las virtudes suponen cierto desarrollo de la inteligencia en relacion con su objeto, y por lo mismo cierto grado de instruc-

cion. La Iglesia, señores, no ha confundido nunca las cualidades del espíritu con las prendas del corazón: la voluntad y el entendimiento siempre han sido para ella dos cosas diversas, como la ciencia y el carácter; y no puede citarse de ella un hecho solo, que suponga identificado en lo especulativo y abstracto lo que ella sábiamente asocia y combina en lo práctico y concreto. ¿Qué ha sucedido pues? que mientras la filosofía, convirtiendo el análisis en una hacha de dos filos, ha reducido á pedazos la sociedad, despues de haber intentado dividir en infinitos fragmentos las ideas, la Iglesia católica no ha demarcado con exactitud las distinciones que la naturaleza indica desde los primeros lineamientos de la ciencia, sino para establecer, consolidar y perpetuar en la práctica esa unidad maravillosa que viene á refundir en el carácter los conocimientos y las virtudes del individuo, la civilizacion y las costumbres de la sociedad. Sí, señores, la Iglesia se ha levantado más temprano que la filosofía, y formado desde el principio ese plan sublime de educación, vanamente combatido por los magníficos ensayos de tantos absurdos como se le han opuesto siempre con los hechizos de la novedad, la énfasis del orgullo y las ridículas pretensiones de una vanidosa ignorancia.

La Iglesia, señores, todo lo distingue en lo especulativo, todo lo combina en lo práctico; y por esto ella es la única que puede lisonjearse de poseer en efecto una educación física digna del hombre, una educación literaria digna de la virtud, una educación moral digna de la verdadera filosofía. Bajo este triple aspecto intento considerar su sistema, no menos para demostrar la bondad de sus principios, que para hacer sensible la impotencia de la filosofía.

Comenzando por la parte física, la Iglesia se halla siempre en el medio, como la virtud. Tal vez ella ha comprendido mejor, que el hombre intelectual se desarrolla y crece á expensas del hombre físico, y al contrario; y por lo mismo, ella es también la única que, sin hacer alarde de sus ideas, sin plantar gimnasios, sin inventar palabras nuevas en vez de proteger la marcha gradual de la naturaleza, ha encontrado ese sabio temperamento que nos ha hecho admirar su maravilloso tino en una multitud innumerable de grandes hombres que se han formado en su seno. La educación física exige: primero, medios de conservación; he aquí el alimento y el sueño: segundo, medios de incremento y desarrollo; he aquí los ejercicios corporales: tercero,

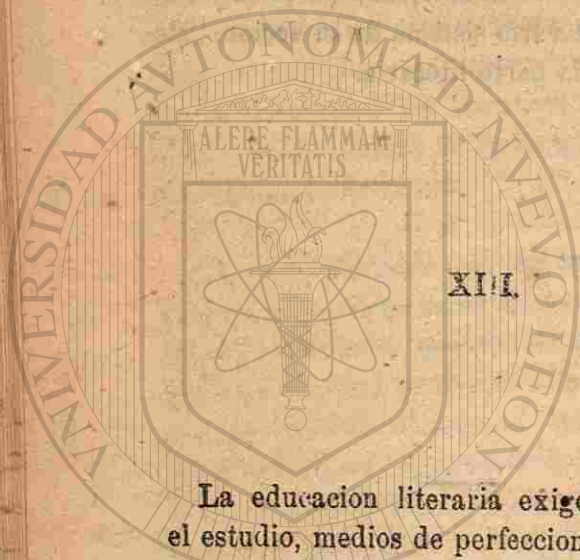
medios de civilidad y cultura; he aquí el ornato y la decencia exterior. En estos tres puntos, ¿cuáles son los obstáculos? tres principalmente: primero, las exageraciones y vicios que hacen inútil el alimento y aceleran la destrucción; segundo, el exclusivismo de la gimnástica que cuando raspa su órbita, parece forzar la naturaleza humana al carácter violento de una condición puramente animal: tercero, el refinamiento de la moda, que comenzando por fijar la preferencia de la juventud en la parte puramente exterior, acaba por imposibilitar en ella el vigor de la inteligencia y la fuerza del carácter.

En vista de lo expuesto, fácil es concebir, que el grande secreto de la educación física consiste, no precisamente en que los alumnos coman, duerman, vistan y ejerciten sus fuerzas; porque todo esto es muy poca cosa para elevarse á la condición de un arte de la primera importancia, sino en que lo hagan con aquella sabia medida que la naturaleza viciada tiende á exceder, y que solo puede obsequiar la naturaleza ilustrada por la doctrina y corregida por la moral. La religión permite el alimento, y condena la gula; muestra en la sobriedad el más precioso elemento de conservación, y deja obrar la na-

turalidad en el ejercicio de las fuerzas corporales; pero dirigiendo suavemente su acción, hace que todo en ella se proporcione á la carrera de cada uno: no lleva la iniciativa en la moda: pero es la única que ha sabido unir y combinar con la hermosura de las formas exteriores, la noble ingenuidad de la inocencia y el encanto indefinible de la virtud.

No diré que solo ella es capaz de decir al hombre lo que debe hacer para conservarse, pero sí que es la única que posee los medios de hacer la verdadera teoría de la conservación. Se culpa demasiado al clima, á los alimentos, á las destemperanzas de la atmósfera, cuando se buscan las causas que debilitan las fuerzas, menguan la salud y aceleran la muerte; pero no se reflexiona que, si vinieran á este proceso todos los datos que supone indispensablemente un sabio y equitativo fallo, más de una vez brillaría la inocencia de todas estas cosas al aparecer de tantos vicios secretos y públicos también, á quienes cabe la mayor parte en la obra funestísima de la destrucción de la vida. Desengañémonos, señores: hay en la filosofía tanta preuncion como impotencia y nada puede haber que le sea tan desfavorable como la perspectiva penosa de la

nulidad de sus esfuerzos para la conservación y el desarrollo del hombre físico, después de haber concentrado en la materia todo el objeto de sus conatos y el vario sistema de su acción. Pero vengamos á la parte literaria.



La educación literaria exige estímulos para el estudio, medios de perfección, dirección en el uso y aplicación de los conocimientos, discernimiento y tacto para mantener con los hombres ese comercio de luces, en que por falta de educación literaria, pretenden algunos condenar á los otros á pagarles el pesado tributo de la paciencia, del sufrimiento que son indispensables para tolerar al hombre enciclopédico, al vano discursador, al sabio presuntuoso, al que de todo se precia, menos de hablar como y cuando conviene. Una emulación bien sostenida que

fenga por basa el conocimiento del mérito ajeno que se trata de aventajar, y nunca la rivalidad y la envidia; un sistema de recompensas en que se estime más la benevolencia que el don, y en que la gratitud del recompensado cierre todas las puertas al orgullo; una estimación de los conocimientos y de los talentos en que no se rehusé la que se debe al concurso de la fé y á superioridad de las virtudes; máximas importantes sobre la conducta que debe seguirse en la vida literaria: ensayos frecuentes que faciliten su práctica: he aquí los puntos capitales que debe abrazar en materia literaria un buen sistema de educación.

Ya vereis, señores, en primer lugar, que las letras, por explicarme así, necesitan, igualmente que los hombres, de un sistema de educación. Los más grandes conocimientos serán inútiles, por no decir perniciosos, si no se apoyan en la moral; pero nunca tendrán esta basa, si no la buscan en la religion. Hay vicios y pasiones propias del literato, y vicios y pasiones más tenaces y por ventura de mayor consecuencia que las del vulgo. El orgullo, la vanidad, el zelo, la rivalidad, la envidia, no conocen más que un reno, y ya supondreis que este freno no se la-

bra por cierto en los talleres de la filosofía. Si Sócrates dijo que todo se ignoraba, perdonad, señores, que me vea muy tentado á creer, que el filósofo ateniense estaba menos ocupado de su ignorancia, que atento á los avances del orgullo filosófico de los otros. La verdadera modestia es hija legítima de la humildad, así como esta preciosa virtud es una creación exclusiva del cristianismo. Desde el conocimiento de sí propio hasta la negación de sí mismo, hay la misma distancia que del entendimiento al corazón. Pero aun aquella ciencia importantísima que inflamaba tanto los deseos de la sabia antigüedad, no llegó á franqueársele nunca, ni hubiera tal vez aparecido, si no hubiese brillado en el teatro de la filosofía la luz que preparaba el Verbo para ilustrar al hombre desde su arribo á la existencia. Esta preciosa educación que la Iglesia da, engendra dos nobles aspiraciones en el alma de un literato: primera, la de estar siempre consagrado á los triunfos de la verdad: segunda, la de no estudiar para sí mismo, sino para llenar el deber eminentemente social de ser útil á los otros. No bosquejaré, señores, el cuadro de un literato tal como le moraliza la filosofía; pero sí llamaré vuestra atención hácia la conducta social de esas autorochas clarísimas que

han sacado su luz de la gran escuela católica. Recordad lo que fueron para la sociedad los Padres de la Iglesia, y la conducta social que ha distinguido á tantos sabios eminentes á la par por su ciencia que por su virtud. Grato fuera para mí haceros admirar los más insignes monumentos que descuellan en el teatro de la sabiduría eclesiástica, donde vemos que el genio más fecundo, el talento más precoz, la erudición más prodigiosa y el gusto más delicado, ocupan el segundo rango, adunándose todos para servir de brillante cortejo, no á la urbanidad filosófica, sino á la modestia ingenua, á la humildad cristiana. Pero esto sería la materia de un libro, y yo estoy sujeto á límites muy estrechos. Sin embargo, no concluiré sin tributar aquí un homenaje al incomparable mérito del Cisne de Cambray. Este Pontífice ocupaba la atención del mundo cuando tuvo que luchar en la región del misticismo con el águila de Meaux. Pero habló Roma, decidió la célebre cuestión, y el grande hombre, el eminente literato, el sabio consumado, el filósofo profundo, el orador insigne, el poeta esclarecido, Fenelon, olvidando al parecer toda su gloria literaria, sin apercibirse siquiera de todas las sociedades que sobre él tenían clavada su vista, se presenta en la cátedra de la verdad,

lee él mismo la sentencia que condena su libro, somete toda su razon á este fallo y le condena él á su turno, empleando su autoridad, para impedir la lectura de un libro que habia sido el fruto de sus estudios, sus meditaciones y sus viglias. ¡Admirable triunfo de la educacion católica! ¡poder sublime sobre sí mismo, que solo la religion cristiana es capaz de comunicarl!

Dejemos, pues, á la filosofía y á la política del siglo agotarse en invenciones y variar como los calendarios sus planes de educacion. La Iglesia debia moralizar al mundo, y no pudiendo llegar al corazon, sino por el camino del entendimiento, comenzó por obligar á los grandes y á los sabios á descender á la region de los pequeños: la empresa era ardua; pero la sabiduría quedó vencida, y este sacrificio, tan grande en sus principios, ha perdido ya este carácter, digámoslo así, desde que los sabios han conocido por experiencia propia, que con rendirse á la fé y someterse á la moral no hacian más que cambiar una chispa de inteligencia por un astro que ilumina los mundes, y una pretension vanidosa por un título imprescriptible de felicidad y de gloria.

Pero ¿por qué medios, señores, la Iglesia desarrolla un influjo tan prodigioso, hasta el extremo

de producir estos cambios inauditos en los primeros sabios del mundo? No es este, por fortuna, un secreto cuyo descubrimiento empuñe de masiado los recursos de la inteligencia. Todo consiste en que la Iglesia entienda que, si al recibir en sus colegios á la juventud, hubiera de ceñirse á inculcarla los principios de las ciencias, léjos de hacer un bien positivo á la sociedad, precipitaria el mayor de los males sobre su constitucion, y haria un perjuicio irreparable aun al mismo sistema de los conocimientos. Ilustrando el entendimiento, se sirve continuamente del gobierno de la voluntad, proveyéndose de antemano de todos los correctivos precautorios contra la inaccion, el desconcierto y la vaguedad de las facultades del espíritu, moralizando las ciencias y uniendo constantemente en la práctica la enseñanza con la educacion. Pero sin advertirlo, me encuentro en el caso de hablaros sobre el tercer punto, en que ya se trata de la educacion por excelencia, de la educacion moral.



Instruir el entendimiento con la exposicion frecuente de la doctrina católica, mover la voluntad con la moral y el ejemplo, regenerar la conciencia con la aplicacion de la gracia: he aquí señores, bien lo sabeis, el principio que gobierna la accion del cristianismo y el tema universal de la educacion eclesiástica. ¿Qué puede apetecerse para la más perfecta formacion del hombre social, que no facili e un sistema que reúne los documentos de la religion, las máximas de la moral y el ejercicio práctico de la virtud? ¿Se trata, por ejemplo, de los miramientos y considera-

ciones recíprocas y diversas que se deben los hombres?

La doctrina fija y establece todas las relaciones sociales, y pocas líneas de su pequeño libro bastan á un niño para reconocerlas, distinguiendo con maravillosa exactitud las diferencias que debe observar en su trato con sus mayores, sus iguales y sus inferiores. ¿Se trata de la moderacion en sus palabras? La doctrina religiosa le prescribe la más rigurosa sobriedad, y le pide cuenta de todo aquello que no puede colocarse entre lo útil y lo necesario. ¿Se busca la modestia del porte, la decencia, el aseo, etc., etc.? La ley que él aprende levanta sobre la humildad el edificio de las virtudes, somete á un riguroso deber la limpieza del cuerpo y del alma, y condena todas aquellas cosas que pueden hacernos insoportables ó molestos para los hombres con quienes tratamos.

Si de la doctrina pasamos á la persuasion que mueve la voluntad, ¿qué resortes pudiera envidiar la religion á la filosofía? La persuasion filosófica descansa en los puros actos externos, la persuasion religiosa se lamenta de no haber conseguido nada, mientras no produce la reforma del hombre interior. Tal es el carácter de la

persuasión cristiana. Los motivos que la determinan se refieren todos á la necesidad gloriosa de conservar inalterables las relaciones en que se halla cada uno con el autor de la naturaleza y con el resto de los hombres; los medios que la impulsan son precisamente los temores sobrenaturales, las esperanzas eternas, las inspiraciones generosas y augustas del amor divino.

No se trata, pues, de una persuasión estéril, tampoco de producir instantaneamente en favor de una idea feliz un movimiento fugitivo: se trata de radicar profundamente en el alma las inclinaciones benéficas; de colocar la piedad entre nuestros sentimientos más caros; de inscribir la virtud al frente de nuestras necesidades más imperiosas, más irresistibles y más dulces. ¡Diseño sublime á la verdad; pero inaccesible al poder mezquino y precario de esa filosofía que todo pretende sacarlo de su propio fondo.

El conocimiento perfecto del hombre interior es indispensable para la formación perfecta del hombre exterior, y este conocimiento solo ha podido entrar en el cómputo de la educación religiosa. ¿Podría adquirirse, decidme, esta ciencia tan importante, ni ménos en el grado suficiente y necesario para el régimen de la voluntad,

sin esa menuda y sincera manifestación que hace cada uno por sí mismo al ministro de la Penitencia? ¿Qué recursos podía tener, señores, en sus previsiones y en sus cálculos la razón humana, para registrar esos senos profundos en que se agitan sin cesar los motivos secretos de la conducta y los principios misteriosos de nuestras acciones? ¡Ah! todo quedó sometido al hombre desde el principio del universo, ménos la voluntad; y en esa vista de la inteligencia que salva los espacios inmensos y visita los mundos inaccesibles, vanamente procura descubrir por sí sola los arcanos profundísimos del corazón humano. Este universo más inmeuso, digámoslo así, más complicado, más impenetrable que el universo físico, jamás ha querido rendirse al hombre, ni había querido exponerse á las especulaciones filosóficas, sino desde que la religión lo hubo conquistado para las ciencias y para el poder. Cuando no considerásemos, pues, el sacramento de la confesión, sino bajo sus relaciones filosóficas, deberíamos convenir desde luego, en que él solo excedía con mucho á cuanto la razón humana ha podido discurrir para rectificar la marcha de la conducta. Pero no, la penitencia no es un medio filosófico, sino un recurso divino, en que por la comunión íntima de la gracia,

el hombre queda perfectamente sano, y el alma recibe progresivamente un incremento sublema de vigor y de poder, que la dispone siempre al triunfo de las pasiones y á la bella conquista de las virtudes. ¿Será extraño que consideremos nosotros la frecuencia de los santos sacramentos, como el centro común de todos nuestros designios, de todas nuestras ideas, de todos nuestros trabajos en orden á la educacion de la juventud?

Hé aquí, señores, sucintamente puesto á vuestra vista con la instruccion catequística, la persuasion cristiana y la frecuencia del los santos sacramentos, el sistema completo de nuestras ideas en orden á los principios que deben presidir los medios que deben aplicarse, y los fines á donde ha de encaminarse la educacion de la juventud.

XV.

¿Pero de qué servirían, decidme, todos estos recursos si la eleccion de las personas á quienes ha de ser confiada la enseñanza y la educacion pública no correspondiese al carácter, al sistema y á la fuerza de nuestras convicciones en tan importante materia? Tened presente, que si no puede darse un paso acertado sin una línea de unidad, sin principios seguros, sin medios adecuados, tampoco podrá conseguirse nada, sin la aptitud intelectual y moral, esto es, sin los talentos, el saber, el prestigio, el zelo y las virtudes de los regentes y los maestros.

Mas al tocar este punto, entro con pena en la tercera cuestion; porque viéndome arrastrado por mis convicciones á sostener que el talento, la instruccion y la probidad son indispensables, pero no suficientes para dar el lleno á establecimientos como el nuestro, podrá parecer que el espíritu de corporacion, menos que la razon y la experiencia las han determindo. Sin embargo una traicion á la verdad es más temible que atraerme por un culpable silencio las detracciones gratuitas de un siglo preocupado. Digo, pues, que el estado eclesiástico tiene á su favor cuanto pudiera apetecerse para llevar á la última perfeccion la enseñanza pública y la educacion secundaria de la juventud estudiosa; y á efecto de probarlo, me cuidaré de aplicar exclusivamente mis propias reflexiones, dejando más bien que hable antes que yo uno de los más eminentes escritores de la época moderna.

“Siendo necesario, dice Mr. Bonald, una educacion perpetua, universal y uniforme, y debiendo tener los mismos caractéres el instructor á quien ella esté sometida, lo es, en consecuencia, un cuerpo, porque solo en él pueden aquellos caractéres reunirse. Este cuerpo no puede ser puramente secular: porque, ¿dónde estaria el vín-

culo capaz de asegurar su perpetuidad y su uniformidad? ¿Será el interes personal? pero los seculares tendrán ó pueden tener una familia en cuyo caso pertenecerán á su familia más que al Estado; á sus hijos más que á los hijos de los otros, á su interes personal más que al interes público; porque el amor de sí mismo, que muchos han querido convertir en el vínculo universal de los hombres, es y será siempre el mortal enemigo del amor de los otros”

“Si los instructores públicos son seculares, aunque por otra parte sean cébiles, no podrán formar cuerpo entre sí: su agregacion fortuita no será más que una sucesion continua de individuos, que entran para vivir y salen para establecerse. . . . Es, pues, necesario un cuerpo religioso, un cuerpo reunido por votos, porque es tan imposible un cuerpo sin votos, como una sociedad sin religion. . . . Es necesario un cuerpo, por que es de todo punto indispensable procurar en la educacion pública, perpetuidad, generalidad, uniformidad, aun en el traje, en el alimento, en la instruccion: una misma distribucion en las horas de estudio y reposo, unos mismos maestros, unos mismos libros, unas mismas prácticas: uniformidad en todo y por todo, en todos los tiem-

pos y en todos los lugares. Una vez hecha la organización por los hombres, probada por el tiempo, corregida por la experiencia, el ministro de instrucción pública no tendrá que hacer nuevos reglamentos, y sus funciones quedarán reducidas á impedir que otros los hagan, á prevenir todas las innovaciones, aun las más indiferentes en apariencia, que pudieran deslizarse en tan lejanos y numerosos establecimientos (1)."

Se acusa á estas corporaciones eclesiásticas de ser poco favorables á los descubrimientos y á las invenciones. Acusación injusta, y al mismo tiempo fútil. ¿No pudieran citarse mil hechos en contra, con solo registrar los anales científicos de las corporaciones eclesiásticas? ¿En qué otras escuelas han estudiado los más distinguidos genios de la Europa? ¿Han sido más numerosas ó más útiles las invenciones hechas en Francia desde que la educación dejó de estar confiada á esta clase de cuerpos? Por otra parte, recordese que el sistema de las invenciones no es el alfabeto de la razón; que en el orden común de la naturaleza se comienza por aprender, y

(1) Legislation primitive. Tom. III. Chap. VII.

que los más grandes ingenios no han podido estender la escala de los descubrimientos célebres, sino despues de haber hecho el pasivo aprendizaje de las ciencias. "En la educación no se trata de formar artistas, y las corporaciones religiosas se ocupan ménos en esto que en formar hombres públicos, hombres que conozcan las leyes y que pongan en práctica los deberes; y desgraciado el pueblo en que se haya hecho necesario inventar en materia de legislación y de moral."

Otro de los cargos que se hacen á las corporaciones, es el de enseñar como verdades, opiniones consagradas por una larga tradición en la escuela. Pero hay en esta inculpación un doble secreto que honra tanto á los cuerpos eclesiásticos, como desprestigia las escuelas progresistas. La enseñanza y educación son los dos elementos de progreso que el mundo tiene: y el mundo no puede progresar por entre un flujo perenne de continuas revoluciones, sino sobre un sistema práctico de incremento y de perfección. Este sistema supone indispensablemente la fiel custodia de todo lo que ha pasado por la prueba de los siglos y el estudio profundo de lo que exista y ha existido: estudio sin el cual, es en gran ma-

nera fácil allanar á la mediocridad del talento y á la superficialidad del saber, ese camino de exterminio que tienen tan practicado, y en que más de una vez han hecho desaparecer hasta las últimas esperanzas de los pueblos. "Nosotros hemos visto en Francia, dice el mismo autor, cuerpos que han inventado, y llorarémos por mucho tiempo sus invenciones. . . . La verdad es siempre antigua, y en el mundo no comienza sino en el error."

"En el día una opinion es verdadera, porque es nueva; ántes era verdadera porque era antigua, y á verlo bien, la presuncion de verdad, como la presuncion de justicia, está siempre á favor de la antigua posesion. Este respeto aun supersticioso de los cuerpos hácia las antiguas opiniones, el cual hace tan difícil la introduccion de opiniones nuevas, es aquella rigurosa cuarentena que sufrían las mercancías que llegaban de un país sospechoso; y tal es la fuerza necesaria de la verdad, que toda opinion que á la larga no triunfa de la resistencia de los hombres, ó que sucumbe sin embargo de su proteccion, es un error. Fácil es inferrir de aquí que la legislacion severa del cristianismo se habrá de sobre-

poner, á pesar de los hombres, sobre la legislacion débil de la filosofía moderna (1)."

Tambien se inculca á los colegios elesiásticos de ejercer sobre la razon de los alumnos cierto depotismo de autoridad, sin permitir que obtengan los felices resutados de una duda metódica. He aquí una de esas exageraciones peligrosas que han hecho tantos estragos en el buen sentido. ¿Qué seria de la educacion pública, si al aprendizaje importantísimo de todas estas verdades que han sufrido ya la prueba de la crítica y del tiempo, hubiera de sustituirse la independencia de la razon, que ha venido á ser la primera causa de esa filosofía escéptica para la cual no existen ni verdades concluyentes, ni máximas reconocidas, ni instituciones respetables? "Reflexiónese, dice el autor citado, que los padres no mandan á sus hijos al colegio para que duden, sino para que sepan. . . . que ningun cuerpo eclesiástico exige la conviccion de las verdades matemáticas sin exponer sus principios, ni la creencia en materia moral sin exhibir sus motivos. Y á la verdad, si las ciencias admiten á ve-

(1) En la misma obra.

ces la duda de la incertidumbre, la moral, regla necesaria de nuestros deberes, no permite sino la duda de la discusion: y la sociedad está entre el ser y la nada, mientras que la moral permanece entre el sí y el no."

"Se ha gozado en la revolucion de una más grande extensión de libertad, y lejos de comprimir los vuelos de la imaginacion y las inquietudes del genio, se soltó la rienda á todos los extravíos, á todas las extravagancias del espíritu humano. ¿Y qué ha resultado de aquí, que merezca la calificación de grande, útil y aun ingenioso? La perfeccion de algunos métodos, algunas nomenclaturas hechas con más arte y orden, ó alguna mecánica que no tiene uso ni aun en la casa de su inventor; pero, ¿cuántos errores en moral! ¿cuántos absurdos en legislacion! ¿cuántas faltas en política! ¿cuántas necedades en literatural! ¿qué de imposturas en la historia! ¿qué de obcecidad en las artes de imitacion! ¿Y cuán humillados debemos estar, al ver que todo ese vuelo permitido á la imaginacion y al genio, tanta extension otorgada á la libertad de pensarlo todo y de decirlo todo, no haya producido, ni aun en el arte dramático, en este arte que se pretendió convertir en el *palladium* de la moral, el suple-

mento de las leyes y el primer medio de instruccion pública, ni una obra, ni una sola obra siquiera, que pueda sobrevivir á las circunstancias que la hayan hecho nacer, y á los pregoneiros que la han encarecido!"

Concluyamos: "la religion cristiana regla los gobiernos, los gobiernos reglan los cuerpos, los cuerpos reglan las familias, la familia regla el individuo. Todo tiende á formar cuerpo en el mundo social, es la fuerza de adherencia del mundo físico, y puede decirse que no hay espíritu público ó social, sino en los cuerpos públicos: espíritu de religion, espíritu de patria, espíritu de cuerpo, espíritu de familia, público, en fin, alma de la sociedad, principio de su vida, de su fuerza y de sus progresos (1)."

Si á las reflexiones especulativas quisiésemos unir los argumentos de hecho, ¿qué no podria decirse? La historia del trastorno absoluto de los principios sociales, es tan moderna, que todavia no cuenta ni un siglo de antigüedad: vivas y recientes están aún las huellas que ha dejado es-

(1) Obra y lugar citados.

tampadas en el mundo moral y político esa insurrección general de la filosofía incrédula contra los antiguos y venerables planteles de la sabiduría y de las virtudes cristianas. Pero oigamos todavía al célebre autor que hemos venido citando. "Desde la fundación de la monarquía hasta el siglo décimo quinto, la instrucción había sido en Francia casi exclusivamente religiosa, como la educación. Desde el siglo décimo quinto hasta principios del último siglo, la instrucción, sin dejar de ser religiosa, vino á ser al mismo tiempo literaria y científica."

"Al principio del último siglo la parte literaria y científica de la instrucción se levantó insensiblemente sobre la parte religiosa, y no discurrió largo tiempo sin que los libros, que se multiplicaban sin cesar, obrasen una transformación tan general, que la instrucción de profana pasase á licenciosa; de licenciosa á irreligiosa y contraria abiertamente á la educación."

"Esta instrucción irreligiosa ganó terreno hasta el punto de haberse apoderado exclusivamente de las riendas de la enseñanza, levantándose sobre las ruinas de aquellos grandes establecimientos de instrucción pública que habían hecho

el esplendor de la Europa por espacio de tres siglos."

"Desde esa última época, las memorias de la educación antigua, censervadas en el recinto de algunas provincias ó en el seno de algunas familias, lucharou con desventaja contra el incremento siempre progresivo de la nueva instrucción, y la sociedad fué arrastrada al través de esta discordancia de principios hasta la revolución, donde ya pudo verse todo lo que había perdido la generación presente en la educación moral, es decir, los hábitos de orden y los sentimientos de humanidad (1)."

Así se explicaba un hombre que por una parte se hallaba exento de toda parcialidad, y por otra instruido, no solamente por sus talentos, sino también por sus desengaños. No hablaba este hombre de los colegios eclesiásticos, sino de todos los colegios de su nación. Elogiaba los grandes resultados que debía la Francia en general á la educación eclesiástica, deploraba con

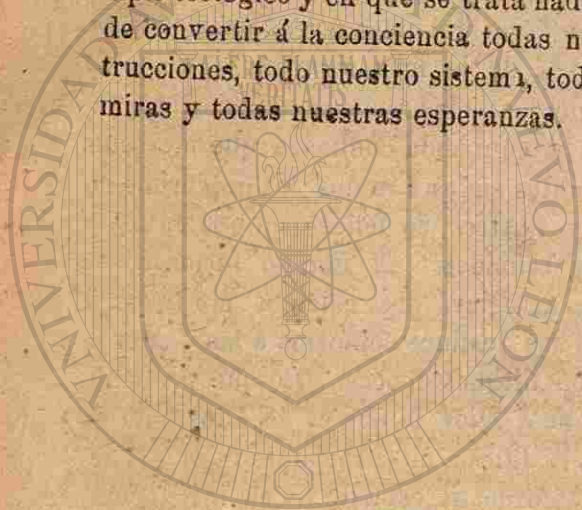
(1) BONALD. *Melanges litteraires, etc. De la education et de la instruction.*

sentimiento profundo los estragos que habia hecho en la solidez y pureza de la doctrina, y más todavía en la santidad de las máximas y en el carácter de las costumbres, la secularización que sufrieron los colegios en consecuencia de la revolución francesa: rebate con fuerza las objeciones más notables y especiosas que suelen ponerse contra la educación eclesiástica; y poniendo á la vista del gobierno los más urgentes raciocinios, los documentos de la experiencia, y la extrema fecundidad con que estas corporaciones habian sido atacadas al propósito de que hablamos, pretendo inclinarle, no por cierto á que respete el incuestionable derecho que tiene la Iglesia para regir eclesiásticamente sus seminarios, sino á que vuelva á poner á cargo de las corporaciones eclesiásticas el gobierno y dirección de los colegios nacionales.

Pero yo no trato, señores, de estos colegios, no revuelvo las páginas de la historia para exponer á vuestra vista los antiguos comprobantes de una misión que no se le disputó á la Iglesia por espacio de muchos siglos: todo mi empeño se reduce á manifestar, que un seminario tridentino, un plantel de eclesiásticos, donde los estudios y las máximas, el pensamiento y la ac-

ción toman su origen y van á terminar en el principio teológico, presentarian sin duda la mayor inconsecuencia en sus principios y en su conducta, si pusiésem al estado secular al frente de la educación eclesiástica. No se trata, pues, de exigir en favor del clero cosa alguna que no le pertenezca de la más rigurosa justicia; no pretendo que las corporaciones eclesiásticas reconquisten la omnímoda confianza que merecieron por tantos siglos á todos los gobiernos en épocas muy ilustres, en felices, en opulentos y florecientes reinados. El Estado formará sus conjeturas, arreglará sus cálculos políticos, y compondrá sus destinos conforme á las inspiraciones de las últimas épocas. Lo que pretendo es, que se de á Dios lo que es de Dios; que se respete en la Iglesia el derecho de regir sus seminarios conforme al espíritu de su institución; que no se nos tache de *retrogrados*, cuando nos empeñamos en que vayan juntas la educación y la enseñanza, ni de inconsecuentes con el siglo, cuando buscamos profesores que individualmente puedan presidir á entrambas cosas, ni de *ilusos*, cuando creemos que no hay educación sin moral, ni moral sin evangelio; ni de *fanáticos* cuando sostenemos que el depósito de la fé, de la moral y de la gracia, está exclusivamente á

cargo de los ministros de la Iglesia; que no se nos levante un proceso cuando elegimos á los eclesiásticos para la direccion de unos establecimientos en cuya economía general reina el principio teológico y en que se trata nada menos que de convertir á la conciencia todas nuestras instrucciones, todo nuestro sistema, todas nuestras miras y todas nuestras esperanzas.



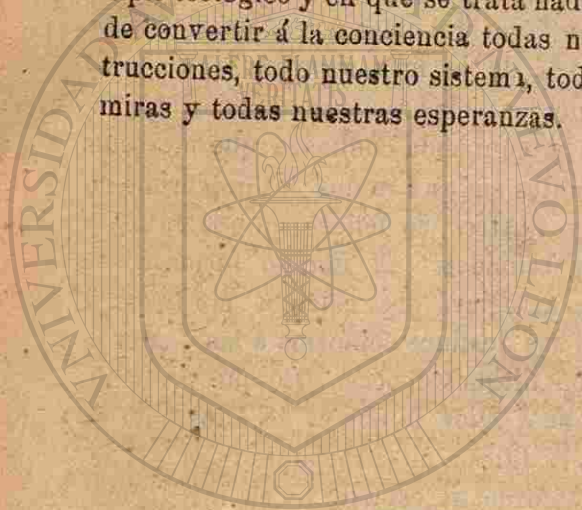
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

XVI.

Tal es, señores, el cuadro especulativo y práctico que ofrece á vuestra consideracion, y si queis, tambien á vuestro exámen y á vuestra crítica, el sistema de enseñanza y de educacion que se sigue en las escuelas católicas del mundo. Este sistema es antiguo, porque la verdad no es moderna; era ayer, es hoy, y será por los siglos de los siglos. Os he dicho ya, y es repetiré ahora que las instituciones generales y particulares de la Iglesia no están sometidas á la decantada ley del *progreso*: ley que limitada por su propia naturaleza dentro del círculo de lo que gira por la region de lo imperfecto, vendria á ser una tacha

cargo de los ministros de la Iglesia; que no se nos levante un proceso cuando elegimos á los eclesiásticos para la direccion de unos establecimientos en cuya economía general reina el principio teológico y en que se trata nada menos que de convertir á la conciencia todas nuestras instrucciones, todo nuestro sistema, todas nuestras miras y todas nuestras esperanzas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XVI.

Tal es, señores, el cuadro especulativo y práctico que ofrece á vuestra consideracion, y si queis, tambien á vuestro exámen y á vuestra crítica, el sistema de enseñanza y de educacion que se sigue en las escuelas católicas del mundo. Este sistema es antiguo, porque la verdad no es moderna; era ayer, es hoy, y será por los siglos de los siglos. Os he dicho ya, y es repetiré ahora que las instituciones generales y particulares de la Iglesia no están sometidas á la decantada ley del *progreso*: ley que limitada por su propia naturaleza dentro del círculo de lo que gira por la region de lo imperfecto, vendria á ser una tacha

para lo que desde su origen tocó los términos de una consumada perfección. La Iglesia en sus principios, en el cuerpo de su doctrina, en el conjunto de sus máximas, en el punto que concentra sus previsiones y su acción, no tiene hoy más que lo que tuvo el año primero de la Era cristiana, así como en esta época, tocó los tiempos de la plenitud, sin que le faltase ni le sobrase un solo rasgo característico de todos aquellos con que había figurado proféticamente desde los seis días de la creación hasta el último suspiro que lanzó para morir sobre la cumbre del Gólgota el deseo de las naciones. *Non nova, sed nové*, decía San Agustín, y este pensamiento profundo que salió de la pluma del Obispo de Hipona, tuvo un eco sublime quince siglos después en el representante de Carlos X cerca de la corte de Roma. "Luz cuando se mezcla en las facultades intelectuales, decía Chateaubriand, sentimiento cuando se asocia á los movimientos del alma, la religion crece con la civilizacion y marcha con el tiempo, y uno de los caracteres de la perpetuidad que se le ha prometido, es el ser siempre del siglo que ve pasar, sin pasar ella nunca (1)." La pruden-

(1) Discours prononcé devant le conclave le 10 Mars 1829.

te reserva de la Iglesia para con las nuevas teorías, es uno de esos grandes fenómenos sociales, cuyo conocimiento, exámen y aplicacion parecen construir una propiedad exclusiva de los genios de primer orden y de los talentos clásicos. No creemos que el de Bayle y de Voltaire estén filiados en la baja region de la mediocridad, así como tampoco reconocemos á Holbac y Condorcet como escritores tan favorecidos de la naturaleza por la precocidad y extension de las facultades mentales; pero recordando con el autor del *Genio del cristianismo*, que á aquellos genios malogrados solo les faltó la moral para igualar su gloria con sus talentos, podemos afirmar aquí, sin temor, que solo un genio prostituido ó un talento mediano, puede hacer partido contra la filosofía católica para desconceptuar y aun extinguir el eminente plan de enseñanza y educacion que ha ilustrado en todas épocas la histosia de la Iglesia. Cuando las ideas son tan obvias, tan evidentes los principios, tan exactas las consecuencias, tan convenientes y oportunas las aplicaciones, una simple exposicion de todo esto parecia relevarme de dar un paso más en la carrera de la discusion sobre la importancia y superioridad del principio teológico aplicado á la difusion de las luces, al arreglo de la conducta y á la civilizacion de los

pueblos. Pero la oposicion nos estrecha demasiado: nada se perdona para rodear al clero con los recelos y la desconfianza pública: la filosofía esgrime todo género de armas para combatir á la Iglesia. ¿Callaría yo, cuando la experiencia práctica no es ménos fecunda en pruebas, que la razon especulativa, sobre la bella causa de las instituciones católicas? No seré muy prolijo, pero sí procuraré fijar vuestra atencion, aunque pasajera, sobre los efectos sociales del plan de enseñanza y educacion que acabo de bosquejaros: tambien tocaré algunos de los innumerables ejemplos de extravío, descrédito y desconcierto que tan abundantemente nos suministra la historia política del pasado siglo: ménos para persuadiros á vosotros, católicos verdaderos que nada disputais á vuestra madre, que para ser el órgano de vuestros propios sentimientos, y para defender en comun con vosotros y contra los reiterados ataques de tantos enemigos como se han conjurado al mismo tiempo contra la religion y la sociedad, la bella causa de nuestros principios y de nuestras esperanzas.

XVII.

Desde el principio del cristianismo empezó á obrarse en la sociedad una feliz revolucion, que apoderándose insensiblemente de todos los elementos antiguos que componian el sistema filosófico y político de las ideas, llegó á combatir el aspecto general de las ciencias y las artes, regularizó y dió mayor firmeza á las instituciones políticas, fijó los caracteres invariables de una historia que lleva el título de moderna desde que el Evangelio fué anunciado á los hombres. Un reino que no es de este mundo vino á plantearse en la tierra. Dirigido únicamente

pueblos. Pero la oposicion nos estrecha demasiado: nada se perdona para rodear al clero con los recelos y la desconfianza pública: la filosofía esgrime todo género de armas para combatir á la Iglesia. ¿Callaría yo, cuando la experiencia práctica no es ménos fecunda en pruebas, que la razon especulativa, sobre la bella causa de las instituciones católicas? No seré muy prolijo, pero sí procuraré fijar vuestra atencion, aunque pasajeramente, sobre los efectos sociales del plan de enseñanza y educacion que acabo de bosquejaros: tambien tocaré algunos de los innumerables ejemplos de extravío, descrédito y desconcierto que tan abundantemente nos suministra la historia política del pasado siglo: ménos para persuadiros á vosotros, católicos verdaderos que nada disputais á vuestra madre, que para ser el órgano de vuestros propios sentimientos, y para defender en comun con vosotros y contra los reiterados ataques de tantos enemigos como se han conjurado al mismo tiempo contra la religion y la sociedad, la bella causa de nuestros principios y de nuestras esperanzas.

XVII.

Desde el principio del cristianismo empezó á obrarse en la sociedad una feliz revolucion, que apoderándose insensiblemente de todos los elementos antiguos que componian el sistema filosófico y político de las ideas, llegó á combatir el aspecto general de las ciencias y las artes, regularizó y dió mayor firmeza á las instituciones políticas, fijó los caracteres invariables de una historia que lleva el título de moderna desde que el Evangelio fué anunciado á los hombres. Un reino que no es de este mundo vino á plantearse en la tierra. Dirigido únicamente

á los últimos destinos de la criatura, traía su origen de los cielos y colocaba su fin en la eternidad. Sin embargo, no pudiendo separarse la conducta espiritual de la otra conducta, todo quedó sujeto al principio; y las ciencias, las artes, la legislación, la educación pública y privada, todo entró en los magníficos planes de la Iglesia, y sus designios quedaron tan unidos con los de la sociedad, que ni el poder temporal abandonaba el principio religioso, ni la Iglesia tampoco perdió nunca de vista las mejoras positivas y el verdadero progreso de la sociedad civil.

Una larga y profunda experiencia hizo comprender á los reyes lo mucho que importaba para la estabilidad de los gobiernos el influjo de la sociedad eclesiástica; y el particular estudio de las causas á que debían atribuirse resultados tan plausibles, persuadió plenamente á los sabios, que todo era debido á la enseñanza y educación, cometida casi generalmente á los ministros de la Iglesia. Con caracteres tan espléndidos fué reconocida la misión de la Iglesia; y la sociedad civil, menos exclusiva, pero más firme y segura en sus pretensiones, no llegó á dudar que la misión de la enseñanza y de la

educación de la juventud, estaba cometida por el Divino Fundador del cristianismo á este respetable cuerpo, que no lleva el título de *luz del mundo y sal de la tierra*, sino porque recibió desde el principio el doble tesoro de la ciencia y de la moral, y tomó á su cargo la importantísima custodia de la verdad y la virtud.

Becorred, señores, esas páginas ilustres que han ido consignando sucesivamente á la admiración y enseñanza de la posteridad las obras esclarecidas é inmortales del genio, del talento y de la virtud. Buscad el principio conservador de las obras maestras del arte y del saber antiguo, que han llegado hasta nosotros al través de las edades y á pesar de la pugna de los siglos, para borrar los vestigios del saber y la inteligencia. ¿Quién regularizó, decidme, la filosofía? ¿quién extendió indefinidamente el círculo de los conocimientos humanos? ¿quién desarmó la tiranía de los reyes? ¿quién enfrenó la osadía de las masas? ¿quién acabó con la barbarie antigua? ¿quién zanjó los cimientos de estas instituciones políticas que han tenido más orden, más regularidad y más apoyo? ¿quién ha convertido el poder público en un ministerio de paz y de bien? ¿quién ha dado á la Europa su derecho público?

¿quién ha sometido á una constitucion inviolable la conducta de los guerreros? . . . ¿Quereis más? Revolved esos códigos que han regido al mundo por tantos siglos, y preguntad por las escuelas y los maestros de sus autores: atended á esas naciones bárbaras, dócilmente sometidas á las instrucciones del clero, civilizadas por la moral religiosa, despues de haber hecho caer el imperio de Roma: ved esa multitud innumerable de establecimientos abiertos á la hambre, á la desnudez, á la ignorancia, á la humanidad herida por el dolor, á la mendicidad pública, á la infancia abandonada, á la hospitalidad universal: ved esa sociedad esparcida por el globo, que en ménos de tres siglos pasó la revista general de todas las ciencias, de todas las artes, de todas virtudes, y cuya extincion fué considerada como un golpe de muerte descargado sobre la ciencia, sobre la piedad y sobre las costumbres.

¿Cuáles fueron, decidme, las escuelas de los Padres de la Iglesia? ¿en qué colegios estudiaron los apologistas del cristianismo? ¿dónde pasaron su juventud literaria los genios más insignes que han dado mayor lustre á todos los ramos del saber humano? ¿á qué clase de profesores debieron su educacion literaria un Renato Descártes entre los

tísicos, Malebranche y Pascal entre los metafísicos, Labruyere y Muratori entre los filósofos moralistas, Santo Tomas y Bussuet entre los teólogos insignes, D'Aguesseau, Domat y Pothier entre los grandes jurisconsultos, Rollin y el Adad Fleuri entre los historiadores? ¿Qué diré de la elocuencia y de la poesía? Recordar las escuelas de Racine, Delille, Massillon y Bourdaloue. Pero, señores, sin sentirlo he menoscabado la autoridad histórica de mi asunto, empeñándome en la cita de los grandes nombres: porque tratándose de la influencia del clero en el progreso de las luces, prolijo empeño seria el de recorrer uno por uno los personajes que han sacado de las escuelas eclesiásticas el esplendor purísimo que han deramado por el mundo. En este punto, es necesario sin duda sustituir las instituciones á las personas, y los siglos á los colegios; recordar que los eclesiásticos ilustres preparaban los reinados célebres, recibiendo á su cargo la educacion de los príncipes; que la Iglesia, y solo ella, sacó por segunda vez de la nada la luz de las letras profundamente undidas en la noche de la edad media; sostener con toda la firmeza de la conviccion, que ninguno de los grandes genios que han ilustrado con sus obras eminentes la carrera de diez y siete siglos, desconoceria sin

ingratitude la enseñanza y la educación de la Iglesia, como su primera cuna; citar para gloria de tan buena causa los bellos siglos de Leon X y de Luis XIV; y recordar que un monarca filósofo, lejos de ceder á las inspiraciones de sus amigos, cuando pretendian indisponerle contra la educación eclesiástica, abrió sus estudios á la Compañía de Jesus, para poner en sus manos la educación del pueblo en los instantes críticos en que una parte de la Europa acababa de hacer á ésta el más completo despojo de esta misión ilustre que había desempeñado con tanta gloria (1).

Estas épocas ilustres son tan favorables á la causa del clero por su esplendor científico y literario como el siglo décimo octavo por el trastorno absoluto de los principios y la perversidad sumada de las doctrinas. Están aún por aparecer los genios que han de opacar el esplendor de aquellos que han sacado su luz de los colegios eclesiásticos, y parece que á medida que el siglo mejora su criterio, se inclina más á la causa

(1) Véase la nota C puesta al fin.

de la educación religiosa (1). El autor del *Genio del cristianismo* parece haber consagrado su vida á la persuasión de estas grandes verdades, y las páginas más bellas de este libro inmortal son inconcusamente aquellas que indemnizan á la Iglesia de esos amargos reproches que le han hecho los filósofos incrédulos, cuando se trata de las causas que aceleran ó retardan los progresos del entendimiento humano.

Permitidme que no concluya esta reseña histórica, sin consignar, aunque en extracto, las principales ideas sobre este punto que hallo en un libro (2) de grande celebridad en el día, y de no poca autoridad, aun para aquellos que se han filiado bajo la bandera del progreso." El clero ha constituido la Europa moderna: tuvo la misma autoridad sobre los pueblos y sobre los reyes. Durante los cuatro primeros siglos en que el mundo entero se disolvía para rehacerse, el clero fué el vínculo de la sociedad humana. . . . En el siglo quinto, cuando la irrupción de los

(1) Véase la nota D. puesta al fin.

(2) *Dictionnaire de la conversation et de la lecture* artiel. CLERGE.

bárbaros sobre el Occidente, el clero fué quien protegió á los pueblos por el ascendiente de su palabra, preparando el fenómeno, único en la historia de las conquistas, de que los vencidos adquiriesen el más pleno dominio sobre sus vencedores, con solo el hecho de imponerles sus creencias: obteniendo así la servidumbre el más bello triunfo sobre la victoria. El clero fué quien dominó la barbarie, organizando la libertad, ya que no le fué posible organizar el poder; y siendo el protector grande del pueblo contra todas las iras. Despues de los tiempos críticos en que las incursiones de los Normandos, las querellas de los príncipes y la confusion de los derechos, hicieron caer sobre el clero las espesas sombras de la barbarie, de la corrupcion y de las desgracias de la época, el elemento de la conservacion, que no estaba condenado á sucumbir en las vicisitudes humanas, el espíritu de religion, levantándose por entre la borrascosas sombras, é imponiendo silencio á todos los elementos conjurados contra la suerte de la sociedad, puso fin á todos los trastornos, y allanando todos los obstáculos para dejar libre la carrera de las luces que iban á reaparecer, volvió á colocar al clero en su debido rango. Ya desde el siglo XII la palabra clero pasó á ser sinónimo de ciencia; y clero

rigo importaba tanto como sabio y estudioso. Bien pronto comenzaron los grandes trabajos en el silencio de los claustros, y á estos trabajos debemos la mayor parte de los monumentos de la literatura griega y romana.

Es preciso detenernos á reflexionar un tanto sobre el estado moral de los pueblos en los siglos trece y eatorce, si queremos formarnos una idea de los esfuerzos que debieron hacerse en la Iglesia, no ménos para conservar intactas las grandes nociones de la justicia y de la virtud humana, que para impulsar y sostener la marcha del mundo por los entónces estrechos y espinosos senderos de la civilizacion. Sin el clero no se hubiera conocido en el mundo, sino la dominacion de las armas; pero con él esta dominacion adquirió un temperamento consolador. Mientras los señores ejercitaban á todo viento y marea el terrible derecho de la espada, el clero llamaba hácia los hombres los derechos de la humanidad, bien así como, en el torbellino de aquellas rivalidades sangrientas que más de una vez desolaban á la Europa, el clero tuvo siempre nobles palabras de libertad que arrojar á los tiranos. Los Obispos fueron los protectores natos del pueblo; las iglesias constituian su asi-

lo, y el púlpito vino á ser una tribuna, de donde partieron mil veces los más terribles acentos contra la opresion

Estalló el protestantismo en el mundo, preconizando una libertad, que no era por sin duda ni la de la religion ni la de la ciencia. Esta libertad, ganando igual terreno en la moral que en la política, y llegando á enseñorearse del mundo, naturalmente hubiera debido conducir á la sociedad por una carrera no interrumpida de turbulencias y trastornos, hasta una situacion más lastimosa que aquella á donde tendian á impelerla en los tiempos de barbarie los poderes indómitos de las antiguas tiranías. El clero entónces, á quien hemos visto ya en los tiempos anteriores á la reforma puesto del lado de la libertad para defender á los pueblos de la opresion, se atrincheró despues, digámoslo así, tras el baluarte de la unidad católica, y se colocó baja las banderas de la autoridad y de la ley, para defender á la sociedad, vivamente amagada por el despotismo de la razon y la anarquía de la creencia.

“Esta fué, dice el autor citado, una época de grande restauracion; y mientras el protestantis-

mo, dividido en mil sectas, recorria el mundo estableciendo la anarquía en el pueblo y el despotismo en el poder, el clero católico reformaba los abusos, volvía los hombres á la fé, reanimaba la caridad, creaba instituciones, vigilaba sobre la educacion pública, y arrojaba de todas y por todas partes semillas de virtud y de luz.”

“El clero no ha sido extraño á ninguna clase de progresos intelectuales; habia formado la lengua en las predicaciones, antes que los escritores la hubiesen formado en los libros. Nada es comparable con los trabajos del clero en la historia, en la ciencia, en las letras. Un benedictino era una academia viva, y hemos necesitado nada ménos que á un BOSSUET, para tener una idea de la elocuencia de Demóstenes.”

Despues de haber desempeñado durante el siglo XVII con tanta dignidad y tanta gloria la noble mision de que tratamos, el clero tenia que sostener la más terrible prueba que le han presentado los siglos. Vino el décimo octavo, y con él una graduacion desigual, lenta y aun insensible en sus principios, impaciente y activa en sus medios, iudómita y cruel en sus fines, de persecuciones deversas, en que se le disputaba todo, des-

de su filosofía hasta su existencia material. ¿Y qué sucedió? Oigámos aún al autor citado. "Después de haber enrojecido con su sangre los santuarios, salió de ellos penosamente, para ir á arrastrar entre los otros pueblos sus restos mutilados. La Inglaterra lo mismo que la España, la Alemania no ménos que la Italia, le abrieron asilos y le acogieron con admiracion y con amor, dando un testimonio, con estos distinguidos homenajes, de que el clero se conservaba digno de recobrar algun dia su mision interrumpida de enseñar á los pueblos, y de conducirlos igualmente al órden y á la libertad."

Sus glorias en el presente siglo, empiezan, señores, no lo habreis olvidado, con aquella resistencia noble y victoriosa que opuso á los avances del capitan de los tiempos modernos. "Pretendió Napoleon tender su espada sobre la inteligencia, y acabó su poder. Atacó á la Iglesia, y como ya la habia despojado de sus dominios, creyó fácil dominarla en sus creencias. El clero entonces, diezmando como estaba, envejecido, fatigado y consumido por tantas luchas, cuando ya no contaba sino con su miseria y su fé, resistió al vencedor de la tierra: ejemplo fatal para él, pues la Europa no llegó á conmoverse para destruirle, sino

cuando le vió tocar aquella frente que llevaba, como la de Moisés, el rayo celestial (1)."

Concluyamos: la Iglesia católica no es ménos grande en la época en que os dirijo la palabra, que en las más gloriosas de su historia: ahí está con su influencia universal, con su doctrina divina, con sus antiguos é ilustres establecimientos. Sus ministros recorren el mundo, difundiendo por él la civilizacion y propagando la fé: sus escuelas, están en todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y aunque la filosofía y la política intentan despedirla al mismo tiempo de las academias y de los palacios, ella domina sin esfuerzo por donde quiera que existen la inteligencia y el corazon. La caridad pertenece á la Iglesia, y la caridad, segun la bella frase de Fenelon, va más léjos que el orgullo. "Nuestros Misioneros, dice Lacordaire, están en todas partes, en las escuelas de Levante, en Armeria, en Persia, en las Indias, en la China, en las costas del Africa, en las islas de la Oceanía; en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios; hemos

(1) LAURENTIE, Artículo citado.

fundado la *Asociación para la propagación de la fe*, ese tesoro del apostolado, sacando sueldo por sueldo del bolsillo del pobre, y llevando cada año recursos reales á las misiones más lejanas de la verdad. Los hermanos de las escuelas cristianas, revestidos de su humilde hábito, atraviesan incesantemente las calles de nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibían con demasiada frecuencia, no encuentran más que las miradas benévolas del obrero, el respeto de los cristianos, y la estimación de todos. Apóstoles oscuros del pueblo, crean sin ruido, introduciendo á Dios en la enseñanza elemental, una generación que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. No solo reciben la infancia á sus lecciones, sino que atraen á sí al adulto, y reconcilian su hábito con la chupa de buriel, y la tosca mano del trabajador terrestre, con la mano modesta del trabajador religioso.

“¿Queréis un espectáculo más consolador todavía, y que no ha tenido ejemplo en la antigua Francia? Mirad, he ahí, adolescentes, estudiantes, jóvenes, colocados á la entrada de todas las carreras civiles é industriales, sin distinción

de rango ni fortuna: la caridad cristiana los ha reunido, no para ayudar al pobre con un dinero *filantrópico*, sino para visitarle, hablarle, tocarle, ver y conocer su miseria, y llevarle, con el pan y el vestido, el rostro piadoso de un amigo. Cada ciudad, bajo el nombre de *Confirrencia de San Vicente de Paul*, posee una fracción de esta joven milicia, que ha colocado su castidad bajo la guardia de su caridad; la más hermosa de las virtudes bajo la más hermosa de las guardias (1).”

Pues bien, señores, esta es la Iglesia católica: este es el gran cuadro de aplicación que da constantemente á sus principios y á sus máximas: su conducta está en el mayor grado de publicidad, y en el más alto punto de consecuencia: ella toca igualmente á la inteligencia con sus principios, á la sociedad con su historia. Debiera estar ya pacífica, porque no hay institución que cuente con la milésima parte de sus títulos: pero este reposo no será ¡vive Dios! como no ha sido,

(1) Sermon sobre la vocación de la nación francesa, predicado en Nuestra Señora de Paris el 14 de Febrero de 1841.

una conquista suya: es militante por naturaleza, y su perpetuidad no será la de una roca inerte, sino la de una nave que flota siempre entre las tempestades del Oceano, y siempre domina las olas en los tiempos de la borrasca, como preside al dilatado elemento en los pasajeros instantes de la serenidad. ¿Y la filosofía? ¿y la política anti-católica? Señores, estoy de buena fé, y os aseguro, que me fatigo en vano por encontrar esos objetos que debian realizar sus previsiones, y descubrir una sola institucion perfecta y estable que haga brillar en sí los caracteres sublimes de la inteligencia y del poder, ó más claro, de la verdad y la virtud. Si yo me propusiese argüir aquí con el sistema de los inconvenientes; si menos atento al interés de mi causa que á las inspiraciones del amor propio, me propusiese poner en claro toda la monstruosidad que caracteriza la conducta de nuestros adversarios; si consagrare mi atencion hácia ese conjunto maravilloso de absurdos, contraprincipios é inconsecuencias que pululan en el reducido período de la revolucion francesa, la materia no podia ser más fecunda. Pero hay puntos que no deben tocarse sino con una prudente reserva, y por tanto, reduciéndome aquí á lo muy preciso, voy á ofrecer un contraste, bien notable á la

verdad, sin salir de aquella misma tribuna de donde partieron todos los rayos que lanzaba la filosofía contra todas las instituciones más augustas y venerables que habian quedado en pié triunfantes de todas las vicisitudes de tantos siglos.



Fulminada la sentencia de destrucción, se trató ya de reedificar, y la filosofía campeando sola, sin rival y sin obstáculos, se apoderó de la tribuna, para anunciar al mundo su gran reforma social, fundada en un sistema nuevo de enseñanza y educación. Escuchadla, pues, hablando por la boca de sus órganos más fieles y entusiastas. "Debeis á la nación francesa, decía Condorcet en Abril del año de 92, á la asamblea legislativa, una instrucción al nivel del siglo décimo octavo, de esta filosofía que, ilustrando la generación contemporánea, presagia, prepara y acelera la razón

superior á donde llaman á las generaciones futuras los progresos necesarios del género humano."

"Tales han sido nuestros principios; y en consecuencia, hemos escogido y clasificado los objetos de la instrucción pública, sin separarnos en un punto de esta filosofía, libre de todas las cadenas, exenta de toda autoridad, y desasida de todo hábito antiguo."

He aquí, señores, los principios que fundaban el famoso sistema. La creencia quedaba proscrita, y la educación por lo mismo aniquilada. ¿Queréis empero una indicación más explícita y terminante? Atended: "Los principios de la moral que se enseñen en las escuelas é institutos, serán aquellos que, fundados en nuestros sentimientos naturales y en la razón, pertenecen por igual á todos los hombres....." Era, pues, rigorosamente necesario *separar de la moral los principios de toda religion particular, y no admitir en la instrucción pública la enseñanza de ningun culto religioso.*

Ved, pues, señores, aquí, todos los medios, que en buen análisis equivalen á la organización del ateísmo en las escuelas públicas. Inconcebi-

ble parece que hayan prevalecido estas ideas en el recinto de una asamblea de legisladores. ¿Qué objeto tiene la educacion? Formar el carácter, prevenir la voluntad, para no sucumbir en medio de las vicisitudes diversas por donde siempre se pasa en la carrera de la vida. ¿Y cuál es el motivo en que fundaba Condorcet estas opiniones tan extrañas? La necesidad, en su concepto, de que pudieran subsistir juntos el cambio frecuente de las opiniones de un hombre en el discurso de su vida, (son sus palabras) y los principios establecidos sobre esta basa, para que no llegara á suceder que los hombres imaginasen llenar sus deberes, violando los derechos más sagrados, y obedecer á Dios traicionando á su patria.

He aquí el gran proyecto, el esfuerzo sublime de todo un siglo filosófico, el soberbio plan cuya práctica debia regenerar al mundo científico, al mundo político y al mundo morall. Y no imaginéis, señores, que me propongo medrar con la impostura: y para no servir aquí ni aun de intérprete á la filosofía, el mismo Condorcet os hará una pintura fiel de todos los resultados que ya su imaginacion le presentaba en un lejano porvenir. "Ha de llegar sin duda un tiempo, de-

cia, en que las sociedades sabias é instituidas por la autoridad, serán superfluas y desde luego peligrosas, y aun en que todo establecimiento público de instruccion vendrá á ser inútil: este tiempo será aquel en que ya no haya de temerse ningun error general; en que las causas que llaman al interes ó á las pasiones al socorro de las preocupaciones, hayan perdido su influencia; en que por igual serán derramadas las luces, así por todos los lugares de un mismo territorio, como por todas las clases de una misma sociedad; en que todas las ciencias y sus aplicaciones quedarán igualmente libres del yugo de las supersticiones y del veneno de las falsas doctrinas; en que cada hombre, por fin, hallará en sus propios conocimientos, en la rectitud de su espíritu, armas suficientes para repeler todas las astucias de la charlataneria: mas este tiempo está todavia muy lejano: nuestro objeto por lo mismo debe ser preparar, acelerar la venida de esta época, y al empeñarnos tanto en formar estas instituciones nuevas, debemos tener la mira de acelerar el arribo de ese instante feliz en que esas instituciones lleguen á ser inútiles (1)."

(1). Rapport sur l' organization générale de l' instruction publique, fait á l' Assemblée législative.

¿Qué os parece, señores? Si no lo vierais escrito, si la historia no lo consiguiese de una manera tan expresa, ¿hubierais podido concebir que á tanto llegarían los arranques y delirios de la filosofía del siglo décimo octavo, que había de hacer entrar en sus previsiones la quimera de que vendría á quedar abolida un tiempo aun la necesidad de la enseñanza y educacion, hasta el extremo de despreciarse por inútiles, ó proscribirse por peligrosos, los establecimientos públicos erigidos con tan importante objeto? Pero en fin, el grito de estos filósofos, engrosando en proporcion de la distancia que recorria con los ecos entusiastas y frenéticos de una multitud enagenada precipitó en la demencia, en el delirio, á la nacion más culta y más civilizada de la Europa, y el pueblo francés esperaba sin duda el ver realizadas las predicciones de estos nuevos profetas. ¿Pero qué sucedió? Vosotros lo sabois; y yo que no quiero abrir esas páginas de insensatez, de frenesí, de furor, de incontables errores y horrosos crímenes, tampoco haré más, que haceros escuchar, como os lo he prometido, la voz de otro magistrado, que diez años despues, clamaba en la misma tribuna por una urgente reforma, en vista de los tristes resultados que habian producido en la sociedad las ideas de 92 y los estable-

cimientos que se plantearon conforme con ellas. Alude á un proyecto de ley, que sin tener acaso todas las exageraciones que pululan en el discurso de Condorcet, guarda un profundo silencio en materia de religion. Oídle; y oídle en el concepto que no es un clérigo quien habla, de que no son tampoco en sus adictos, y de que no le faltarian credenciales para ser admitido con honor entre los más notables progresistas.

“Pocos dias ha, dice Mr. Darú, que el legislador ha reconocido que casi la totalidad del pueblo francés profesa una religion, y la universalidad de los ciudadanos funda en esta religion la esperanza de la felicidad y de la tranquilidad del Estado.”

“Yo uno estas dos ideas, y no puedo ver por lo mismo sin extrañeza, que el proyecto de ley sobre instruccion pública no diga cosa alguna sobre las ideas de religion que deben darse á los niños.”

“La ley deja á todos los ciudadanos una libertad indefinida para elegir entre todas las opiniones religiosas, y reconoce la existencia de los cultos, no solo como constante, sino como útil al órden público y á la moral. Si ella lo

es en efecto, el orden público, la moral, están interesadas en que las opiniones religiosas se propaguen; y aun cuando esta utilidad no existiese, ningún ciudadano ha menester para esto del conocimiento general, pues su fé es independiente hasta de la misma ley.

“Si este raciocinio no tiene respuesta, como lo creo, solo quedan dos medios para eludir su consecuencia.”

“El primero sería declarar que un padre no tiene derecho para designar la religion en que quiere que se eduquen sus hijos, lo cual sería hacer temblar á la naturaleza, y por lo menos espantaría igualmente al padre deísta que á los padres más crédulos.”

“El otro sería mandar que los niños no oyesen hablar de religion, sino hasta que su educacion estuviera casi concluida, cuando volviessen al seno de sus familias, cuando estuviesen en estado de elegir, es decir, en el tiempo de la pubertad, en la edad de las pasiones. Fácil es prever cuáles serian las consecuencias de semejante sistema.”

“Yo pienso que esta omision tan importante destruiria todas las esperanzas que la ley que se os acaba de presentar permite concebir.”

“Me parece imposible en el estado actual de la legislacion (1), separar en lo absoluto la religion de la instruccion pública. Digo más, confieso que, sea cual fuere el estado de la legislacion, nunca podría concebir yo una educacion que abstrajese de su sistema todas las ideas religiosas.”

Toea el orador el punto del elero, y cubre de ridículo sin abandonar la gravedad de la discusion, las sospechas que la política pretexta, para cohonestar su empeño en arrancar de sus manos la juventud.

„Seamos más consecuentes, dice. Si queremos inspirar ideas religiosas á nuestros hijos, y deseamos que su razon las apruebe un dia, y que su vida toda sea más pura y más feliz, no comencemos por ultrajar de antemano, con una desconfianza cruel, á esos hombres á quienes se les acaban de restituir sus augustas funciones: que los sabios den pruebas de lo mucho que aborrecen toda clase de persecucion; que los padres

(1) Y esto decia Darú cuando ya los filósofos libertinos llevaban diez años de trañajo, á manos libres, y sin pararse en medios.

llamen á la religion en apoyo de su autoridad, y estudien con el mayor esmero el carácter, la capacidad, la doctrina, las costumbres del hombre á quien haya del encargarse de abrir estas almas á la palabra celestial."

Voy á reasumir.

"Me parece imposible no admitir la religion en la instruccion pública: porque semejante omision, segun creo haberlo demostrado, paralizaria la instruccion misma: seria injusta para los niños, espantosa para los padres; impolítica, es decir, peligrosa para el Estado."

Alarmábase mucho este orador por ver inutilizada la multitud de escuelas y establecimientos de la nacion; y como corriéndose á la vista de un fenómeno muy humillante para la filosofía, como era el contraste que formaban el eterno catálogo de los ramos y la numerosa lista de los profesores, con la escasísima concurrencia de los alumnos, no halló explicacion satisfactoria que dar á este suceso tan miserable, sino en la ausencia de la religion, cuyo principio teológico hemos recomendado como el único capaz de formar el entendimiento y el corazon.

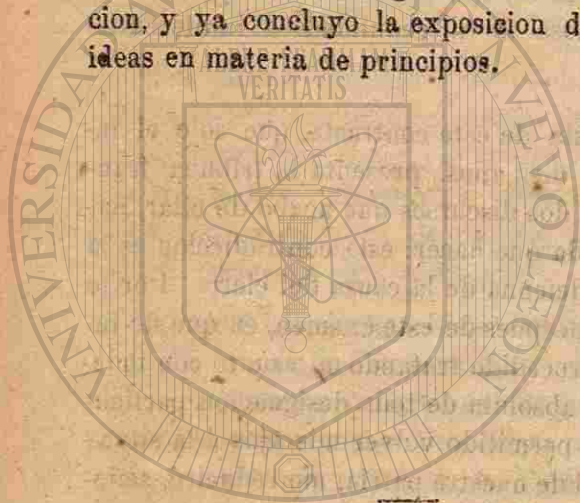
¿Puede pensarse, decia, que padres religiosos se separasen de sus hijos, confiándolos, por es-

pacio de seis años, á unos profesores que no les diesen idea ninguna de religion, cuando habrian preferido hacer el sacrificio de su fortuna, ó dejar á sus hijos sin instruccion, antes que mandarlos por algunas horas á aprender las ciencias humanas á la escuela de un maestro que les fuera sospechoso de incredulidad ó indiferentismo?" (1)

A la vista de este contraste, que solo el intervalo de diez años, presenta la tribuna francesa en los dos discursos que acabo de citar, nada me queda que hacer: esta contradiccion es la más bella defenna de la causa del clero. Por lo demás, si despues de este exámen, en que de intento he procedido tratando mi asunto con independencia absoluta de toda designacion particular, me es permitido volver mis ojos á la situacion actual de nuestra patria, me reduciré, señores, á hacer una observacion y á proponeros una duda. Segun el movimiento de las ideas progresistas y las más terminantes indicaciones de hoy, todo se dirige á parodiar las ideas de Condorcet: ¿cuánto tiempo de trastornos habrá de

(1) Choix de rapports, tom. XVII, pp. 127 et 128. (Ed. de Paris, de 1822).

pasar, para que le llegue su turno á Mr. Darú? Abandono esta duda á vuestro criterio y á vuestro juicio, para volver sobre mi asunto, considerando el resultado individual que de suyo promete el sistema de la Iglesia. Un resto de atención, y ya concluyo la exposicion de nuestras ideas en materia de principios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIX.

Considerad, señores, lo que puede ser en la sociedad un hombre formado segun estos principios; y no creo ya necesario el buscar nuevos argumentos en favor de este plan de enseñanza y educacion, atendidos los resultados que debe producir. Observad el sistema de sus facultades internas, el carácter de sus conocimientos, la influencia de su saber, las garantías que presta su conducta, el interes que inspira su trato, la confianza que disfruta por su genio y su carácter, y decidme: ¿vuestras esperanzas tiernas en favor de esta juventud preciosa que veis distribuida

en los colegios de la Iglesia mexicana, exigen otra garantía, ó ambicionan otros principios, para ser dignamente coronadas en aquel tiempo que os reserva la divina Providencia, para que saboreis los deliciosos frutos de vuestros sacrificios y de vuestros afanes? Ved á ese jóven formado bajo tan felices auspicios; vedle salir de estas casas, dejando para siempre en ellas su reconocimiento y amor: seguidle además en todos los pasos de su carrera pública y privada. No se deja arrebatado de los impulsos frenéticos de una imaginación electrizada, para aumentar el número de esos literatos de improviso, que arrojan al papel lo primero que se les ocurre, con mengua del buen sentido, y hasta con violencia del propio idioma. Pero observad su conducta intelectual. Atiende desde luego á la parte útil y provechosa que puede tener el asunto que trata, y ejercita con tino, con orden y con sobriedad las facultades que ha recibido de la naturaleza. No pertenece al número de los inventores; pero es admitido con gusto en el respetable cuerpo de los sabios. Posee su idioma; pero en vez de abusar de su genio, se empeña en seguir las huellas que han dejado impresas sus más insignes cultivadores. Es lógico; pero detesta la sofistería; es metafísico; pero sujetándose siempre

al valladar que la fé tiene puesto delante de la razón, no se desdena de proseguir su marcha con agena luz, cuando tiene que incorporarse en esa atmósfera inaccesible donde ya la suya no puede resplandecer por sí propia: es geómetra; pero bastante discreto para no alterar el sistema de la verdadera crítica, está muy lejos de pretender encerrar el mundo moral en el círculo de la verdad geométrica. Emplea en cada orden de conocimientos el criterio que le es propio, y de este modo recorre sin inquietud y con provecho las diversas escalas de las ciencias. Es físico; pero bastante elevado y noble en sus aspiraciones, para quedar satisfecho con la explicación intermediaria de algunos fenómenos, y con el conocimiento aislado de la naturaleza física, aya por donde quiera los eslabones que estrechan á Dios con sus obras, y al mundo de los cuerpos con el mundo de los espíritus.

No han sido vanos para él todos estos importantes estudios, pues cuando se somete á prueba su saber en la profesión que ha adoptado, muestra, sin pretenderlo al parecer, todas las esquisitas transiciones por donde tiene que pasar el talento para herir con buen éxito la dificultad importante, ó para dejar sólidamente estableci-

da cualquiera verdad de las que abraza el sistema de sus ideas. ¿Es un ministro de la religion? Vedle cómo no separa jamás del principio de la caridad el amor á la patria, ni de la buena conducta social el cumplimiento de los deberes religiosos. ¿Es un jurisconsulto? No espereis que busque en las combinaciones casuales de las circunstancias políticas el espíritu de las leyes, ni en las inspiraciones exclusivas de la recta razon, la ciencia del gobierno y los principios del Derecho universal. Sabe muy bien, que el Pentateuco no es un libro excéntrico de las teorías políticas, ni el cristianismo un acontecimiento extraño al espíritu de las instituciones modernas. Yo lo veo, señores, ocupar un asiento entre los representantes de la nacion, ó tomar á su cargo el grave desempeño de la magistratura; pronto se precipita sobre él la infame turba, con el fin de ganarle para sus designios: la adulacion le asalta, el interes le tienta, el placer le acomete, la sofistería le persigue, la amenaza se le anuncia, las esperanzas le tienden sus redes, y el torbellino desolador lucha por envolverle en su estrago. Tal vez en el instante de esta invasion inesperada, se oscurece un tanto la claridad y despejo de su talento; pero nada importa, porque una fuerza desconocida y estraña al so-

corro momentáneo de la inteligencia, le detiene inmóvil en su recta posicion. ¿Qué fuerza es esta, señores? Es la fuerza incontrastable de la educacion religiosa, que trasforma en hábitos los principios, y las ideas en sentimientos. Seguidle de cerca en todos los pasos de su vida social. Verdad es, que no conoce los amaños hipócritas de civilidad convencional, que ha puesto de acuerdo á muchos hombres en engañarse recíprocamente; pero sabe que no puede justificarse la conducta social, si no se arregla del todo á las inspiraciones del cielo; y que no procede segun estas ideas, sino el que obsequia el amor de los otros hasta el extremo de ahogar para siempre los sentimientos del odio, y abrir generosamente el corazon hasta á los mismos enemigos. Sabe que la sociedad es un comercio recíproco de sacrificios, y que tanto se atesora en ella con los placeres inocentes que produce, como con los sinsabores amargos que acarrea: sabe que debe obediencia á los superiores, tolerancia á los iguales, amor á sus súbditos: comprende que la religion ha levantado hasta los cielos ese respetable valladar, que la naturaleza y el pudor han colocado entre ambos sexos; y si no se facilita á las indicaciones de una moda que lloráran siempre la religion y las costumbres, tampoco alarmará

con su presencia á la madre tímida y al padre zeloso. Siempre dispuesto al bien, siempre léjos de la hipocrecía, prodiga en sentimientos felices cuanto escasea en frases lisonjeras y seductoras.

He aquí, señores, al hombre formado segun el sistema de la enseñanza y educacion religiosa. ¿Su formacion ha sido completa? Yo bien sé que le falta el arte de presentarse con brillo en los públicos festines, el idioma novelesco y seductor que hace el encanto de la tertulia, los compasados movimientos de llegada y despedida, y otros talentos de igual importancia: pero me resigno fácilmente con esta pérdida, cuando veo que no cuesta ella un solo suspiro al saber profundo, á la cultura positiva, al trato verdaderamente social, y al interes dal individuo ó al bien estar de la nacion: y cuando veo por otra parte, que ese género de habilidad ha venido á ser en nuestros dias una profesion aparte, en cuyo ejercicio continuo parece que la sociedad pretende conservar exclusivamente á ciertos hombres, que desprovistos de conocimientos y de serias ocupaciones, no pueden corresponder á sus esperanzas, ni favorecer sus designios, ni contribuir á su prosperidad.

CONCLUSION.

Voy á concluir, señores, reasumiendo con suma brevedad las varias observaciones que llevo hechas para manifestar la unidad, la universalidad y la verdad de los principios de la Iglesia católica; las ventajas incontestables de estos principios sobre las teorías diversas de las escuelas racionalistas. El motivo que me ha decidido á escribir en este Seminario, no menos que los ataques dirigidos contra el clero: mi principal objeto es la enseñanza y educacion pública. Pero al tocar estos puntos, principal-

con su presencia á la madre tímida y al padre zeloso. Siempre dispuesto al bien, siempre léjos de la hipocrecía, prodiga en sentimientos felices cuanto escasea en frases lisonjeras y seductoras.

He aquí, señores, al hombre formado segun el sistema de la enseñanza y educacion religiosa. ¿Su formacion ha sido completa? Yo bien sé que le falta el arte de presentarse con brillo en los públicos festines, el idioma novelesco y seductor que hace el encanto de la tertulia, los compasados movimientos de llegada y despedida, y otros talentos de igual importancia: pero me resigno fácilmente con esta pérdida, cuando veo que no cuesta ella un solo suspiro al saber profundo, á la cultura positiva, al trato verdaderamente social, y al interes dal individuo ó al bien estar de la nacion: y cuando veo por otra parte, que ese género de habilidad ha venido á ser en nuestros dias una profesion aparte, en cuyo ejercicio continuo parece que la sociedad pretende conservar exclusivamente á ciertos hombres, que desprovistos de conocimientos y de serias ocupaciones, no pueden corresponder á sus esperanzas, ni favorecer sus designios, ni contribuir á su prosperidad.

CONCLUSION.

Voy á concluir, señores, reasumiendo con suma brevedad las varias observaciones que llevo hechas para manifestar la unidad, la universalidad y la verdad de los principios de la Iglesia católica; las ventajas incontestables de estos principios sobre las teorías diversas de las escuelas racionalistas. El motivo que me ha decidido á escribir en este Seminario, no menos que los ataques dirigidos contra el clero: mi principal objeto es la enseñanza y educacion pública. Pero al tocar estos puntos, principal-

mente á la vista del género de argumentos que se emplean para desvirtuar el concepto que el clero debe á su mision, á sus trabajos y á la opinion pública, mi asunto ha debido tener una amplitud muy notable, pues combatidos nuestros planes de enseñanza y educacion en el campo de la filosofía por la pretendida limitacion de su objeto el mismo carácter de la controversia me ha hecho pasar hasta las ciencias, las letras y las artes, relacionar nuestros principios con la mejoría de las costumbres, y hacer sensible su influjo en la perfeccion de la sociedad.

La importancia de la educacion, tanto más sensible entre nosotros, cuanto más penosa es nuestra marcha social; la necesidad de establecerla sobre principios seguros, únicos que pueden salvarla de esta invasion funesta de doctrinas que luchan tenazmente por conquistar la opinion de nuestro siglo, me ha determinado á separar el principio, los medios y los resultados de la enseñanza y educacion eclesiástica, procurando partir de las nociones unánimemente reconocidas sobre los caracteres que debe tener cualquiera establecimiento humano, para adquirir derechos incontestables á la buena opinion, y aun á la gratitud de los pueblos.

He procurado fijar con precision y exactitud la necesidad de que todo establecimiento se gobierne por un principio, la universalidad que el *católico* tiene en la estension y en la idea; la generalidad de este principio que bajo el nombre de *teológico* figura en el aprendizaje de las ciencias y en la escuela de las costumbres.

Definido él: *razon y fé en lo especulativo; naturaleza y gracia en lo práctico*, he podido ya traerle al paralelo con las escuelas racionalistas, deteniéndome principalmente en la *sensualista*, en la *eclectica* y en la que, no con mucha exactitud, lleva el nombre de *teológica*.

Mi exposicion, franca y sencilla, tiene aquella fuerza que la naturaleza de las ideas y el carácter de los hechos comunican siempre al raciocinio, con independendencia del talento del escritor.

Esta comparacion, por otra parte tan fácil, me ha convencido más y más, de que el elemento científico y moral de la sociedad ha debido ser, es hoy y no dejará de ser nunca, la armonía entre la razon y la fé, entre la naturaleza y la gracia: armonía que brilla con todo su esplendor, y deja ver toda su fecundidad, en ese gran principio católico que fija el pensamiento y gobierna la accion del cristinismo.

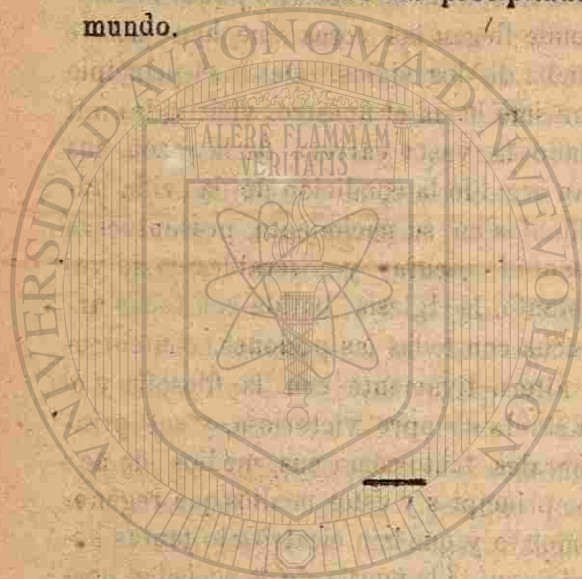
La enseñanza de las doctrinas, la bondad y exacta observancia de las prácticas, la elección de los regentes y maestros: he aquí el principio en acción, el sistema de los medios. Mas como en este triple orden ha sido combatida la enseñanza y educación eclesiástica, me fué indispensable hacer ver la universalidad del principio teológico, la perfección y suficiencia de la educación religiosa, y la importancia del magisterio eclesiástico en aquellos establecimientos que se dirigen á rectificar y enriquecer el entendimiento, no menos que á formar el corazón.

Para lo primero, he recorrido los principales ramos de las ciencias, pasándome hasta la literatura y aun las bellas artes. Para lo segundo, he procurado hacer sensible la influencia de la educación religiosa, siguiendo la acción de la Iglesia, desde las primeras prácticas de la vida doméstica, hasta los hábitos comunes de un pueblo y las costumbres verdaderamente nacionales. Sin limitarme á mis propios raciocinios, y antes bien, hablando con la autoridad de uno de los más grandes ingenios, he creído manifestar, que el estado eclesiástico tiene por sí la grande misión de la enseñanza: misión que no se le usurpa nunca, sin orillar á los abismos la sociedad entera.

Mi argumento, por último, señores, tiene un carácter histórico en la cuestión de los resultados: el cual me ha facilitado la ocasión de mostraros todas mis ideas en este alto punto de verdad á donde llegan las cosas que han pasado por la prueba de los siglos. Desde el principio del cristianismo hasta el nuestro, vicisitudes mil han señalado la vasta carrera de la razón, sus teorías han seguido la condición de la vida humana: brillantes en su nacimiento, presuntuosas en su juventud, oscuras y miserables en su vejez. Entretanto, la Iglesia batida con todas armas, en lucha con todas las pasiones, conteniendo todas alternativamente con la filosofía y el poder, ha salido siempre victoriosa, y sus principios generales, tanto como sus medios de acción, estos principios y estos medios que regeneraron al mundo y que han cicatrizado tantas heridas, están aquí, á la puerta de la sociedad presente, tendiéndola una mano amiga para salvarla.

¿La salvarán de facto? Señores, esta cuestión no es de los siglos ni de los hombres; pero puede asegurarse sí, que os cabrá una parte muy principal en que ella tenga una solución favorable á nuestros deseos y á nuestras esperanzas,

si os armáis con el poder soberano de estos principios contra ese torrente indómito de opiniones y doctrinas que el racionalismo en todas sus formas bastardas ha precipitado sobre el mundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

NOTAS.

NOTA A, PAGINA 67.

No siéndome posible desarrollar todas mis ideas en este opúsculo, me contentaré con citar las principales lecturas que he tenido é la vista para formar este concepto. *FRA YSSINOUS, La révolution française, considérée dans ses causes, — considérée dans son cours et dans ses ravages, — considérée dans ses suites et dans sa fin. — Influence de la religion sur la société. — LAMENNAIS. — De l'éducation du peuple. — Du droit du gouvernement sur l'éducation religieuse. — LA LUZERNE. Dissertation académique sur la nécessité de l'éducation religieuse. — LACORDAIRE,*

sermónes, principalmente el VI, VIII, XI y XVI.—*CHATEAUBRIAND. Génio del cristianismo, lb 6.º cap. 5.º, 10.º, 1.º y 13.º*
—*Dictionnaire de la conversation et de la lecture, art. éducation.* Preferimos, entre otras, estas obras, porque en ellas se trata la materia precisamente en sus relaciones con las ideas actuales.

NOTA B, PAG. 87.

Vease la obra de *BULLET* titulada: *Réponses critiques à plusieurs difficultés proposées par les nouveaux incrédules*, y en las *Vindicias de la Biblia* del Abate *DUCLOT*, dos pruebas prácticas y muy ilustres de las relaciones que median entre el estudio de las ciencias naturales y el de las ciencias teológicas. En el *Génio del cristianismo, primera parte, lib 3.º cap. 1.º y lb. 4.º* se ven las relaciones del Génesis, no solo con la Historia propiamente dicha, sino con la Cosmografía, Astronomía y en general las ciencias naturales. El libro 5.º es una prueba de las relaciones científicas que median entre los dos órdenes de los conocimientos contenidos en el fondo común de la razón y de la fé. El sabio

opúsculo de *VICTOR BONALD* titulada: *Moisés y los Géólogos modernos*, puede considerarse como la prueba perfectamente desarrollada de nuestra proposición, pues que trata nada menos, que de manifestar las relaciones científicas del Génesis con las nuevas teorías de los sabios sobre el origen del universo, la formación de la tierra, sus revoluciones, el primitivo estado de los diversos seres que la habitan, &c. Por último citamos con una especialísima recomendación á este propósito los incomparables *Discursos del Sr. WISEMAN sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religión revelada*: porque nunca es más necesaria la circulación de estos libros, que en un tiempo en que se condena enfáticamente lo que no se comprende ni se conoce, y cuando se ha llegado á entender que la perfección de las ciencias físicas es incompatible con el origen histórico del universo, la existencia de la revelación y el influjo de la Providencia.

NOTA C, PAG. 192.

He aquí lo que escribía Federico á D'Alembert, con motivo de la fuerza y acrimonia con

que este filósofo se había explicado contra los Padres de la Compañía de Jesus. "¿Cómo cabe tanta hiel en el corazón de un filósofo? dirían los padres jesuitas si llegasen á saber el modo con que en vuestra carta os expresais acerca de ellos. Yo no los he protegido cuando eran poderosos: en su desgracia no descubro más en ellos, que personas lituratas, que con dificultad se podrán reemplazar en la educación de la juventud. Y este objeto precioso es el que me los hace parecer necesarios, porque de todo el clero católico del país, ellos son los únicos que se aplican á las letras. Así que, ninguno me sacará un jesuita, por más que haga, pues me hallo interesadísimo en conservarlos." Vease la obra de Mozzi, titulada: *Proyectos de los incrédulos*.

NOTA D, PAG. 197.

Vease á BONALD en la *Législation primitive* Tom. III, *De la éducation dans la société*. — *Thorie de l'éducation sociale*, lib. I. — THOREL *Origen de las sociedades*, tom. 2.º *cuart. cuest.* Llamo por último la atención de mis lectores hácia el juicio comparativo que puede formarse

bajo este aspecto entre la revolución última de Francia y la del año de 1789. Si examinamos también las causas menos visibles que han hecho aparecer las diferentes ramas de la escuela socialista, que sé yo, si en el fondo comun de tantos delirios vendríamos á sorprender una realidad importante, en la necesidad absoluta que los mismos enemigos de la religion sienten de volver al principio religioso principalmente en el sistema de educación, para regenerar la sociedad.

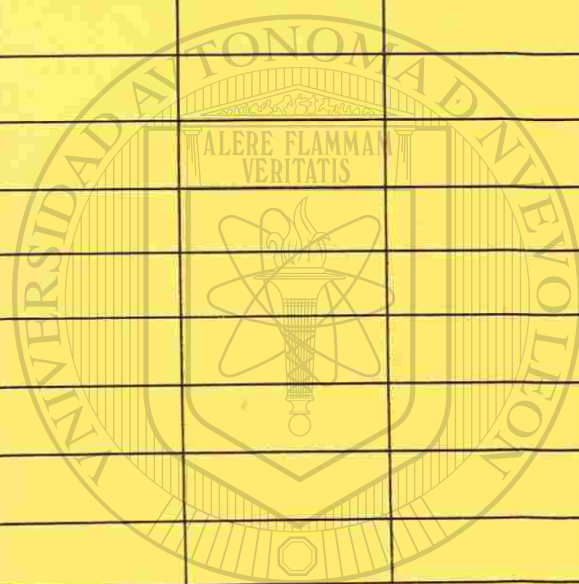
FIN.

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la
última fecha abajo indicada.

IFCC 636

BR610

M85

40028

FEVT

AUTOR

MINGUIA, Clemente de Jesús

TITULO

Los principios de la iglesia

FECHA DE

NOMBRE DEL LECTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

